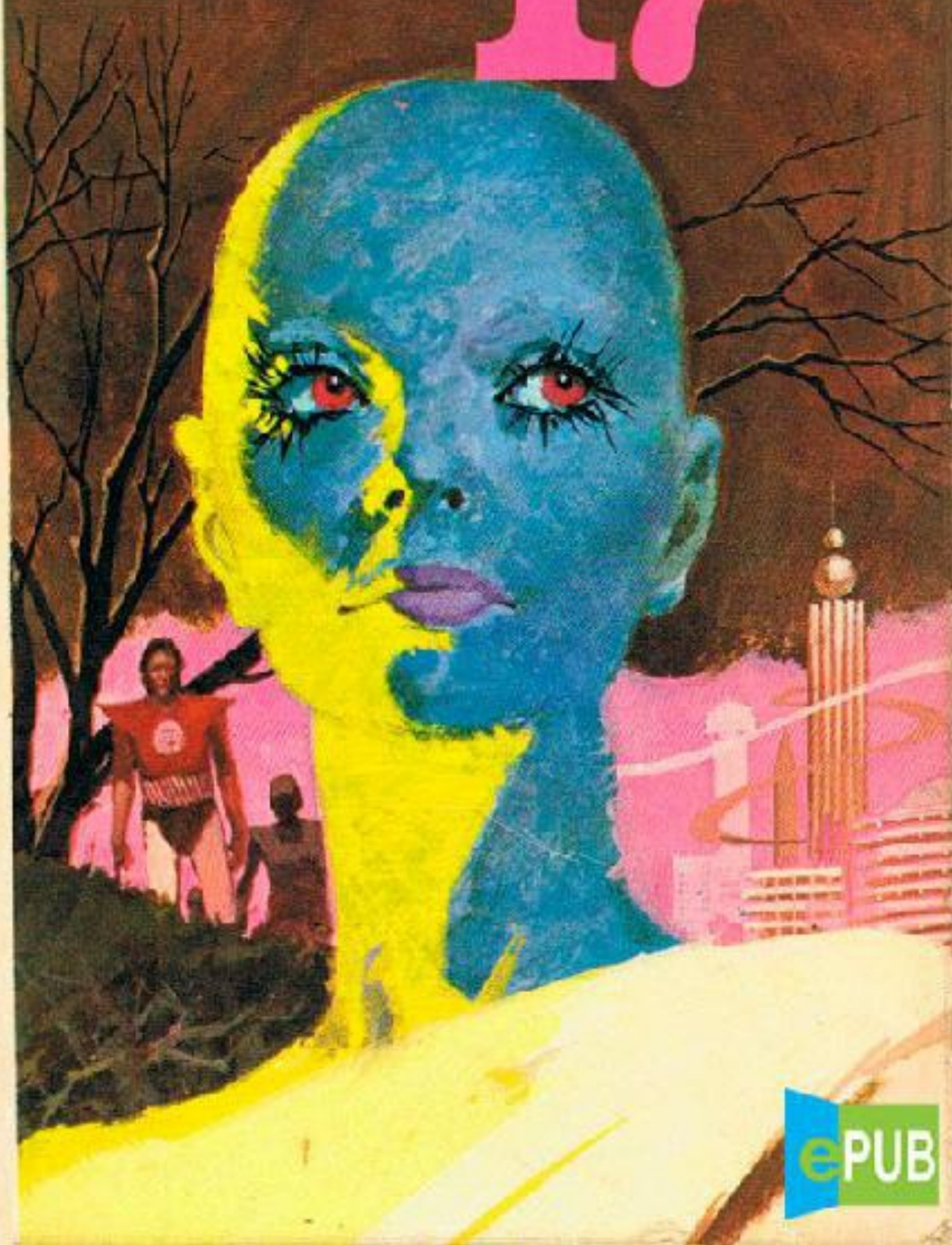


CIENCIA FICCION

17



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



AA. VV.

Ciencia ficción. Selección 17

ePub r1.1

Titivillus 16.02.15

Título original: *Ciencia ficción. Selección 17*

AA. VV., 1975

Traducción: I. Rived & I. Roger & M. Giménez Sales

Portada: Bosch Penalva

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *La violencia en la SF*, Carlo Frabetti.

Poco antes del fin (Not Long Before the End), Larry Niven, 1969.

El día que murió el viento (The Day the Wind Died), Peter Tate, 1969.

Cumplimiento fatal (The Fatal Fulfillment), Poul Anderson, 1970.

Fun-Nee (Fun-Nee), Miriam Allen de Ford, 1970.

Santa Claus contra SPIDER. (Santa Claus vs. S.P.I.D.E.R.), Harlan Ellison, 1968.

PRESENTACIÓN

La violencia en la SF

Huelga señalar que el tema de la violencia es una constante de casi toda la producción artística y cultural de nuestra época. No podía ser de otra forma, en un contexto social violento a todos los niveles; y la SF^[1], manifestación cultural característica de nuestra era tecnológica, no podría ser una excepción.

Hay, al menos, dos formas claramente diferenciadas de enfocar el tema de la violencia en la SF. Por una parte, tenemos la SF aventurosa, de acción, que normalmente (aunque no siempre) es la más superficial y se parece en muchos aspectos a otros géneros de aventuras; en ella, la violencia adopta su forma más directa y explícita: enfrentamiento entre individuos o grupos rivales. Las consabidas batallitas de los humanos contra los invasores extraterrestres constituyen el ejemplo más típico.

Pero en la SF la violencia no adopta necesariamente la forma de rayos desintegradores o batallas espaciales. La vertiente más especulativa del género prefiere centrarse en otro tipo de agresión, como, por ejemplo, la que el individuo sufre por parte de determinadas instituciones.

En Cumplimiento fatal asistimos a las vivencias de un hombre acosado sin tregua y de formas diversas por un contexto cambiante, y en El día que murió el viento nos encontramos con una típica situación kafkiana en la que un pacífico ciudadano se ve, de pronto, misteriosamente inculpado.

Pero también las formas más convencionales de violencia, típicas de la

narrativa aventurosa, pueden ser retomadas por la SF con una intención crítica o paródica. Es el caso de Santa Claus contra SPIDER, donde el mito de James Bond se funde irónicamente con el de Papá Noel, o de Poco antes del fin, donde el viejo tema del mago y el guerrero da pie a un desmitificador relato en el que la heroica figura del «hombre de la espada» es puesta en el lugar que le corresponde.

No falta tampoco, en la presente selección, el clásico tema del enfrentamiento de los terrestres con una raza de otro planeta. Aunque, por esta vez, los extraterrestres no son los «malos», y sólo usan sus poderes para salir al paso de determinados prejuicios.

Como la SF —la buena SF— en general, que también intenta salir al paso de los prejuicios de nuestra sociedad, una sociedad que dista mucho de estar a la altura de sus inmensos recursos tecnológicos.

CARLO FRABETTI

POCO ANTES DEL FIN

Larry Niven

Para captar toda la ironía de este delicioso relato hay que tener en cuenta que en Estados Unidos ha alcanzado gran aceptación un género paralelo a la SF denominado «Sword & Sorcery» (literalmente, «espada y brujería»), del que la serie «Conan» es uno de los más conocidos exponentes.

En Poco antes del fin asistimos al tradicional duelo entre esos eternos rivales de la literatura fantástica que son el mago y el guerrero u «hombre de la espada» (swordman), como acertadamente se le denomina en inglés. Sólo que en este caso se trata de un duelo de características muy peculiares...

Érase una vez un guerrero que combatió contra un brujo.

En aquella época tales batallas eran frecuentes. Existía una antipatía natural entre los guerreros y los brujos, como entre los gatos y los pájaros, como entre las ratas y los hombres. Usualmente perdía el guerrero, y el nivel de la inteligencia humana aumentaba una fracción. Otras veces ganaba, y la especie también mejoraba, ya que si un brujo no podía matar a un guerrero es porque era mal brujo.

Pero esta batalla fue distinta de las demás. Por una parte, la espada del guerrero estaba encantada. Por otra, el brujo conocía una verdad enorme y terrible.

Le llamaremos Brujo puesto que su nombre se olvidó y era imposible de pronunciar. Sus padres sí lo sabían. Y sabían lo que eran. Aquel que conoce el nombre de otra persona tiene poder sobre ella, pero ha de pronunciarlo para hacer uso de ese poder.

El Brujo descubrió esta terrible verdad en la madurez.

Por entonces había viajado mucho. No por elección propia sino, simplemente, porque era un poderoso mago que utilizaba sus facultades y necesitaba amigos.

Conocía encantamientos que hacían que la gente sintiese simpatía hacia un mago. El Brujo los había probado, pero no le gustaron sus efectos secundarios. De modo que, normalmente, utilizaba su poder para ayudar a cuantos le rodeaban, a fin de que le quisiesen sin coacción.

Descubrió que cuando llevaba de diez a quince años en un mismo sitio,

utilizando sus poderes mágicos según le dictaba su capricho, tales poderes se debilitaban. Y si se marchaba del lugar, los recuperaba. Dos veces tuvo que trasladarse, y dos veces se instaló en una nueva tierra, aprendiendo nuevas costumbres y ganando nuevas amistades. El extraño fenómeno se repitió por tercera vez, y se dispuso a partir de aquel lugar. Pero algo le tenía preocupado.

¿Por qué han de agotarse tan injustamente los poderes de un hombre?

También le ocurría lo mismo a las naciones. A través de toda la historia, las tierras más ricas en magia se habían visto derrotadas por bárbaros que blandían espadas y mazas. Era una verdad muy triste en la que no le gustaba pensar, pero la curiosidad del Brujo era enorme.

De modo que siguió meditando en ello y se quedó donde estaba, con el fin de llevar a cabo ciertos experimentos.

El último consistió en una simple hechicería cinética cuyo fin era hacer girar un disco de metal en el aire.

Cuando lo hubo ejecutado, conoció una verdad que jamás podría olvidar.

Y se marchó.

En las décadas sucesivas efectuó un traslado, y otro, y otro más. El tiempo cambió su personalidad, aunque no su cuerpo, y su magia se tornó más segura, si bien menos espectacular. Había descubierto una verdad grande y terrible, y si la mantenía en secreto era por compasión. Su verdad deletreaba el fin de la civilización, aunque de nada serviría revelársela a nadie.

Y se dedicó a reflexionar. Unas cinco décadas más tarde (hacia el 12000 a. de C.), se le ocurrió pensar que todas las verdades tienen una finalidad en algún momento. Construyó otro disco y recitó sobre él ciertos encantamientos, de modo que (como un número de teléfono ya marcado, excepto una cifra), el disco estaría a punto si alguna vez lo necesitaba.

El nombre de la espada era Glirendree. Tenía varios cientos de años de existencia y era muy famosa.

En cuanto al guerrero, su nombre no es ningún secreto. Se trataba de

Belhap Sattlestone Wirldess ag Miracloat roo Cononson. Sus amigos —muy modernos— lo llamaban Hap. Naturalmente, era un bárbaro. Un hombre civilizado habría mostrado más sentido común y se habría apoderado de Glirendree sin necesidad de apuñalar a una mujer que dormía. Así fue como Hap conquistó la espada. O viceversa.

El Brujo la reconoció mucho antes de verla. Estaba trabajando en la caverna que había excavado bajo una montaña, cuando resonó la alarma. Se le erizó el cabello, casi tintineando, en la nuca.

—Visitantes —murmuró.

—Yo no he oído nada —dijo Sharla, pero en su tono había cierta inquietud.

Sharla era una muchacha de la aldea que estaba viviendo con el Brujo. Aquel día, la joven convenció al mago para que le enseñase alguno de sus encantamientos más sencillos.

—¿No has sentido cómo se erizaba el pelo de tu nuca? Instalé de este modo la alarma. Déjame comprobar... —utilizó un sensor parecido a un aro de plata colocado en un reborde de piedra—. Tendremos conflictos. Sharla, debemos irnos de aquí.

—Pero... —Sharla agitó una mano, en señal de protesta, hacia la mesa donde estaba trabajando.

—Oh, eso... Podemos dejar la prueba a medio hacer. Este encantamiento no es peligroso.

Era un sortilegio contra los filtros de amor, un poco engañoso en su modo de obrar, pero seguro y eficaz. El Brujo señaló el cono de luz que brillaba a través del círculo del sensor:

—Este es peligroso. Un foco enormemente poderoso de fuerza maná sube por el lado oeste de la montaña. Tú bajarás por la parte este.

—¿No puedo ayudarte? Me has enseñado algo de magia...

El hechicero rió con nerviosismo.

—¿Contra esto? Se trata de Glirendree. Mira el tamaño de la imagen, su color, su forma. No. Sal de aquí ahora mismo; la montaña está libre por la

pendiente oriental.

—Ven conmigo.

—No puedo. No con Glirendree suelta. No cuando la empuña un idiota. Hay ciertas obligaciones...

Salieron juntos de la cueva y se dirigieron hacia la mansión que ambos compartían. Sharla, aún protestando, se puso una túnica y descendió por la montaña. El Brujo eligió apresuradamente una carga de objetos diversos y salió fuera.

El intruso se hallaba a medio camino montaña arriba. Era un ser humano, alto y corpulento, y, aparentemente, llevaba algo largo y muy reluciente. Todavía se hallaba a un cuarto de hora de la cumbre. El Brujo instaló el aro de plata y miró a su través.

La espada era una llama de descarga de maná, una aguja de luz muy blanca, cegadora. Glirendree, sí, era ella. El Brujo conocía otro dispensador de maná, y sabía de algunos más, pero ninguno de ellos era portátil, y ninguno semejaba una espada a simple vista.

Tendría que haber ordenado a Sharla que informase a la hermandad; ella sabía ejercer esa magia. Pero ahora ya era tarde.

El Brujo siguió mirando a través del sensor y se dio cuenta de que en el cono de luz no aparecía ningún límite verde, lo que significaba que no existían encantamientos protectores. El guerrero no había intentado precaverse contra lo que llevaba consigo. Ciertamente el intruso no era mago, ni poseía inteligencia suficiente para recabar la ayuda de uno. ¿No sabía nada respecto a Glirendree?

Claro que esto no ayudaría al Brujo. El que llevaba a Glirendree era invulnerable a cualquier poder, excepto a la propia Glirendree... o al menos, eso era lo que se decía.

«Probaré esto», se dijo el Brujo.

Hurgó entre los objetos que había llevado y cogió algo de madera, con forma de ocarina. Le quitó el polvo, lo empuñó con fuerza y señaló montaña abajo. Pero vaciló.

El encantamiento de la lealtad era sencillo y seguro, pero producía efectos secundarios. Servía para rebajar la inteligencia de la víctima.

—Autodefensa —murmuró el Brujo, tocando en la pequeña flauta.

El guerrero no redujo el paso; Glirendree ni siquiera destelló; había absorbido el encantamiento con facilidad.

En muy pocos minutos el intruso se hallaría ante él. El Brujo se apresuró a formular un simple encantamiento de presagios. Así, al menos sabría quién vencería en el combate.

Ante él no se formó ninguna imagen. El paisaje ni siquiera osciló.

—Bien —murmuró el Brujo—. ¡Muy bien!

Rebuscó entre sus instrumentos de hechicería y encontró un disco de metal. Otro instante de búsqueda le permitió hallar un cuchillo de doble filo, profusamente grabado con inscripciones de un lenguaje desconocido. El cuchillo era muy agudo.

En lo alto de la montaña en la que vivía el Brujo había un manantial, y el riachuelo que de él se formaba pasaba junto a la casa del mago. El guerrero, una vez en la cumbre, se apoyó en la espada y contempló la morada del Brujo desde la otra margen del arroyuelo. Respiraba pesadamente, ya que la subida había sido dura.

Poseía unos músculos poderosos y todo su cuerpo mostraba gran cantidad de cicatrices. Al Brujo le pareció extraño que un hombre tan joven hubiese tenido tiempo de recibir tantas heridas. Pero ninguna de ellas había deteriorado la menor función motriz. El Brujo le había visto ascender por la montaña; el guerrero se hallaba en plena forma física.

Sus pupilas eran muy azules y brillantes, y un centímetro demasiado juntos los ojos para el gusto del mago.

—Yo soy Hap —proclamó el recién llegado desde el otro lado del riachuelo—. ¿Dónde está ella?

—Te refieres a Sharla, claro. ¿Por qué te preocupa?

—He venido a liberarla de tu vergonzosa esclavitud, anciano. Demasiado tiempo la has tenido...

—¡Eh, eh, eh! Sharla es mi *mujer*.

—Demasiado tiempo la has utilizado para tus propósitos viles y

malvados. Demasiado...

—¡Está conmigo por su propia voluntad, granuja!

—¿Esperas que me lo crea? Una mujer tan encantadora como Sharla, ¿puede amar a un brujo viejo y enclenque?

—¿Te parezco enclenque?

El Brujo no parecía viejo. Aparentaba la edad de Hap, unos veinte años, y su cuerpo y su musculatura eran iguales a los de aquél. No se había molestado en vestirse al salir de la cueva. En lugar de las cicatrices de Hap, su espalda revelaba un tatuaje rojo, verde y oro; un dibujo pentagrámico muy elaborado, casi hipnótico, en sus retorcidas circunvoluciones.

—Todos los del pueblo conocen tu edad —exclamó Hap—. Tienes doscientos años, si no más.

—Hap —replicó el Brujo—. Belhap no sé qué más roo Cononson. Ahora me acuerdo. Sharla me contó que la última vez que bajó al pueblo intentaste raptarla. Entonces ya debí hacer algo.

—Mientes, viejo. Sharla se halla bajo un poderoso encantamiento. Todo el mundo conoce el poder de un encantamiento de lealtad.

—Yo no lo uso. No me gustan sus efectos secundarios. ¿Quién desea estar rodeado de amigos idiotas? —el Brujo señaló a Glirendree—. ¿Sabes qué es eso que llevas?

—Hap asintió ominosamente.

—Pues deberías haberlo pensado dos veces. Tal vez aún no sea tarde. Mira si puedes pasarla a tu mano izquierda.

—Ya lo probé, y no puedo —cortó el aire incansablemente con los treinta kilos de la espada—. He tenido que dormir con esta maldita espada asida a mi mano.

—Entonces, ya es tarde.

—Pero vale la pena —sonrió tristemente Hap—, ya que así podré matarte. Demasiado tiempo ha estado sujeta esa inocente mujer a un viejo malvado...

—Lo sé, lo sé —el Brujo cambió de lenguaje, de repente, hablando muy alto y de prisa. Estuvo hablando así durante un minuto, y luego volvió a expresarse en rinaldés—. ¿Sientes algún dolor?

—En absoluto —repuso Hap.

No se había movido. Estaba de pie, con su notable espada al costado; ésta relucía frente al mago desde la otra orilla del arroyo.

—¿No sientes ningún impulso de viajar? ¿Ningún ataque de remordimiento? ¿Ningún cambio de temperatura en el cuerpo? —Hap estaba sonriendo con bastante perversidad—. Eso me pareció —siguió el Brujo—. Bien, tenía que intentarlo.

Hubo un instante de luz cegadora.

Para cuando llegó a la proximidad de la montaña, el meteorito se había encogido hasta el tamaño de una pelota de béisbol. Debía haber concluido su viaje contra la nuca de Hap, y, en cambio, estalló una milésima de segundo antes. Cuando la luz se hubo desvanecido, Hap estaba en el centro de un círculo de pequeños cráteres.

El guerrero estaba boquiabierto, pero en seguida cerró la boca y empezó a avanzar. La espada ronroneaba débilmente.

El Brujo se volvió de espaldas.

Hap se mordió los labios al ver la cobardía del anciano. Luego, dio tres saltos hacia atrás. De la espalda del Brujo acababa de surgir una sombra.

En un cráter lunar, con el sol brillando en su boca, la sombra del hombre, en el muro, habría sido como aquélla: negra y bien delimitada. La sombra cayó al suelo y se enderezó, como una silueta humanoide que era menos una forma que una ventana vista desde la última negrura, más allá de la muerte del universo. Luego, brincó.

Glirendree pareció moverse por su propio impulso. Cortó al demonio una vez en toda su longitud y otra a través, en tanto éste parecía combatir contra un escudo invisible, tratando de alcanzar a Hap al tiempo que moría.

—Muy diestro —alabó Hap—. Un pentagrama en tu espalda y un demonio atrapado dentro.

—Fue hábil —reconoció el Brujo—, mas no dio resultado. Lo da el hecho de llevar a Glirendree, pero no es muy eficaz. Vuelvo a preguntártelo: ¿sabes lo que llevas?

—La espada más poderosa que jamás haya sido forjada —Hap levantó el arma en alto. Su brazo derecho era más musculoso que el izquierdo y varios

centímetros más largo, como si Glirendree se lo hubiese desarrollado—. Una espada que me iguala a cualquier brujo o bruja, y sin la ayuda de ningún demonio. Tuve que matar a una mujer que me amaba para conseguirla, y pagué el precio gustosamente. Y cuando te haya dado el premio que mereces, Sharla vendrá conmigo...

—Te escupiré a la cara. ¿Quieres escucharme? Glirendree es un demonio. Si tuvieras una onza de sentido común, te cortarías el brazo por el codo.

Hap pareció impresionado.

—¿Quieres decir que hay un demonio aprisionado en el metal?

—Métete esto en la cabeza: *no hay metal*. Es un demonio, un demonio maniatado, un parásito. Te llevará a la muerte antes de un año, a menos que te cortes el brazo. Un brujo del norte lo aprisionó en su forma actual, y regaló la espada a uno de sus bastardos, un tal Jeery. Éste conquistó la mitad del continente antes de morir en el campo de batalla, de corrupción senil. Luego le fue entregada bajo custodia a la Bruja Arco Iris un año antes de que yo naciera, porque jamás hubo una mujer que tuviese menos utilidad para las personas, especialmente para los hombres.

—Eso no es verdad.

—Probablemente fue culpa de Glirendree. Lo cierto es que la bruja volvió a adquirir fuerza en sus glándulas. Y debería haberse precavido contra eso.

—Un año —murmuró Hap—. Un año...

La espada se estremeció en su mano.

—Será un año glorioso —proclamó Hap, avanzando.

El Brujo cogió un disco de cobre.

—Cuatro —dijo, haciendo girar el disco en el aire.

Cuando Hap hubo cruzado el arroyo el disco era un borrón en movimiento. El Brujo lo mantenía entre sí mismo y Hap, y éste no se atrevía a tocarlo ya que el disco lo habría lacerado. Hap dio un rodeo en torno al obstáculo, pero el Brujo pasó al otro lado. En esa pausa cogió algo más: un cuchillo de plata, con muchas inscripciones.

—Sea lo que fuere —gritó Hap—, no puede herirme. Ninguna magia me afectará mientras empuñe a Glirendree.

—Muy cierto —reconoció el Brujo—. Además, el disco perderá su poder

dentro de un minuto. Mientras tanto, conozco un secreto que me gustaría confiarte; un secreto que jamás comuniqué a ningún amigo.

Hap blandió a Glirendree por encima de su cabeza y, asiéndola con ambas manos, la hizo girar, abatiéndola sobre el disco. La espada se detuvo exactamente antes de tocar el borde del disco.

—Te está protegiendo —explicó el Brujo—. Si Glirendree tocara ese borde, el retroceso te llevaría hasta más allá del pueblo. ¿No oyes el zumbido?

Hap lo oyó cuando el disco cortó el aire. El tono del zumbido iba en aumento.

—Estás ganando tiempo.

—Muy cierto. ¿Y qué? ¿Puede eso perjudicarte?

—No. Bien, dijiste que conocías un secreto.

Hap braceó, con la espada enhiesta, a un lado del disco, que ahora resplandecía en rojo por el borde.

—He deseado confiárselo a alguien hace mucho tiempo. Ciento cincuenta años. Ni Sharla lo conoce —el Brujo aún estaba listo para correr si Hap se disponía a perseguirle—. En aquella época sabía ya un poco de magia, aunque no era nada comparado con la que ahora sé. Castillos flotando en el aire. Dragones con escamas de oro... Ejércitos convertidos en piedras o aniquilados por el rayo, en lugar de simples encantamientos mortales. Esta clase de ejercicio requiere mucha energía, ¿sabes?

—Lo he oído decir.

—Yo hacía esos encantamientos constantemente, para mí, para mis amigos, para cualquier rey o cualquier mujer de quien estuviese prendado. Y descubrí que, después de estar instalado algún tiempo en un mismo sitio, el poder me abandonaba. Para recuperarlo tenía que trasladarme a otra parte.

El disco de cobre resplandecía en color naranja debido al calor producido por la fricción en el aire. Debería haberse roto o fundido largo tiempo antes.

—Bien, existen asimismo los lugares muertos, o sea, los sitios adonde un brujo no se atreve a ir. Lugares donde la magia no actúa. Suelen ser zonas rurales, granjas y pastos de ovejas; pero es posible encontrar ciudades antiguas, castillos construidos para flotar y que yacen inclinados sobre sus

costados, huesos de los dragones envejecidos prematuramente, grandes lagartos de otras épocas. Y empecé a meditar.

Hap se apartó levemente del calor del disco. Ahora resplandecía tan blanco como la nieve, como un sol caído a la tierra. A través de aquel halo, Hap perdió de vista al Brujo.

—De modo que construí un disco como éste y lo hice girar. Sólo una sencilla hechicería cinética, aunque con una aceleración constante y sin punto límite. ¿Sabes qué es el maná?

—¿Qué le sucede a tu voz?

—El maná es el nombre dado al poder que da la magia.

La voz del Brujo sonaba muy débil y elevada.

Hap experimentó una súbita sospecha. El Brujo se había deslizado por detrás de la montaña, dejando allí sólo su voz. Hap pasó en torno al disco, entrecerrando los ojos a causa del calor.

Había un anciano sentado al otro lado. Sus dedos artríticos, medio tullidos y con las articulaciones hinchadas, jugaban con un cuchillo lleno de inscripciones rúnicas.

—Lo que descubrí... Oh, estás aquí... Bien, ahora ya es tarde.

Hap levantó la espada, y ésta se transformó.

Era un demonio rojo, con cuernos y pezuñas, y sus dientes mordían la mano derecha del joven. El mago hizo una pausa deliberada durante los escasos segundos en que Hap tardó en comprender lo ocurrido y trató de escapar. Entonces los dientes mordieron, y el brazo del guerrero quedó cortado por la muñeca.

El demonio se apartó, pero Hap, en medio de su sorpresa, fue incapaz de moverse. Sentía los dedos con espolones del demonio muy cerca de su tráquea.

También sintió cómo la fuerza decaía en la mano con pezuñas, viendo cómo el desmayo y la sorpresa se extendían por el rostro demoníaco.

El disco explotó. Al momento se desintegró en una nube de partículas metálicas y desapareció, dejando una estela de polvo meteórico. El resplandor fue como un rayo caído a sus pies. El sonido fue el de un trueno. El olor era el del cobre vaporizado.

El demonio se desvaneció, igual que un camaleón se confunde con el fondo. Antes de desaparecer cayó al suelo con un movimiento lento. Y se esfumó. Cuando Hap estiró la pierna, su pie sólo tocó tierra.

Detrás del joven había un hueco aún humeante.

El manantial había dejado de manar. El fondo rocoso del arroyuelo se estaba secando al sol.

La caverna del Brujo se había derrumbado. Todos los objetos de la mansión del Brujo habían caído en un vasto pozo, y la casa había desaparecido sin dejar rastro.

Hap sujetó su cortada muñeca y preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—El maná —musitó el Brujo. Escupió una dentadura completa de dientes ennegrecidos—. El maná. Lo que descubrí fue que el poder que alienta la magia es un recurso natural, como la fertilidad del suelo. Y cuando se emplea, desaparece.

—Pero...

—¿Comprendes por qué conservé ese secreto? Llegará un día en que habrán empleado todo el maná del mundo. No habrá más maná, ni habrá más magia. ¿Sabes que la Atlántida es tectónicamente inestable? Una sucesión de reyes-brujos han conseguido renovar los encantamientos a cada generación, para impedir que todo el continente se hunda en el mar. ¿Qué sucederá cuando los encantamientos carezcan ya de poder? Posiblemente, no podrán evacuar a tiempo todo el continente. Es preferible que no lo sepan.

—Pero... ese disco...

El Brujo sonrió con su boca desdentada y se pasó las manos por sus blancos cabellos. Todo el pelo se le quedó entre los dedos, dejando su cráneo totalmente calvo.

—La senectud es como estar borracho. ¿El disco? Ya te lo dije. Una hechicería emética sin límite superior. El disco sigue acelerando hasta que se ha utilizado todo el maná de la localidad.

Hap dio un paso al frente. El estupor le había quitado la mitad de sus fuerzas. Su pie bajó con cierta vibración, como si sus músculos carecieran de muelles.

—Intentaste matarme.

El Brujo asintió antes de contestar.

—Me imaginé que si el disco no explotaba y te mataba mientras intentabas esquivarlo, Glirendree te estrangularía. ¿De qué te quejas? La experiencia te ha costado una mano, pero te has librado de Glirendree.

Hap avanzó otro paso... y otro. La muñeca le estaba doliendo mucho, y el dolor le prestaba nuevas fuerzas.

—Viejo... —proclamó—. Doscientos años... Puedo romperte el pescuezo con la mano que me queda. Y lo haré.

El Brujo levantó el indescriptible cuchillo.

—No, eso ya no sirve, ya no hay magia —se burló Hap, apartando la mano del Brujo y asiendo su huesuda garganta.

El brazo del Brujo cayó fácilmente a un lado y volvió a levantarse. Hap le abarcó la cintura con sus brazos pero inmediatamente retrocedió con los ojos y la boca muy abiertos. Se sentó en el suelo.

—Un cuchillo siempre actúa —explicó el Brujo.

—Oh... —gimió Hap.

—Yo mismo forjé el metal, con herramientas ordinarias de herrero, para que la hoja no se mellase al desaparecer la magia. Estos caracteres rúnicos no son mágicos. Sólo dicen...

—Oh... —gimió Hap—, oh...

Cayó de costado.

El Brujo se sentó sobre la espalda del joven, mantuvo el cuchillo en alto y leyó las inscripciones en un lenguaje que sólo recordaba la hermandad:

Y ESTO, ASIMISMO, PASARÁ.

Era una verdadera perogrullada.

El Brujo dejó caer el brazo hacia atrás y permaneció contemplando el firmamento.

De pronto, el azul se vio obstruido por una sombra. Era Sharla.

—Te dije que te marcharas —susurró el Brujo.

—Debiste conocerme mejor. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ya no habrá más encantamientos de juventud. Comprendí que llegaría esto cuando el hechizo de los presagios me mostró el color negro —respiró

trabajosamente—. Pero ha valido la pena. He matado a Glirendree.

—¡Hacer el héroe a tu edad! Bien, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Bájame de la montaña antes de que se me pare el corazón. Jamás te confesé mi verdadera edad...

—La sabía. Todo el pueblo la sabe.

La joven le colocó en posición de sentado y pasó uno de los macilentos brazos en torno a su propio cuello. Parecía muerto. La muchacha se estremeció, pero rodeó la cintura del Brujo con un brazo y se dispuso a hacer el esfuerzo.

—¡Estás tan delgado...! Vamos, amor mío. Vamos a levantarnos.

Tomó casi todo el peso sobre sí y ambos se incorporaron.

—Ve despacio. Mi corazón trata de detenerse.

—¿Tenemos que ir muy lejos?

—Sólo al pie de la montaña. Allí los hechizos actuarán y podré descansar —tropezó—. Estoy ciego...

—El sendero es liso, cuesta abajo.

—Por esto escogí este lugar. Sabía que algún día tendría que utilizar el disco. No es posible echar lejos de uno todos los conocimientos. Siempre llega el momento en que hay que usarlos, porque los conoces, porque están en ti.

—Tú has cambiado... Oh, estás tan feo... Y hueles...

El pulso se debilitaba en su cuello, como las alas de un colibrí.

—Después de verme así, seguramente ya no me querrás.

—Puedes volver a ser joven, ¿verdad?

—Seguro. Puedo cambiarme como más te guste. ¿Cuál es el color de ojos que prefieres?

—Algún día yo también seré así —murmuró ella, con voz que contenía una nota de helado horror.

El Brujo apenas la oía... se estaba volviendo sordo.

—Cuando estés madura te enseñaré los hechizos más apropiados. Son peligrosos. Mortalmente peligrosos.

La joven calló un instante.

—¿De qué color eran sus ojos? Ya sabes, los de Belhap Sattlestone no sé qué más.

—Olvidalo —susurró el Brujo, un poco celoso.

De pronto, volvió a ver.

«Pero no para siempre», pensó el Brujo, en tanto los dos iban tropezando a través de la súbita claridad diurna.

«Cuando el maná se agote, seré como la llama de una candela, y la civilización me seguirá. No habrá más magia, ni más industrias basadas en ella. Y entonces, el mundo entero será bárbaro..., hasta que los hombres aprendan una nueva forma de coaccionar a la naturaleza, y los guerreros, los malditos y estúpidos guerreros, vencerán al fin y al cabo.»

EL DÍA QUE MURIÓ EL VIENTO

Peter Tate

La indefensión del hombre acosado por instituciones absurdas e implacables, en una sociedad neurótica y sólo en apariencia racionalista, es puesta de manifiesto en este sutil relato sobre una casa en la que no soplaba el viento...

Abuelito estaba de nuevo en el tejado. Observó cómo pasaba el carro de la leche y cómo llegaba y se iba el cartero.

Mientras tanto, tenía levantado el índice de la mano derecha, bien mojado en saliva, en espera del viento.

Había salido por la ventana de su cuarto en el ático antes de que nadie se despertase en la casa y se había deslizado por la cornisa hasta el parapeto del tejado, tarareando su canción favorita:

*Soy un aviador..., soy un aviador.
Y vuelo, vuelo, vuelo,
hasta muy alto en el cielo.*

*¡Mirad cómo vuelo!
Los gorriones no pueden alcanzarme
por mucho que quieran.
Soy un aviador, soy un aviador...
Y vuelo, vuelo, vuelo...*

La canción se le metió dentro y con ella en los labios agitó los brazos, marcando el compás y estimulando su entusiasmo al mismo tiempo.

El aire le ciñó la camisa sobre sus flacos costillares. Recordó su misión y se humedeció los labios, pensativo.

El cartero le vio y se cubrió los ojos haciendo pantalla con una mano, para protegerse del reflejo del sol, que estaba ya al nivel del tejado. Con la otra mano saludó al abuelito.

Abuelito le contestó de la misma manera.

—¿Me ha traído mis alas? —le gritó desde arriba, aunque sabía perfectamente que el cartero no había traído, ni traería nunca, otra cosa que un montón inútil de circulares, facturas y cartas para otras personas.

—Volaron de mi bolsa —le respondió el cartero—. Eso es lo que pasa con estos paquetes por avión.

«Creo que no nací para actor —se dijo a sí mismo con aire de excusa, mientras continuaba su camino calle abajo—, o de lo contrario estaría distribuyendo mis propias cartas en lugar de las de otras gentes. Llevarle la corriente al viejo es lo más que puedo hacer.»

—¡Cuidado con el viento de popa! —gritó por encima del hombro, antes de alejarse.

—¡Eh! —el grito excitado de Abuelito le obligó a volver la cabeza—. ¿A qué viento de popa se refiere?

Bueno, ya había metido la pata. Quizá había hablado demasiado, pero no le quedaba más remedio que continuar. Buscó en los casilleros de su memoria. Viento de popa...

—Es el que va a hacer hoy. Viento de las colinas. Muy suave cerca del suelo y bastante fresco en las capas altas. Justo el que a usted le gusta.

Vio cómo el viejo se mojaba el índice de nuevo y daba vueltas sobre sí mismo, como si fuese el gallo de una veleta, en busca del viento de popa.

La hora del desayuno. Una hora estupenda, pensó Charlie Parkwood mientras se enjabonaba la cara y ponía una hoja nueva en su maquinilla de afeitar. Una hora de tostadas y tocino frito para llenar los estómagos, calentar los cuerpos y dar optimismo a la mañana.

Con la ventana entreabierta para refrescar el ambiente y los útiles de rasurarse al alcance de la mano, éstos eran la hora y el lugar en que Charlie solía hacer inventario de sí mismo.

Un rostro joven y sonrosado aparecía bajo su barba de espuma. Los ojos un poco saltones, como los de los peces de colores, pensó Charlie, y una cabeza bien redonda que hacía juego con ellos. Una gran cantidad de ideas doradas flotaba dentro de aquella cabeza. Tal vez una de ellas saldría hoy

mismo a la superficie para tomar aire.

«Soy un joven brillante y Beth, yo y los niños, vamos a muchos sitios. La prosperidad nos espera...»

Tiritó por debajo de su camiseta cuando una ráfaga de brisa fresca se coló por la ventana. Y con la brisa llegó el primer indicio de realidad tangible y molesta, que desinfló un poco la exuberancia de sus ánimos, duros pero un tanto frágiles.

Los jóvenes brillantes, tuvo que confesar Charlie a su imagen en el espejo, no tienen hilos de plata en las sienes. El espejo pareció asentir con un ligero movimiento producido por el último soplo de la brisa.

«Esas ideas están aquí dentro de todas formas —se dijo a sí mismo para tranquilizarse—. Lo único que necesitan es encontrar alguien, aparte de Beth, que las escuche.»

Beth, pensó, y al recordarla se apagó un tanto el fuego de su entusiasmo. Beth le había escuchado una y otra vez hasta conocer todas sus ideas brillantes mejor incluso que él mismo. Hasta le había corregido en ocasiones para hacerle ver, con tristeza, lo inútil que era todo.

¿Es que los jefes de la oficina meteorológica no querían escucharle? ¿O es que él no hacía el ruido suficiente para que le oyeran?

«No nos engañemos, muchacho —pensó, y escupió a su imagen en el espejo—. Cuando estás hablando con alguien de fuera de casa eres tan inocuo como un tazón de té sintético.»

La hora del desayuno. La hora en que Charlie Parkwood solía hacer inventario de sí mismo... y le entraban náuseas de lo que veía.

Estaba pasándose la maquinilla de afeitar por una mejilla cuando la ventana dio un golpe violento. El espejo se desprendió de la pared, se inclinó hacia él, y la imagen de su rostro desapareció rápidamente hacia arriba por la parte alta. Chocó contra el borde del lavabo y fue a estrellarse sobre el suelo con un estrépito de cristales rotos.

Charlie sintió que le temblaban las manos y el corazón le galopaba en el pecho. Por su mejilla corría un hilillo caliente. Se llevó allí los dedos y los retiró rojos de sangre.

—¡Beth! —llamó—. Beth, ¿dónde estás?

El cartero entró en la cabina telefónica, metió una ficha en la ranura y marcó el número urbano a toda prisa.

—Excentricidades —pidió cuando obtuvo línea.

—Haga su informe —oyó al otro extremo. El departamento de excentricidades no tenía tiempo para perder en preámbulos.

—Hay un anciano en la avenida de las Acacias —continuó el cartero, imperturbable—. Está un poco chiflado con la idea de volar y con el viento. Espera que llegue sentado en el borde del tejado. Y todos los días me pregunta si le he traído alas. Es verdaderamente un excéntrico, si los hay. Inofensivo tal vez, pero...

—No es usted quien tiene que juzgar eso —dijo la voz metálica al otro extremo de la línea—. Aquí examinaremos debidamente todas las posibilidades. Hizo usted bien en llamar.

—No crea que... —estaba diciendo el cartero. Pero la línea ya se había cortado.

Abuelito se reunió con la familia para el desayuno tarareando furiosamente. Dejó vagar una mirada un tanto acuosa en torno a la mesa y se detuvo un instante en el parche plástico que Charlie se había aplicado a la mejilla. Pero no hizo ninguna pregunta.

—Se aproxima viento —dijo y se concentró en su plato de cereales.

—Siempre hay vientos —dijo Charlie, un poco irritado por la aparente falta de interés de su padre en el corte de su mejilla—. Demasiados vientos, en realidad.

Beth le hizo un gesto a Charlie que quería decir: «Piensa en su estado». Abuelito continuó comiendo.

—El cartero me lo dijo —añadió luego—. Un tipo que sabe mucho. Sabe tanto de vientos como tú, Charlie.

Charlie suspiró.

—Estoy seguro de que sí —dijo—. Los computadores son mi

especialidad. Quizá pueda decirle al cartero un par de cosas que él no sabe sobre análisis de sistemas.

—Tendrías que saber algo sobre los vientos —dijo Abuelito—. Al fin y al cabo trabajas en la oficina de meteorología.

—En computadores —contestó Charlie—. Yo no hago otra cosa que alimentarlos con estadísticas.

—Tendrías que ser capaz de hacer pasar unos pocos vientos por la ventana de vez en cuando, para los de tu propia sangre. A mí me parece estúpido que trabajes en la oficina de meteorología y no sepas nada sobre el tiempo.

—No es peor que tratar de volar sin alas —le dijo Charlie con dureza—. O que subirse al tejado en pijama.

Pero el viejo Hiram Parkwood se había encerrado de nuevo en su propio mundo mental. Disparaba contra un zepelín y salía de la órbita del sol montado sobre la cola del Barón Negro.

—Aquel problema del alerón parece haberse arreglado por sí solo —dijo. Charlie inclinó la cabeza.

—Lo siento —dijo, aunque sabía que su padre no le escuchaba siquiera. Los niños bajaron corriendo las escaleras, como un alud.

—He oído algo que se rompía...

—He oído algo que tintineaba...

—¿Cómo se ha roto el espejo?

—Vamos, niños —les dijo Beth apresuradamente—. Empezad a desayunar. No os queda mucho tiempo.

—Fue un accidente —explicó Charlie, ansioso de preservar el orden y cortar las explicaciones—. Y no entréis en el baño, puede haber aún trozos de cristal por el suelo.

Los niños se fijaron en la mejilla de su padre.

—¿Es ahí donde te ha pegado mamá? —preguntó Mark, ansioso.

—No seas tonto —le contestó Amanda—. Mamá sólo pega en la parte de atrás de las piernas. Pegar en la cara es malo.

Charlie y Beth cruzaron miradas divertidas. Los comentarios de los niños tuvieron la virtud de hacer recobrar a Charlie el buen humor y restaurar su

optimismo perdido.

—Fue un accidente —repitió otra vez—. Y a nadie le pegan porque le ocurra un accidente.

—Ni siquiera a los papás —confirmó Beth.

—Ni siquiera a las mamás —dijo Amanda.

—Ni siquiera al abuelito —intervino de pronto el viejo Hiram, como si regresara de las nubes—. Buenos días, niños. ¿Habéis visto el viento?

—No, no lo vimos —le contestó Mark—. Pero vimos dónde fue. Pasó sobre los jardines. Hoy va a hacer un buen día.

—Eso es lo que yo pensé —dijo Abuelito—. Un día espléndido.

Luego se quedó callado, esperando oír el crujido de alguna puerta, o algún silbido en las cañerías.

Pero la casa estaba totalmente silenciosa. Fuera, a través de la ventana, por encima de los setos del jardín, pudo ver las hojas de los castaños que se preparaban para la gran conmoción.

Se acomodó, de nuevo en su silla y dejó que su avioneta hiciera un rizo triunfal.

Charlie besó a Beth en el umbral, hizo un par de fintas de boxeo con los niños y echó a andar por el sendero del jardín. El viento nocturno, con su fuerza de otoño, había desprendido del nogal docenas de hojas que yacían sobre la hierba como grandes copos de maíz, blandos de rocío.

Miró por encima del hombro y señaló a los niños y luego a las hojas. Beth asintió con la cabeza.

Casi no había viento ahora, pero se escuchaba su murmullo más allá del seto exterior. Pareció aumentar con mayor intensidad a medida que se aproximaba al portillo.

«Sólidos setos —pensó Charlie—. Sólidos setos que nos protegen del viento y de los problemas exteriores.» Pasó la mano por el follaje de uno de ellos antes de abrir la verja.

Cuando estuvo en la acera, una ráfaga de viento le precipitó contra el muro. Luego se le llevó el sombrero. Charlie echó a correr detrás de él,

mientras el viento se reía como un loco y murmuraba insultos en sus oídos sin dejar de arrastrar el sombrero cada vez más lejos. Hasta que una mano invisible pareció agarrarle ferozmente por el costado y tuvo que detenerse, jadeando para tomar aliento. El sombrero fue disminuyendo de tamaño en la distancia hasta perderse de vista.

Charlie, con una mano en el costado, intentó seguir andando sin dejar por ello de respirar. Estaba sólo a mitad de la escalera del monorraíl local cuando vio arrancar los coches de cola y supo que llegaría con media hora de retraso a la oficina.

Resguardado apenas por las paredes abiertas del andén empezó a preguntarse cómo era posible que el seto de su jardín, que no era ni más grueso ni más delgado de lo normal, hubiera podido proteger la casa de un viento de fuerza nueve por lo menos. Y de todas maneras el follaje no crecía tan alto. ¿Cómo era posible que las ventanas del dormitorio no hubieran crujido en sus goznes y que sus tiestos de chimenea, sus bien conservados tiestos de chimenea, no hubieran señalado el paso del viento?

Durante treinta helados minutos estuvo pensando en esto, pero cuando al fin llegó el monorraíl siguiente aún no había conseguido aclarar nada.

Los niños, mientras tanto, hacían montones con las hojas caídas sobre la hierba, para poder lanzarse luego sobre ellas, cuando volvieran del colegio.

En diez minutos limpiaron el jardín completamente y se quedaron parados el uno junto al otro, admirando su propio trabajo.

—Tiene gracia —dijo Amanda de pronto—. Hay algo que está mal.

—¿El qué? —le preguntó Mark, tratando de adivinar su pensamiento.

—Mira, recoger las hojas es como abrir un camino en la nieve. Mientras uno está limpiando siempre hay más nieve que cae de los montones que ya están hechos, ¿no es así?

Mark pensó un momento y tuvo que darle la razón a su hermana.

—¿Dónde están las hojas que han caído mientras estábamos limpiando?

—No hay viento que las haga volar —dijo Mark, orgulloso de su observación.

—Sí, sí que lo hay. Escucha.

Escucharon y oyeron las ráfagas de aire que silbaban por la calle, al otro lado del seto.

—Es como te dije en el cuarto de baño —continuó Amanda—. Hemos asustado al viento. Hemos matado el trocito de viento que nos correspondía aquí. Es una buena manera de empezar el día.

Y comenzaron a saltar por el jardín, cantando:

—¡Hemos matado al viento! ¡Hemos matado al viento!

Hasta que Beth los llamó para pasarles revista antes de ir al colegio.

El viejo Hiram estaba jugando con la taza de café que seguía a su desayuno. Soplaba sobre ella, tomaba un sorbo y arrugaba el gesto al sentir que le quemaba la lengua. Quería dejar la mesa cuanto antes y marcharse arriba a su cuarto.

Con monótona regularidad sacaba su antiguo reloj de bolsillo y lo observaba atentamente, pasándose la punta de la lengua por sus finos labios, siempre secos.

—No lo oigo —repetía sin cesar—. No lo oigo. Y sin embargo, tiene que estar al llegar. Tiene que estar ya ahí.

Beth, ocupada en limpiar los platos, apenas si le prestaba atención. Hasta que de pronto el anciano la cogió por el brazo cuando pasó cerca de él y se la quedó mirando con aire inquisitivo.

—Tú no crees que Charlie va a detenerlo, después de lo que le dije esta mañana, ¿verdad?

—¿Detener el qué, abuelo?

—Pues el viento de popa. ¿Crees que va a enviarlo a alguna otra parte?

Beth fue a buscar una taza limpia del armario y la llenó con café del termo.

—Aunque pudiese, que no puede, no haría una cosa semejante. Él le quiere mucho, abuelo. Todos le queremos.

—Así es como debe ser. Pero tendría que estar ya aquí y no está. La oficina podría tal vez...

Beth puso su mano sobre el puño sarmentoso del viejo.

—Voy a decirle algo a propósito de aquella oficina. Es pura presunción afirmar que pueden controlar el tiempo. Lo único que pueden hacer es predecirlo y en ciertos casos tomar medidas para prevenirlo, como..., como por ejemplo...

Se interrumpió por no estar familiarizada con la terminología de la profesión de Charlie.

—... como, por ejemplo, imagine que estalla un fuego en los bosques. Que hay un salto repentino en el viento y que el fuego cambia de dirección. Centenares de personas que se creían a salvo se sienten atrapadas. Y ocurre toda clase de tragedias imprevistas. Bueno, pues en el despacho donde trabaja Charlie toman lecturas de los satélites meteorológicos que están puestos en órbita alrededor de la Tierra. Estos satélites envían información de los vientos probables y así se pueden prever sus consecuencias. Y de esa manera pueden prevenir el fuego. ¿Comprende lo que quiero decir?

Era un ejemplo bastante imperfecto y poco preciso, y Beth lo sabía. Pero sabía también que el viejo Hiram no estaba mucho mejor informado que ella y que aceptaría su explicación como convincente.

—No creas en esos satélites —le respondió el viejo.

Beth fingió un aire ofendido.

Hiram le guiñó un ojo.

—Te creo, querida —dijo—. Si tú me aseguras que está bien, te creo. Pero no tengo confianza en esos satélites. ¡Diablos, cuando yo volaba uno todavía no podía subir a más de setecientos metros, porque empezaba a ahogarse y a intoxicarse con las radiaciones ultravioleta y toda clase de cosas! Dicen que hay hombres que viven en esos chismes, pero yo no lo creo. Por lo menos sé que Charlie no está en un satélite porque viene a casa todas las noches, de manera que no podría hacer tampoco mucho, aunque quisiera.

Beth había renunciado hacía tiempo a seguir la extraña lógica del anciano. Pero parecía que le había dado el visto bueno a Charlie, y eso era lo que importaba.

Hiram se encontró con que el café se le había enfriado en la taza. Se lo bebió tan rápido que se salpicó un poco la camisa, y cuando hubo terminado

salió por la puerta de la cocina al jardín para continuar su búsqueda.

La señorita Alsop, la maestra de guardia en el patio de juegos, encontró a Amanda Parkwood llorando amargamente en un rincón reservado a almacenar las botellas de leche vacías y las latas de desperdicios, que despedían un fuerte olor a restos de comida.

Amanda era una de las niñas de su clase, de modo que no había necesidad de ningún preliminar cuando se inclinó sobre ella para saber qué le pasaba.

—Yo... estaba mirando por la reja y vi que le estaban pegando a Mark — sollozó Amanda entre lágrimas—. Eran cinco o seis y todos bailaban alrededor de él y le pegaban.

El patio de la sección de los niños estaba separado del de las niñas por una verja alta, que era imposible saltar.

Era un colegio antiguo, como la mayoría de los jardines de infancia de la ciudad. El foco de la educación estaba centrado en los alumnos de once a trece años, que es el período en que éstos empiezan a pensar seriamente en una carrera y a seleccionar el grupo de estudios que más les conviene para este fin. Como consecuencia, se habían descuidado un tanto los jardines de infancia y las escuelas elementales, con el entusiasmo de proveer de mejor equipo y mejores facilidades a los muchachos de más edad.

En muchos lugares la segregación heredada de los antiguos tabúes de los adultos existía aún, en contradicción flagrante con una nueva comprensión de los niños y de sus necesidades educativas. Esto era realmente segregación: una niñita que había visto cómo le pegaban a su hermano, sin poder hacer nada para evitarlo.

—¿Están pegándole aún? —preguntó la señorita Alsop.

—No. Vino uno de los maestros y les hizo dejarlo. Se llevó adentro a Mark. Yo grité, pero hizo como si no me oyese.

—Quizá no te oyó, querida.

—Me oyó muy bien. Porque yo le grité. Mark no es embustero, de veras que no lo es. Pero ellos no querían creerle.

—¿Han llamado embustero a tu hermano?

—Sí, le han llamado embustero y han saltado alrededor de él. Pero no lo es, de veras. De veras que matamos al viento.

—¿Qué? —exclamó la señorita Alsop, sorprendida—. ¿Cómo has dicho?

—Que matamos al viento. Por lo menos lo asustamos, para que se fuera.

La señorita Alsop se echó a reír suavemente y señaló las rodillas de Amanda, donde el viento le arremolinaba el vestido.

—Mira cómo sopla ahora —le dijo.

—No digo aquí —le contestó Amanda—, sino en casa. Se cayó el espejo y papá se cortó en la mejilla y al cortarse hizo un ruido. El espejo también hizo ruido y ahora ya no hay hojas en la hierba de nuestro jardín. Hemos espantado al viento.

—¿Era eso lo que Mark les estaba contando a los otros niños?

—Sí, pero no querían creerle.

La señorita Alsop tuvo que escoger sus palabras con sumo cuidado.

—Bueno, una cosa así no ocurre todos los días. Me imagino que tenían envidia. Llamaré por teléfono ahora para enterarme de lo que ha pasado con Mark. Tú puedes venir conmigo. Creo que hay una botella extra de leche por alguna parte.

Miss Alsop entró en la cabina del teléfono público que había en la escuela y marcó un número. Sonrió a Amanda, que estaba sentada fuera del alcance de sus palabras con una botella de leche en una mano y uno de los bollitos que la señorita Alsop llevaba para su almuerzo, en la otra.

—Excentricidades —dijo cuando consiguió línea.

—Haga su informe —respondió la voz al otro extremo del hilo.

—Dos niños, Mark y Amanda Parkwood, de la avenida de las Acacias, en Helm, dicen textualmente que han «matado al viento», o que han «espantado al viento». Según parece se producen condiciones climatológicas extraordinarias en su casa.

—Investigaremos —dijo Excentricidades—. Hizo bien en llamar. Gracias.

—De nada —contestó miss Alsop. Pero la comunicación se había cortado ya.

Salió de la cabina y le hizo una seña a Amanda.

—Está bien —le dijo—. Mark está un poco nervioso, pero no le ha pasado nada. El maestro dice que oyó cómo gritaba una niña, pero que sólo pudo coger la palabra «embustero» y creyó que estaba diciendo lo mismo que los otros. Por eso no hizo caso.

Amanda asintió con la cabeza.

—Gracias, señorita —dijo—. Ha sido muy amable. Usted nos cree, ¿verdad?

—Naturalmente, cariño. Lo que pasa es que algunas gentes pueden encontrar el hecho bastante extraordinario.

—Claro —dijo Amanda, feliz.

La oficina meteorológica del distrito oeste era un edificio modesto, insignificante, situado en la parte posterior del Ayuntamiento, y por la forma de su fachada exterior no era posible deducir qué clase de trabajos se llevaban a cabo dentro.

Los tres satélites que daban vueltas a la Tierra sobre órbitas polares que formaban entre sí 120 grados transmitían sus informes a las estaciones receptoras. Estas las pasaban a los aparatos de análisis situados en las principales ciudades del mundo y desde allí eran distribuidas en pirámide a todas partes.

Era una enorme cantidad, un verdadero embrollo de información. La tarea de los computadores locales consistía en separar los datos correspondientes a sus regiones particulares. Según estos datos, recomendaban basándose en antecedentes y principios físicos archivados, la mejor manera de contrarrestar las condiciones atmosféricas desfavorables, cuando podían ser contrarrestadas. Esta función se ejercía, sobre todo, en las coordenadas climáticas cercanas al ecuador, un tanto neuróticas por naturaleza, donde por ejemplo una lluvia de sulfato de magnesio podía detener un huracán. También se encargaban de prever la duración de tales condiciones y sus consecuencias probables en otras zonas más estables. Así las gentes sabían a qué atenerse, por lo menos, y podían hacer sus propios preparativos.

El desarrollo de este sistema de satélites no había alcanzado aún el punto

en que cada uno de ellos pudiera dar una lectura individual para cada región sobre la que pasaba. De aquí la necesidad de mantener diversas estaciones de computadores locales.

Aquél era, pues, el ojo del torbellino, como Charlie lo había bautizado en uno de sus momentos menos brillantes.

Allí era donde él preparaba sus pequeños parámetros que luego introducía como si fueran bizcochos en las ranuras de las grandes máquinas. Una vez obtenidas las conclusiones pertinentes, se las comunicaba a los hombres que estaban a cargo del departamento de predicción del tiempo.

Para ser fieles a la verdad, hay que decir que Charlie conocía lo suficiente sobre el tiempo en general como para saber las cuestiones que debía plantear a las máquinas. También sabía lo bastante sobre computadores como para poder programar de la manera más conveniente, es decir, en la línea de información que más podía interesar al departamento de predicciones.

Sin embargo, se sentía frustrado por su incapacidad para alcanzar un nivel verdaderamente brillante en ninguna de sus dos funciones; lo bastante brillante como para ser considerado una autoridad en la materia. No era un fracaso en su tarea, pero tampoco era un éxito. Todo lo que intentaba podía hacerlo bastante bien, pero nada más que eso. Y de allí nacía su gran descontento. Los fracasados pueden inventarse mentiras con que cubrirse, pero Charlie no era uno de ellos; era sencillamente inadecuado y ningún andamiaje de sueños que se fabricara podía disimular esta realidad.

Cada mañana, al entrar en la oficina, Charlie inspeccionaba los aparatos en busca de una inspiración. Alguna idea nueva, capaz de ahorrar dinero y tiempo, que revolucionara el sistema entero. Algún perfeccionamiento que pudiera meter en el buzón de sugerencias y le diese ese cinco por ciento que le faltaba para salirse de la media. Y cada día Charlie sentía el amargor de la bilis de la inutilidad e iba a inclinarse sobre su máquina con gesto grave.

Pero hoy era diferente. Para empezar, llegaba demasiado preocupado por sus propios problemas para interesarse en otros detalles. Tenía una pregunta que hacer que desconcertaría sin duda a los encargados de las previsiones. Ya era mejor que nada, pensó.

Cuando llegó su descanso para tomar el café de media mañana, vio que

Amery estaba sentado solo en la cafetería. De todos los previsores del tiempo, Amery era sin duda alguna el más brillante. Charlie le planteó su problema.

—Me pregunto cómo es posible que se origine una zona sin viento —le dijo, sentándose frente a él—. Estoy seguro de que si alguien puede explicármelo, eres tú.

Amery no se molestó siquiera en agradecer el cumplido. Dijo simplemente:

—No es posible.

Charlie sonrió. ¿Tan pronto iba a darse por vencido? Estuvo tentado de decirle sin ambages: «Pues sí, es posible, porque yo tengo una en mi casa.» Pero la afirmación categórica del otro, le desconcertó un poco. Quizá el misterio residía en su propia manera de describir el fenómeno.

—Quería decir un área que parece estar sin viento, cuando todo el contorno se inclina bajo la presión de una fuerza número nueve —dijo.

Amery colocó lentamente su taza de café encima de la mesa.

—Sin duda hay algo que actúa como barrera. Algo como colinas o...

—No hay ninguna colina en varias millas a la redonda —dijo Charlie.

—... O una espesa línea de árboles...

—Los árboles no son tan espesos como todo eso.

—... O viscosidad de los remolinos.

—Eso ya suena más interesante. Explícame esta cuestión de la viscosidad de los remolinos.

—Pensé que me estabas tomando el pelo —le advirtió Amery.

—No, es en serio —dijo Charlie, abandonando el tono de broma—. Tengo una razón para preguntarte.

—Bueno, entonces, imagínatelo de esta forma: el aire se desplaza sobre la superficie de la Tierra como un coche que viajase por una carretera llena de baches. En su movimiento está sujeto a diferentes perturbaciones, producidas por colinas, árboles y corrientes ascendentes de aire caliente, que son las que producen las turbulencias principales. Cuando se forma una turbulencia, grandes masas de aire, como hinchazones dentro de la corriente, se deslizan en todas direcciones mientras avanzan. Seguramente son los remolinos los

que transmiten el impulso de una capa a otra. El aire de las capas inferiores pierde velocidad a causa del roce con los accidentes del suelo y a su vez origina una fricción con las capas más altas, que se mueven más de prisa. Todo ello actúa como freno sobre el movimiento general del aire, en su conjunto. Es lo que se llama viscosidad de los remolinos, que produce unos efectos de fricción secundaria.

»Cuando el término que representa la fricción de los remolinos interviene en la ecuación general del movimiento, se rompe su equilibrio y el nuevo movimiento resultante ya no es paralelo a las isobaras, sino ligeramente transversal, apuntando hacia el centro de más baja presión.

Charlie dejó que su compañero se extendiera en consideraciones sobre el movimiento acompasado del viento y su ecuación geotrófica. Si era como él lo recordaba, estupendo. Confiaba que acabara por llegar al punto que le interesaba.

—Así, si aceptamos que la corriente de aire no es compresible, es decir, que su movimiento no altera su densidad, se deduce que en ninguna parte la corriente ensancha o disminuye su volumen. Es imposible, sin embargo, que la corriente siga un desplazamiento igualmente horizontal en todos los puntos de una región. Se produce por fuerza una succión ascendente para evitar la acumulación.

—En otras palabras —dijo Charlie—, si dos o más de dichas corrientes se encuentran en un cierto punto, las dos se moverán hacia arriba, como dos coches que chocan de frente. Y justo en ese lugar, por debajo del área del encuentro, se producirá una especie de vacío.

—Exactamente —exclamó Amery, tan excitado por la situación imaginada que se olvidó incluso de que Charlie le había quitado de los labios su razonamiento final—. ¿Sabes de algún sitio donde esto haya ocurrido?

—Sí..., no. —Charlie se corrigió apresuradamente—. Es que me gusta pensar sobre los vientos y las extrañas cosas que hacen. Me gustaría poder hacer predicciones yo mismo, un día —sonrió al llegar aquí—. ¡Eh, mira que hora es! Mis computadores deben estar desmayados por falta de nutrición. Gracias por tu ayuda.

Se alejó de la cafetería con paso rápido. Amery se quedó mirando la

puerta largo rato después que Charlie hubo desaparecido. Luego se levantó y fue hacia la cabina telefónica. Buscó un número en su agenda y marcó.

—Excentricidades —dijo, cuando obtuvo línea.

—Haga su informe.

—Estará bien si yo... Esta es la primera vez que...

—Haga una inspiración profunda —dijo Excentricidades—. Tranquilícese. Ordene sus ideas. Tiene todo el tiempo que quiera.

Amery tenía el pelo húmedo contra el auricular. El sudor le bañaba también la frente. El aparato se le escurría de la mano.

Sacó un pañuelo y se secó las palmas de las manos y la oreja.

—Ahora —dijo por fin.

—Haga su informe.

—Un hombre llamado Charles Parkwood ha estado haciendo preguntas sobre las condiciones anormales del viento; concretamente, si un área determinada podía quedar fuera de la turbulencia de un viento fuerte por medios naturales. Le hice varias sugerencias y pareció quedar satisfecho. Sin embargo, sospecho que, deliberadamente o por accidente, ha sido capaz de provocar una situación atmosférica anormal. Pensé que debía informar de esto. Vive en la avenida de las Acacias, en el distrito Helm de la ciudad...

—Ya lo sabemos —dijo Excentricidades—. Hizo usted bien en llamar.

—Pensé que era mi deber hacerlo —dijo Amery.

Pero la línea estaba ya cortada.

El viejo Hiram almorzaba en silencio, mientras Beth intentaba por todos los medios iniciar una conversación cualquiera, que le distrajese un poco.

Ambos habían pasado por la inquietud de la duda aquella mañana; el viejo Hiram de manera más intensa, aunque menos visible que Beth.

Beth había lavado la ropa en la máquina y luego la había colgado en el tendedero giratorio instalado en el jardín; para que se secase al viento. Pero cuando volvió, una hora más tarde, encontró toda la ropa tan mojada como cuando la colgó.

Sin embargo, el viento se oía claramente en alguna parte, por fuera de la

casa... ¿Dónde? Parecía como si fuese más allá de la cerca que limitaba el jardín.

No. No era el viento, sino algún motor lejano. El monorraíl.

Los niños habían amontonado todas las hojas caídas durante la noche antes de marchar al colegio, pero ninguna había vuelto a desparramarse sobre el césped.

Ahora las hojas caían verticales del nogal, oscilando solamente a impulsos de su propia caída y amontonándose como una pira funeraria a los pies del árbol.

Beth asomó la cabeza por encima de la cerca y miró a lo largo de la calle. Las ráfagas de aire que pasaban le llenaron los ojos de polvo y le hicieron lagrimear. Seguro que el seto de la cerca protegía el jardín, pero ¿y por encima del seto? ¿Es que no había realmente... cómo se llamaba, turbulencia a todos los niveles?

Levantó una mano para probar y notó el aire en la muñeca y en la palma. Incluso en las puntas de los dedos. Pero era imposible decir si se debía a las ráfagas del viento o a una corriente de aire ascendente.

Al salir de la cocina, Hiram hizo un recorrido de inspección por el jardín. Trepó incluso a un asiento decorativo de hierro que había próximo a la cerca para poder observar el exterior.

Vio que la veleta que había en el campanario de una iglesia distante se movía fuertemente azotada por el viento. Vio como los árboles de la avenida inclinaban sus ramas bajo la fuerza del vendaval. Vio como las hojas volaban en remolinos y las gentes apretaban el paso subiéndose el cuello de sus chaquetas y sus abrigos. Se protegían los ojos contra el polvo y caminaban con las ropas pegadas a sus piernas por la fuerza de las ráfagas.

Contempló todo aquello lo mismo que un hombre podía contemplar un temporal desde el interior de una casa con ventanas de vidrio resistente. Personalmente estaba lejos de los elementos. Y los elementos lejos de él.

Ahora jugaba con su comida, más que comerla, absorto en sus propios pensamientos y testarudamente decidido a no entrar en ninguna clase de discusión con Beth.

Beth, mientras tanto, se guardaba sus dudas para sí misma, temerosa de

irritar al viejo y despertar de nuevo sus sospechas.

—No puedo entenderlo —dijo Hiram al fin, como si hablase consigo mismo.

Se levantó de la mesa sin terminar su almuerzo, fue en busca de lápiz y papel y empezó a escribir una serie de ecuaciones relativas a las velocidades de navegación aérea. Con ellas se subió a su cuarto, dejando sobre el plato la mayor parte de su comida y sin haber cruzado ni una palabra con Beth.

Beth miró la hora y decidió llamar a Charlie a la oficina cuando volviese de su almuerzo.

Abuelito estaba sentado junto a la ventana de su cuarto, mirando como el resto del mundo se agitaba bajo el vendaval.

Para entonces ya se había hecho algunas ideas sobre la situación. Todo aquello era obra del Barón Negro. Sin duda venía para acá con una bomba y había conseguido suprimir la resistencia del viento en aquel lugar para que no afectase su lanzamiento. El Barón no había sido nunca un gran matemático. Hiram recordaba los tiempos en que se habían enfrentado una y otra vez sobre el norte de Francia; y aquella ocasión en que Hiram había conseguido desconcertarle con un viraje rápido que le dejó en perfecta posición de ataque detrás de la cola del Barón, sólo para que su 18 mm se le encasquillase en el preciso momento en que tenía el Junker del otro justo en su punto de mira.

Pero esto era el insulto final que se podía hacer a un hombre: querer bombardear su propio hogar. Hiram tenía que despegar antes de que el otro llegara y derribarle en un combate encarnizado, lo más lejos posible de la casa.

Su mecánico había puesto ya en marcha el motor de su «Sopwith», sobre la pista de despegue.

Hiram, inquieto por la impaciencia, se ajustó bien el casco mientras avanzaba por el estrecho sendero que conducía a la pista. Se metió en su carlinga, se ató bien las correas de seguridad y levantó los dos pulgares para dar la señal de arranque a su mecánico: «¡Fuera las cuñas!», gritó.

Se puso en marcha y comenzó a recorrer la pista. Aceleró al máximo y comenzó su despegue. Los cables cantaban por encima de su cabeza, el viento le echaba hacia atrás su pañuelo de seda. Se ajustó las gafas, tiró de la

palanca y se elevó sobre el suelo. Flotaba sobre la ciudad mientras sus habitantes miraban hacia arriba, le señalaban con la mano y le ovacionaban.

*Soy un aviador, soy un aviador.
Y vuelo, vuelo, vuelo
alto en el cielo.
¡Mirad cómo...!*

Luego se estrelló de cabeza sobre el asfalto, a la entrada de la casa de los Parkwood.

Había un policía inclinado sobre Abuelito cuando Beth se acercó a él.

—Saltó del tejado —dijo el hombre, sin ninguna emoción en la voz—.
Mucha gente lo vio.

Beth se inclinó a mirar el cuerpo maltrecho y se sintió enferma, no sólo por la visión del cadáver ensangrentado, sino mucho más aún por ver toda aquella gente que se apretujaba sobre la calzada para no perder detalle de la escena.

—Está muerto, naturalmente —dijo el policía—. ¿Era un pariente suyo?

—El padre de mi marido.

—¿Su marido se llama Charlie?

—Charles Parkwood, sí. ¿Por qué?

—Algo que estaba diciendo el viejo en el momento en que me acerqué a él. Lo único que dijo, en realidad. Sonaba algo así como: «Charlie envió fuera el viento.»

Beth no pudo contenerse por más tiempo. Empezó a sollozar con desconsuelo y se dejó conducir hasta la casa por el policía, que le hizo un té fuerte, cargado de azúcar, y la obligó a beberlo mientras llegaba y se iba la ambulancia.

—No tiene objeto que le acompañe. Puede ir más tarde.

De pronto, ella se puso a hablar; sobre el período de servicio del viejo Hiram en las Reales Fuerzas Aéreas, durante la Primera Guerra Mundial;

sobre el paso de los años que había hecho que el hombre centrara su vida en el recuerdo de sus glorias pasadas, como si al sentir la cercanía de la muerte hubiera querido retroceder desesperadamente en el tiempo, en busca de un refugio; de su última preocupación por el viento y de sus relaciones con Charlie. Contó al agente que Charlie era un empleado de la oficina de meteorología y le habló de sus desilusiones cuando veía que los elementos desafiaban los deseos de su imaginación.

El agente lo anotó todo en su librito de notas, con una caligrafía minuciosa.

—Tengo que hacer un informe —dijo, cuando hubo terminado—. Si surge alguna complicación estaremos en contacto.

Luego se marchó, dejando que Beth llorase un poco más, sola, antes de llamar a Charlie por teléfono.

El sargento Malloy, de la comisaría de Helm, leyó el informe del policía sobre la caída mortal de Hiram Parkwood y despidió a su hombre con un gesto de la cabeza.

—Una verdadera preciosidad —dijo—. Voy a enseñárselo al jefe.

Entró en la oficina de éste, después de llamar fuerte en la puerta con los nudillos y le tendió el informe a través de la mesa sin ninguna clase de ceremonia. El jefe le echó una ojeada rápida, descolgó el teléfono y marcó un número.

—Excentricidades —dijo, cuando tuvo línea.

—Haga su informe.

El jefe comenzó sin preámbulos:

—Accidente de caída mortal en el número 79 de la avenida de las Acacias. El informe indica que la víctima estaba convencida de que podía volar. Sus últimas palabras al agente de servicio, antes de morir, fueron: «Charlie envió fuera el viento.» Las primeras investigaciones indican que Charlie era el hijo del difunto Hiram Parkwood. El agente está satisfecho con las declaraciones de la nuera. ¿Lo están ustedes?

—Déjelo en nuestras manos —respondió Excentricidades—. Tenemos ya

algunos informes sobre esta familia y su dirección. Hizo bien en llamarnos.

—El gusto fue mío —dijo el jefe.

Pero la comunicación estaba ya cortada.

Charlie tuvo la sensación de que algo grave había ocurrido, aun antes de que Beth hablase. Ella no tenía costumbre de llamarle a la oficina porque sabía que su trabajo tenía un horario muy irregular y que cualquier llamada podía llegarle en un momento inoportuno. Charlie por tanto, descolgó el receptor con cierta inquietud.

—¿Charlie? Ha ocurrido algo terrible.

Beth había pensado decir simplemente a Charlie que viniese a casa. Pero sabía que él la obligaría a ser más explícita, pues el jefe de su oficina le exigiría detalles antes de darle permiso para marchar.

—Abuelo ha saltado desde el tejado.

—¿Ha saltado? Pero, ¿por qué? ¿cómo?

—Debía de estar haciendo uno de sus... juegos. No pude hablar con él durante todo el día. Por la mañana me estuvo preguntando si tú habías mandado el viento fuera.

—¡Yo! ¿Cómo... cómo podía yo mandarlo fuera?

—No lo sé, Charlie. Sin duda tenía miedo de que lo hubieses hecho por lo que te dijo esta mañana.

—Pero eso estaba olvidado.

—No.

—¿No qué?

—Que no estaba olvidado. La última cosa que tu padre dijo antes de morir fue: «Charlie ha enviado fuera el viento.»

Charlie buscó una silla y sin dejar el teléfono se sentó en ella. Se encontraba enfermo y estaba bañado en sudor frío.

Ya era suficiente que el viejo estuviera muerto. A esto podía resignarse. El viejo Hiram llevaba años viviendo al borde de la muerte y Charlie se había preparado para lo inevitable. Pero encontrarse ahora con que su padre le culpaba a él... Tenía que hacérselo repetir a Beth. Sin duda había una

confusión.

—¿Es eso lo que te dijo?

—No. Es lo que le dijo al policía que acudió a él. El policía me preguntó quién era Charlie.

—¿Y tú se lo dijiste?

—Naturalmente. Iban a averiguarlo antes o después. Escucha, no te preocupes. Ya les expliqué las extravagancias de Hiram. El policía pareció quedar satisfecho.

—Puede que lo estuviese, sí, pero ¿y sus superiores? ¿Crees que se tomará el trabajo de poner todo esto en su informe?

—Bueno, si no lo hace tendremos que explicarlo de nuevo. Por lo menos si le preguntan, dirá que yo se lo había contado.

—No sé.

—Pero, Charlie, ¿cuál es el misterio?

—No hay misterio. Ha sido simplemente un día de todos los demonios y creo que no ha terminado aún.

—Ven a casa, Charlie.

—Iré, Beth, tan pronto como pueda.

—Espera, Charlie. Aquí están los niños ahora. ¿Qué es lo que pasa, Mark? Es inútil, Charlie, tengo que colgar. No parecen haber tenido un día muy bueno, tampoco. Ven a casa tan pronto como puedas.

Beth colgó el teléfono y Charlie fue a plantear su problema al jefe de su sección.

El Departamento de Excentricidades era ya bastante raro en sí mismo. Se componía de un sistema telefónico automático, programado con preguntas y respuestas que incluían todas las posibilidades de conversación que la experiencia de los agentes del OIIT había podido seleccionar. Estaba combinado con un magnetófono encargado de grabar los mensajes que recibían.

El local del OIIT, la Oficina para la Investigación de las Inconstancias del Tiempo, que tenía ya de por sí un nombre que era una joya, estaba situado

dos pisos más abajo del despacho donde Charlie manejaba sus computadores. Tenía su acceso por una puerta lateral sobre la que un rótulo decía: «Almacenes.»

El OIIT había sido concebido en un momento de pánico. Todos los otros departamentos encargados de la investigación de espionaje, intriga y conductas antisociales estaban siempre preocupados. No había razón alguna para creer que pudiera confiarse en el tiempo más de lo que podía confiarse en la embajada china.

Pero hasta ahora la oficina, que contaba con una red envidiable de agentes en todas las esferas de la vida, y aun fuera de ellas, se había visto forzada a limitar sus actividades a la vigilancia de algunos hacedores de lluvia y de algunos descubridores de fuentes ocultas.

Ningún volcán se había dedicado a vomitar peces sobre la población de la isla; ni siquiera lava. Los temblores de tierra eran escasos y de fácil explicación y el daño que causaban muy reducido, ya que los edificios en las regiones sísmicas estaban contruidos sobre plataformas especiales que neutralizaban el temblor.

Nadie había intentado teñir de azul la nieve, ni apresar rayos de luna en una jarra. Nadie había intentado dirigir los rayos de las tormentas sobre el sistema de alumbrado eléctrico. Nadie, en realidad, había intentado nada que pudiese interesar ni remotamente a la OIIT. Hasta la fecha.

Pero hoy, un tal Charles Parkwood, cuyo nombre aparecía en varias de las cintas grabadas por un teléfono más activo que de costumbre, había sido acusado por su padre de haberle asesinado, de haber enviado fuera el viento.

Naturalmente que el viejo podía ser un loco, o estar obseso con alguna idea de venganza, o asustado por algo, pero había también un informe completamente independiente que se refería a los hijos de Parkwood.

El operador Tyler desplegó todos los informes sobre la mesa que tenía delante y se puso a estudiarlos. Luego los barajó y los estudió de nuevo. El operador Tempest estaba atento a su lado, apoyado sobre un codo.

—Me parece que es lo que habíamos estado esperando —dijo Tyler, al cabo de un rato.

—Magnífico —respondió Tempest—. ¿Qué hacemos ahora?

Los dos hombres llegaron justo en el momento en que los Parkwood estaban terminando de cenar. Hombres con rostros muy graves, que llevaban sus gabardinas como si fuesen uniformes. Después de entrar, se presentaron por sus nombres:

—Yo soy Tyler, jefe del departamento de Helm, para la OIIT. Es decir, la Oficina de Investigación de las Inconstancias del Tiempo.

—Nunca he oído hablar de usted —dijo Charlie—. Yo también trabajo en la oficina de meteorología y no había oído su nombre hasta ahora.

—No es extraño —dijo el segundo hombre—. No somos un servicio al que se concede publicidad. Yo soy Tempest.

—¿Eso es un nombre o un departamento^[2]?

Charlie disimuló una sonrisa.

—Siga riéndose mientras pueda —dijo Tyler.

Charlie sintió como si empezara a nevar en su estómago. Condujo a los dos hombres hasta el salón y les invitó a sentarse. Ambos ignoraron su invitación. En lugar de ello, fueron hacia la chimenea que había en uno de los muros. Se quedaron mirando las llamas con gran extrañeza al principio y luego, a medida que se fueron calentando, con una profunda expresión de agrado. Ambos alargaron las manos hacia las llamas.

Charlie se aclaró la garganta. Los hombres se volvieron hacia él de mala gana.

—Bien, ¿qué es lo que querían ustedes?

—Hemos oído... —empezó a decir Tempest, un tanto vacilante.

Tyler le interrumpió con un gesto y tomó él la palabra.

—Han llegado a nosotros ciertas informaciones de varios sucesos ocurridos hoy que, aunque aparentemente desconectados entre sí, convergen todos ellos en la dirección de esta casa.

Charlie puso cara de asombro. Luego, dijo:

—¡Oh! Se refieren ustedes a mi padre. Escuchen, mi esposa ha hecho ya una declaración a la policía. Y yo mismo he hablado luego con ellos. Es una tragedia de familia, pero no veo en qué puede interesarles a ustedes.

—Hemos venido a propósito del viento —dijo Tempest.

Tyler se le quedó mirando con gesto de desaprobación.

—Es cierto —dijo al cabo de unos segundos—. No hay ráfagas de viento que soplen alrededor de esta casa. ¿Por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo yo?

—Usted trabaja para la oficina meteorológica.

—Soy simplemente un técnico, no un experto. Un tipo en la oficina dijo algo sobre la viscosidad de los remolinos. Tal vez sea ésa la causa.

Tyler sacó un delgado fajo de informes del bolsillo de su gabardina.

—¿Quiere que le lea esto?

Charlie se dejó caer pesadamente en un sillón ¡Cielos, qué día!

—Adelante con ello —dijo. Por lo menos así tendría alguna idea de lo que quería aquel par.

—Ocho treinta —empezó Tyler—. El servidor público 173/M informa de la manía de un anciano residente en esta casa, obsesionado con «alas y volar», que está «sentado en el borde del tejado en espera de viento propicio».

»Diez treinta: El servidor público 857/T informa que dos niños, sus niños, dicen que “han matado al viento” o “espantado al viento”.

»Once quince: El servidor público de la oficina meteorológica 7/Met, informa de las preguntas que le hizo usted relativas a si era posible que hubiese, por medios naturales, una zona libre de viento.

—Quizá estaba usted tratando de establecer una coartada —interrumpió Tempest.

—Pero... —trató de interponer Charlie.

—Trece treinta —continuó leyendo Tyler—. El servidor policial número 239/Pat. informa de la caída fatal ocurrida en esta dirección y menciona las últimas palabras de la víctima diciendo que «alguien había enviado fuera el viento».

Luego dobló metódicamente sus papeles y volvió a guardárselos en el bolsillo.

—Suena como si se tratara de una conspiración criminal —dijo—. Una manera conveniente de librarse del viejo.

—Pero, ¿por qué iba yo a pensar en matarle? Yo le *quería* —dijo Charlie, y apoyó su cabeza cansada entre las manos. Empezaba a tener una terrible jaqueca.

—Eso es lo que usted dice, claro.

—¿Qué motivos iba a tener para hacerlo?

—Quizá representaba un estorbo —dijo Tyler—. O quizá para hacer un experimento. Una vez que pudiera usted dominar el viento, cuántas cosas podría hacer... ¡Si parece incluso una conspiración contra el Estado, maldita sea!

—¡Pero yo no puedo dominar el viento! —gritó Charlie.

Beth entró inesperadamente en la habitación y cerró con cuidado la puerta, detrás de ella. De una sola mirada abarcó a los dos hombres parados junto a la chimenea y a Charlie, sentado, con la cabeza entre las manos.

Fue hacia él, se sentó en el brazo del sillón y con mucha suavidad, pero con firmeza, le retiró del rostro la mano derecha. Charlie dejó caer la otra mano y se reclinó en el respaldo de su asiento, con los ojos cerrados. Pronto se sintió más tranquilo.

Tempest miró a Tyler en busca de inspiración. Tyler se limitó a balancearse primero sobre un pie, luego sobre el otro.

—Mejor que lo sepa cuanto antes —lanzó al fin—. Su esposo se encuentra bajo el peso de varias acusaciones graves.

—¿Cómo qué, por ejemplo? —dijo Beth, sin amilanarse.

—Conspiración con las fuerzas meteorológicas para derrocar al Estado —dijo Tyler—. Causar la muerte de Hiram Parkwood.

Beth se le quedó mirando sin dar crédito a sus oídos.

—No voy a fingir siquiera que le comprendo —dijo—. ¿Quién es usted, de todas formas?

—Pertenezco al Departamento de Investigación de las Inconstancias del Tiempo.

—Un título bastante raro. Bueno, ahora, ¿quién es usted realmente? ¿Alguna especie de vendedor de charadas para el mercado?

—Señora, le aseguro...

—Nunca he oído hablar de usted —dijo Beth, tajante.

—No es extraño —recitó Tempest—. No somos un servicio al que se concede publicidad.

—¿Y cuál es el verdadero motivo que les trae aquí? Quiero decir, no pueden creer honradamente, lo mismo que no pueden esperar que yo crea, que mi esposo tiene el tiempo a su disposición. En cuanto a lo otro...

Aún le quedaban lágrimas por verter en lo que se refiere al viejo Hiram, pero cuando Beth visualizó la tragedia y pudo medirla en perspectiva, ante la situación actual en que se encontraba su esposo, le desapareció toda humedad de los ojos.

—Mi marido quería mucho a su padre —dijo—. En cuanto a la posibilidad de causar su muerte, no estaba ni siquiera aquí.

—No tenía que estar —dijo Tyler.

—Entonces, ¿cómo...?

—Sencillamente, retiró el viento.

Beth recordó la ropa que no se secaba y las hojas que caían como piedras. En el tenso silencio que la rodeaba intentó prestar oído a alguna corriente lejana, a algún crujido aislado, a algún silbido. Se echó a reír, con una risa de tono más alto de la que era habitual en ella.

—Pero eso es ridículo —dijo.

—No lo es de acuerdo con las pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Tenemos aquí varios informes separados —dijo Tyler, volviendo a sacar los papeles de su bolsillo.

—Según parece, nos han estado espionando —dijo Charlie, como si hablase desde muy lejos—. El cartero, la maestra de los niños, incluso un compañero de oficina. Resulta difícil de creer.

—Tenemos que protegernos —dijo Tyler a la defensiva—. Esto no es una autocracia. Se trata sólo de medidas de seguridad interna. Nuestra vigilancia sobre el tiempo, aunque parece absolutamente segura, aún tiene sus fallos y sus resquicios. Es necesario que vigilemos cada detalle.

—Si nosotros podemos controlarlo, también pueden hacerlo otras personas —apoyó Tempest.

—Incluyendo a su marido —dijo Tyler—. Particularmente a su marido,

ya que trabaja en la oficina meteorológica.

—Como programador de los computadores —la voz de Charlie sonó como un eco—. Ya le he dicho que no tengo los conocimientos necesarios para hacer esas cosas que ustedes me imputan.

—Bueno, pues *alguien* lo ha hecho. Y nosotros tenemos que llevar nuestra investigación hasta el final. Mejor será que haga venir aquí al resto de su familia.

—¡No!

—Hazlo, Beth —dijo Charlie—. O voy a volverme loco.

Beth fue hasta la puerta, la abrió y llamó:

—Mark... Amanda...

Los niños acudieron en seguida, contentos de escapar al pesado silencio que había invadido la casa después del grito de su padre y de alejarse de la silla vacía de Abuelito y del cubierto que Beth había preparado para él sin pensarlo.

Charlie hizo venir a los niños hasta su sillón y sentó a cada uno de ellos en una de sus rodillas.

—Estos hombres tan simpáticos van a haceros algunas preguntas —le dijo—. Se trata de una especie de juego. Pero tenéis que decir la verdad. Hay una penitencia si no lo hacéis.

—¿Qué penitencia? ¿Qué penitencia? —gritaron los niños.

—Una muy grande. Quizá tendría que irme fuera.

—Eso sí que sería una penitencia terrible —dijo Amanda.

—Ahora vais a decirnos —interrumpió Tyler, esforzándose en aparentar un aire lleno de benevolencia— qué es lo que ha sucedido hoy que no fuese habitual.

—¿Quiere decir lo del abuelo? —preguntó Mark.

—No. Antes de eso.

—¿Desde por la mañana?

—Desde el mismo momento en que os levantasteis.

—Eso fue cuando papá dejó caer el espejo —dijo Mark.

—No lo dejé caer —le interrumpió Charlie—. El viento...

—Ya te lo dije —interrumpió Amanda—. Ya te dije que había sido el

viento. Siete años de mala suerte para el viento, ya verás.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Charlie—. Siete años...

A las veintiuna treinta y cinco, una regresión nocturna del vendaval comenzó a absorber la minúscula aura de aire caliente que salía de la chimenea de los Parkwood. Esta había estado reforzando las capas termales del oeste en su avance por encontrar el frente este de la depresión fría. Las dos fuerzas, al enlazarse en su convergencia, se empujaron hacia arriba y se deshicieron entre sí. Con ello, al elevarse el aire caliente, el frío se precipitó a reemplazarlo.

La temperatura descendió bruscamente, hasta alcanzar el mínimo nocturno. La veleta del campanario distante se enredó en el torbellino descendente y comenzó a girar en dirección contraria a la que había seguido hasta entonces.

Primero una hoja y luego otra, empezaron a caer sobre el césped del jardín. La hierba pareció desperezarse como si una mano invisible pasase sobre ella.

La puerta delantera se abrió bruscamente y salieron los tres hombres.

—Hace más frío ahora —dijo Tyler, subiéndose el cuello de su gabardina.

Tempest sintió una corriente de aire en sus orejas.

—Se ha levantado el viento —dijo.

Los dos se echaron a un lado del sendero para dejar sitio a su detenido.

—Se ha levantado el viento —volvió a repetir Tempest, casi sin poder creerlo—. Está bien, tío listo, ¿qué es lo que ha hecho usted?

—¿Qué puedo haber hecho? —dijo Charlie, volviendo la cara hacia la brisa—. Ustedes han estado conmigo todo el tiempo. ¿Me han visto apretar algún botón, o girar alguna palanca? ¿Me han oído recitar algún sortilegio?

—Está bien, está bien. Aún le tenemos por asesinato.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo pude hacerlo? Admiten ahora que no he estado haciendo nada con el viento, de modo que, ¿cómo he podido «retirarlo» para que se cayese el abuelo?

Tempest se mordió el labio inferior. Tyler se metió las manos hasta el

fondo en los bolsillos de su gabardina. Cuando tropezó allí con los papeles de sus informes, los sacó y los fue rompiendo en pedacitos, lenta y deliberadamente. Luego los arrojó al viento con gesto de desafío. Un gesto perdido, porque el viento los lanzó de nuevo contra su impermeable.

—No se moleste en recogerlos —le dijo a Charlie, que estaba ya persiguiendo los papelitos a través del césped iluminado por la luna.

Tyler y Tempest continuaron sendero adelante y cruzaron la puerta de la verja sin volver la cabeza. Parado en medio del césped, Charlie se quitó el impermeable y la chaqueta. Con la cabeza echada hacia atrás, los ojos vueltos al cielo y los pulmones absorbiendo con ansia la esencia misma de aquel aire maravilloso, se dejó estremecer gloriosamente cuando el viento frío le aplastó la camisa contra el cuerpo.

Vio cómo grandes aglomeraciones de cúmulos algodonosos avanzaban sobre la luna y cómo ésta perdía su halo en el aire helado. Cuando volvió bajo el porche ya había empezado a caer la lluvia, en grandes ráfagas diagonales, fuertes, envolventes.

Abrió la puerta y gritó:

—¡Beth!

«Al abandonar la residencia del acusado Parkwood pudimos observar que no había ya una marcada ausencia de viento en aquella región. Puesto que no hubo posibilidad alguna de que Parkwood pudiese restablecer las condiciones naturales por ningún medio artificial, comprobamos que el fenómeno sobre el que habíamos recibido quejas... (¿Crees que suena bien así, Tempest? No importa)... que el fenómeno que estaba sujeto a investigación había sido causado por alguna inconsistencia inexplicable en las corrientes naturales de aire. Por lo tanto, Parkwood fue puesto en libertad con toda la cortesía debida.»

Tyler sacó su primer informe oficial del dictáfono y lo llevó a un clasificador que había junto al calefactor central del despacho. Buscó en él la sección «P» y archivó allí el informe.

Tempest le había seguido de cerca hasta el clasificador, como si no

podiera soportar perderse ni un solo detalle de los movimientos finales de la pantomima. Apoyó los codos sobre el mueble y empezó a calentarse las manos en el calefactor.

—Ese fuego de carbón era algo estupendo, ¿eh? —dijo, recordando la chimenea en casa de los Parkwood—. Tal vez llegue un día en que vuelvan a distribuir carbón para todo el mundo. —Se sintió de pronto en un estado de ánimo sumamente benévolo respecto a aquel tipo, Parkwood—. No veo que haya peligro alguno en un fuego descubierto.

Tyler sólo sentía benevolencia hacia sí mismo y hacia Tempest.

—Creo que manejamos el asunto bastante bien. Sobre todo para ser nuestro primer caso. No podríamos haberlo hecho mejor, aunque hubiésemos conseguido una condena.

—Dice mucho en favor del departamento el que hayamos podido probar la inocencia de una persona. Bueno, ocasionalmente al menos —opinó Tempest.

Beth se despertó muy temprano, al oír que Charlie se movía a su lado.

La lluvia corría por la parte exterior de las ventanas. El viento aullaba en las cañerías.

—¿Charlie? —susurró, en voz baja.

Él le cogió una mano y se la apretó tres veces, toque en su código secreto significaba: «Te quiero.»

—Lo siento, cariño —le dijo—. ¿Te he despertado?

—No. ¿Qué pasa? ¿No puedes dormir?

—Supongo que podría —dijo Charlie—. Pero prefiero escuchar durante un rato.

Los dos se quedaron escuchando. Oyeron un ruido áspero y luego otro, pocos momentos después, seguido del chasquido de algo que se hace añicos.

—Ahí va otra hermosa teja —dijo Charlie—. ¡Qué agradable es sentirse de vuelta a la normalidad!

—No tan normal. Nos va a costar un ojo de la cara.

—Entonces es agradable... poder... lamentarse en paz. —Descubrió de

pronto una ligera dificultad con su voz—. Es una pena que papá...

Y juntos lloraron un rato mientras un nordeste de fuerza nueve azotaba los flancos de la casa.

CUMPLIMIENTO FATAL

Poul Anderson

Si la sociología es una ciencia mucho menos operativa que las demás, se debe fundamentalmente a la dificultad de realizar experimentos sociológicos directos a voluntad y a corto plazo.

Aunque puede haber otras formas de abordar la cuestión, como sugiere Anderson en el siguiente relato, recogiendo un tema ya clásico de la SF.

PRÓLOGO

—La mano izquierda —dijo el hombre delgado, con voz apagada—. Levante la muñeca.

Douglas Bailey se remangó la manga de su camisa. El hombre delgado le puso algo frío en la muñeca e hizo un movimiento de cabeza indicándole hacia la puerta más cercana.

—Vamos, entre, y diríjase hacia la primera plancha de la derecha —le dijo.

—Un momento —dijo Bailey—. Quiero saber...

—Andando —dijo el hombre delgado—. El trabajo hay que hacerlo rápidamente. No podemos perder el tiempo.

—¿Quiere usted decir... que todo lo tiene preparado... ahí dentro? —le preguntó Bailey, mientras el corazón le latía rápidamente dentro del pecho.

—¿Acaso no vino para eso? Vamos, amigo, diríjase hacia la plancha de la derecha. Andando.

—Pero si apenas he estado aquí dos minutos...

—¿Qué es lo que esperaba? ¿Música de órgano? Escuche, amigote —añadió el hombre delgado, mirando de reajo hacia el reloj de pared—, yo sé lo que tengo que hacer y cuándo debo hacerlo. ¿Me comprende ahora?

—Es que yo creía que por lo menos tendría tiempo para... para...

—Haga un esfuerzo e inténtelo. Después de todo, está aquí por su propia voluntad. No creo que tenga que arrastrarlo a la fuerza, ¿no le parece?

Mientras así hablaba, el hombre delgado abrió la puerta apremiando a Bailey para que entrara. Bailey obedeció. Se trataba de una habitación estrecha y llena de cortinas cuya atmósfera olía a productos químicos y carne muerta. El hombre delgado le indicó una camilla en el centro de la

habitación.

—Tiéndase de espaldas y estire los brazos y las piernas.

Bailey asumió aquella posición, quedando tenso a medida que el hombre delgado le sujetaba los tobillos con unas correas.

—Relájese. Con ello ganaremos los dos, pues no acostumbro dedicarle más de dos horas a un paciente. Si no me hace caso, y ellos lo encuentran en estado de tensión..., entonces no habrá más remedio que emplear las cajas. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Mientras Bailey yacía tendido en aquella camilla sintió que una onda de calor y de suavidad se apoderaba de él.

—¿No ha comido nada durante las últimas doce horas? —dijo el hombre delgado, acercando a él su rostro sombrío y borroso.

—Pues yo...

—Bueno, de acuerdo; duerma tranquilo, amigo.

La voz del hombre delgado fue apagándose poco a poco hasta dejar de oírse. El último pensamiento de Bailey mientras se hundía en aquella oscuridad sin fin que obnubilaba su mente fue una frase esculpida en el granito del frontispicio del Centro de Eutanasia:

«Envíame a aquellos que están cansados, sin esperanzas y pobres y que anhelan ser libres, que yo los iluminaré con la lámpara que está junto a la puerta de bronce...»

1

Entonces el veneno actuó en su hemoglobina y murió.

La muerte era como un remolino de viento. Bailey tuvo la impresión de que éste le azotaba el rostro, le hacía girar mientras lo elevaba y lo hacía descender, una y otra vez. Al mismo tiempo, un espantoso ruido ensordecía sus oídos. Bailey no sabía de dónde procedía aquel viento ni si era frío o caliente. Tampoco se preocupó por ello, pues en aquel momento una luz potente cegaba sus ojos y los truenos le hacían rechinar los dientes.

«¿Los ojos? Pero si aquello era imposible. ¿Los dientes? Pero si estoy muerto. Después de haber rellenado por triplicado aquel documento que me hicieron firmar, ahora resultaba que todo iba a reducirse a que me encerraran en una caja y me metieran en un crematorio. Y después quedaré transfigurado, convertido en cenizas y dejaré de ser para siempre Douglas Bailey, un nombre más en el libro de estadística.»

Buscó la realidad, sólo la realidad, pero lo único que vio su mente fue un caos espantoso. Al mismo tiempo, la sordera parecía invadir sus oídos como una espiral infinita. En algún lugar, Dios estaba contando: «Cero, uno, diez, once, cien, ciento uno, ciento diez, ciento once, mil, mil uno, mil diez» con una vocecilla seca. Por un momento Bailey creyó que su estómago se había convertido en un pulpo y que sus intestinos eran los tentáculos. Seguramente se lo comería, pero ello era lógico, ya que el universo existente dentro de Douglas Bailey era idéntico a Douglas Bailey dentro del universo, y por ello pensó que cuando el universo se lo hubiera tragado, se vería libre de su locura.

A pesar de aquella pesadilla, Bailey pensó que realmente carecía de reflejos sensoriales.

«Y si estoy muerto, carezco de cuerpo, por lo tanto carezco de sentidos, no puedo tener reflejos sensoriales, he sido convertido en cenizas. Y como no tengo medios de valorar el tiempo, si es que el tiempo tiene algún significado después de la muerte, seguramente habrán pasado muchos siglos desde que ingresé como muerto en la lista del libro de estadística. ¡Oh, dichoso libro de estadística! No tenía que haberme precipitado tanto para morir.

»¿Por qué lo hice?

»No puedo recordarlo. Había unos edificios, sí, y unos extensos terrenos. Entré... ¿entré realmente? Sí, entré. Creo que fue en busca de consejo. También creo que alguien me dijo que no estaba tan mal todavía como para tomar aquella decisión y que debía regresar a mi casa y volver a pensarlo. Pero mi transformación ya había empezado. Desde el momento que crucé el umbral de la puerta dejé de ser un hombre para convertirme en una categoría. Empezaron a enviarme de una mesa a otra, con mucha cortesía y suavidad, eso sí, pero la cosa fue tan rápida que no tuve tiempo de pensar hasta dónde me conduciría todo aquello. Más tarde lo supe: a aquella habitación al final del pasillo.

»¿Qué ocurrió antes de que llegara mi última hora? No lo sé.

»—Cien mil ciento diez —contó Dios—, cien mil ciento once, ciento un mil...

»—¡No lo sé! —gritó el encargado de estadística—. ¡No puedo recordarlo!

»—Ciento un mil uno, ciento un mil ciento diez.

»—¿Por qué me hacen esto? —gritaron los fragmentos—. ¿Por qué me dejaron? Sabían que estaba muy enfermo para poder pensar.

»—Ciento once mil once.

»Mucho más que eso. Muchos más de nosotros. Pero el concedernos la libertad para escoger la muerte eso no era libertad; nos asesinaban.

»—Ciento once mil cien.

»—¡Cállate de una vez, maldito! Sí, tú. ¿Dónde te encontrabas cuando me asesinaron? ¿Por qué les permitiste que lo hicieran? Allí no había gente sana, excepto aquellos individuos psicóticos, neuróticos y psiconeuróticos que nos invitaron a venir aquí a morir. Eso no era una forma digna de comportarse.

Podían haber intentado al menos curarnos..., podían haber intentado hacer algo..., ellos no debían...

»—*Click* —dijo Dios. Luego se produjo un silencio profundo y la oscuridad lo envolvió todo.

»—... Ellos debían habernos dado la “oportunidad” de salvarnos aunque sólo hubiera sido por su propia vanidad. Tenían una responsabilidad para con nosotros, debían habernos ayudado, hacer que curásemos.»

Dejemos allí a Douglas Bailey. Y allí estaba precisamente Douglas Bailey.

2

Lo sorprendieron en su habitación practicando vicios solitarios. La puerta se abrió de repente. Dos hombres corpulentos penetraron en la estancia.

—Quédese quieto y no se mueva de donde está —dijo uno de ellos—. Levante las manos. Vuélvase de espaldas.

Aquello le produjo el mismo efecto que un puntapié en el estómago. Bailey se tambaleó, casi se cayó, y por un instante le pareció que le faltaba aire en los pulmones. Tuvo la impresión de que la luz del sol y el ruido del tráfico que penetraba por la ventana abierta era algo irreal. También le parecieron irreales las formas familiares de las sillas, las mesas, las cortinas y aquel olor de trementina. Por el contrario, estaba seguro de que su corazón latía, que su piel estaba cubierta por el sudor y que las rodillas se le doblaban sin fuerza.

—De acuerdo —dijo el otro detective al superintendente del edificio, un individuo bajito que se hallaba en el vestíbulo—. Puede marcharse.

—Sí, señor. ¡Inmediatamente!

—Pero no abandone este lugar. Es posible que alguien quiera hablar con usted más tarde.

—Desde luego —susurró el superintendente—. Estoy a su disposición para todo lo que quiera mandarme.

El hombrecillo desapareció.

Bailey sentía como un nudo en la garganta. Alguien tenía que haberle proporcionado una llave maestra de su apartamento. De modo que todas las precauciones que había tomado habían resultado vanas.

—Bien, bien, bien —dijo el primer detective a su compañero—. ¿Qué piensas de todo esto, Joe?

El terror se había apoderado de Bailey mientras contemplaba a aquellos dos individuos. Iban bien vestidos, afeitados y llevaban el cabello corto. Ambos contemplaron el trabajo de Bailey como si se tratase de un hacha con la que se había cometido un asesinato.

—¿Por qué miran mi cuadro de esa forma? —les preguntó Bailey—. ¡Es un *hobby*! ¿Acaso no puedo tener un *hobby* como todo el mundo? Yo no tengo nada que ocultar, yo no tengo ningún secreto. Todo el mundo sabe que yo pinto. Además, el presidente nos recomienda que tengamos un *hobby*.

—¿Se refiere a este tipo de pintura? —preguntó Joe.

—Supongo que no le habrá enseñado este cuadro a todo el mundo, ¿no es así? —intervino el compañero de Joe.

—No, he tenido mucho cuidado —respondió Bailey.

En primer lugar, aquellas pinturas, la mayoría de paisajes, constituían para él un medio de distracción, de evitar que el tiempo se le hiciera demasiado pesado, igual que Penélope tejiendo y destejiendo la ropa que hilaba. Aquellos hombres le molestaban, pero al menos habían sentido cierta curiosidad por el trabajo que estaba haciendo.

En segundo lugar, siempre cerraba la puerta de su apartamento cuando se ponía a pintar temprano por la mañana. Claro que tenía una pequeña habitación donde ocultaba sus cuadros más valiosos y que carecía de cerradura. En cuanto a su apartamento, dado que éste estaba en un tercer piso y al otro lado de la calle sólo había un almacén. Bailey estaba seguro de que nadie podía sospechar de que se dedicaba a pintar.

En tercer lugar, el sitio en que vivía no era el más adecuado para su trabajo, pero al menos se hallaba en el distrito de Haight-Ashbury. Antes de que se promulgara el Acta de Salud Mental, aquel lugar había quedado reservado para la gente excéntrica, pero a medida que pasó el tiempo y se construyeron modernos edificios, aquel sitio se había convertido en la zona más respetable de San Francisco. Por otro lado, la vigilancia era muy estricta en Nob Hill. Pero, ¿qué ocurría con los habitantes de Haight-Ashbury? ¿Por qué tenían el más alto promedio de estabilidad en toda la ciudad?

Y en cuarto lugar, Bailey se había pasado toda su existencia oculto.

Era muy posible que aquel género de vida que llevaba Bailey hubiera

dado motivo para que la gente pensase que estaba loco, que era un psicópata. Sí, era posible, era posible. Pero, ¿cómo se comportan los hombres que están sanos mentalmente?

—Bueno, de acuerdo, veamos todas esas pinturas que tiene —dijo Joe.

—Pero si sólo se trata de modestos dibujos al estilo de Van Gogh...

—¿Es que pretende que nos lo creamos? En este pueblo tenemos un Departamento de Salud Mental y sus miembros han encontrado muchos cuadros pornográficos. El FBI sostiene la tesis de que existen muchos enfermos mentales que se dedican a esta clase de pintura obscena.

Mientras así hablaba el detective, su compañero se había acercado al cuadro que estaba pintando Bailey y se puso a observar sus fuertes tonalidades azules y amarillas. Luego, dirigiéndose a Bailey, le dijo:

—Las flores no son tan grandes como usted las ha pintado. Y tampoco observo ninguna perspectiva. Amigo mío, está usted enfermo... Es un enfermo mental.

—Eso lo decidirá la Clínica —intervino Joe—. Veamos ahora su documentación, Sam.

Bailey sacó su cartera. Joe se puso a examinar su permiso de conducir, su contrato de trabajo, el permiso para consumir bebidas alcohólicas, el certificado de vacunación, el carnet de la seguridad social y otros documentos.

—Oiga, ¿cómo es que tiene un carnet de la clase B? —le preguntó Joe.

—Es que soy sociólogo —contestó Bailey—. Me dedico a la investigación. De vez en cuando necesito consultar libros especializados..., revistas científicas...

—¡No me diga! —dijo Joe, con ironía—. A lo mejor la próxima vez consigue la clase A y logra una copia de Krafft-Ebbing, ¿verdad que sí?

Joe se puso a reír, pero continuó examinando los documentos contenidos en la cartera de Bailey hasta que encontró su ficha psicotécnica.

—Oiga —dijo Bailey, mientras sentía que la garganta se le secaba—, siempre tengo mi documentación en orden. Todos los años me preocupo de renovarla..., tal como lo ordena la ley. La última vez que la renové fue hace... unos cuatro meses.

—Escuche, amigo —dijo Joe—, basta ya de juegos. Hace ya muchos años que trabajo en la profesión y sé perfectamente lo que significa un electroencefalograma normal, máxime cuando se trabaja en una ciudad con una población de muchos millones de habitantes. Si no fuera así, hace ya mucho tiempo que me habrían echado del departamento. Siéntese tranquilamente en esa silla, Bailey; en ese rincón, y así no nos molestará. Vamos, Sam, registremos a fondo este apartamento.

El otro individuo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dirigió a una estantería llena de libros. Acto seguido sacó de su bolsillo una lista de títulos que comparó con los de los volúmenes allí existentes. Se trataba de un trabajo lento, ya que los libros de la estantería estaban cubiertos de polvo, y había que abrirlos para comprobar sus títulos. Mientras tanto, Joe se dedicaba a revisar todos los cuadros con la misma agilidad que un galgo persiguiendo a una liebre.

Bailey se sentó en un sillón. Estaba estupefacto. Pero, ¿por qué tenía que preocuparse? ¿De qué tenía que sentir miedo? Si al menos pudiera dormir. *Sí, una oportunidad para poder dormir, soñar, morir... No, no debía esperar eso. Debía encerrarse en sí mismo, aislarse, olvidarse de todo. No debía preocuparse de nada, ya que él sabía que los síntomas típicos de la esquizofrenia no eran los que él presentaba. «Sí, yo no estoy loco; no, no, no.»*

—*Pero me encuentro tan cansado... Si al menos el mundo me dejara en paz...*

Al cabo de una hora, Joe y Sam compararon los resultados que habían obtenido. No habían encontrado el compartimento secreto, pero Bailey tenía la sensación de que habían descubierto algo de importancia, a pesar de estar seguro de que no había dejado nada por esconder. Por otra parte, existían muchas cosas que la ley permitía poseer. Bailey no sabía qué podían haber encontrado los dos detectives en su apartamento (la información psiquiátrica por encima del más elemental nivel no era permisible a nadie que no tuviera un carnet A). Por otra parte, tanto Joe como Sam hablaban en voz tan baja que no pudo enterarse de nada.

Pero aquello no le importaba; su apatía le provocaba una absoluta

indiferencia por todas las cosas.

—Bueno —dijo Joe—, lo mejor será llevárnoslo y luego regresar para proseguir la investigación.

—¿Quieres decir tú y yo? —dijo su compañero.

Bailey dedujo que Sam tenía que ser nuevo en el oficio o bien que acababa de ser trasladado desde otro departamento.

—Claro que no —respondió Joe—. La investigación no es cosa que nos ataña a nosotros. Los expertos dirán si este individuo intentaba asesinar a su padre o apalear a su madre.

—O las dos cosas, ¿no? —dijo Sam.

—En este caso, supongo que sí. Por eso debemos llevarnos pronto a este pájaro a nuestro departamento.

Joe se dirigió lentamente hacia el sillón donde se hallaba sentado Bailey. El suelo crujía bajo el enorme peso de su cuerpo.

—Vamos, levántese. Tenemos un excelente doctor que está esperándole para reconocerle a fondo.

Bailey se levantó y acompañó a los dos detectives. Ambos se detuvieron para cerrar la puerta tras ellos. Seguramente la gente se había enterado de lo que había sucedido con Bailey, pues los pasillos y las escaleras estaban vacíos. El eco de sus pisadas resonaba por todo el edificio mientras bajaban las escaleras.

Fuera, el sol brillaba intensamente en un cielo de verano cruzado por varias gaviotas. Sus rayos iluminaban la hilera de edificios a ambos lados de la calle por donde caminaban los transeúntes. El automóvil de la policía no tenía ningún distintivo. Se trataba de un «Chevrolet» modelo 1989.

—¿Por qué? —preguntó Bailey.

—¿Por qué, qué? —dijo Joe, mirándole fijamente.

—¿Por qué tenemos que ir en un coche corriente donde todo el mundo pueda vernos? ¿No creen que es ridículo que toda la gente se dé cuenta que me llevan detenido? Un coche de la policía debe ocultar a sus ocupantes de la mirada del público. Nadie debe saber cosas de mi vida íntima. Esto es ridículo.

—¿Ha dicho usted «ridículo»? —le preguntó Sam, mientras sacaba un

libro de anotaciones.

—Vamos, Sam, eso no tiene ninguna importancia —dijo Joe.

Bailey permaneció silencioso. Joe cerró las puertas del automóvil y se puso al volante. Los otros dos se sentaron en el asiento posterior. Bailey no sentía el menor deseo de mirar a sus acompañantes, por lo que se limitó a contemplar los edificios y la gente de las calles por donde pasaban.

Por primera vez desde que vivía en aquella zona, Bailey se fijó en una pantalla de anuncios que había en la calle cerca de una parada de autobús, en la que se recomendaba a la gente que fuera higiénica.

«Evitemos esto», decía, mostrando por un momento la imagen de una persona escuálida y sucia que hacía unos extraños gestos como si tratara de cazar moscas imaginarias. «¡Tiene que ser así!», añadía, mostrando una familia americana integrada por un padre sano y robusto, su hermosa esposa y sus cuatro hijos, alegres y rebosantes de salud. Uno de los niños era nórdico, el segundo negro, el tercero oriental, y el cuarto judío. «¡Así tiene que ser! (música de trompetas). Para ser limpio, recto, feliz... (tambores)... ¡PIENSE LIMPIAMENTE! ¡PIENSE RECTAMENTE! ¡PIENSE FELIZMENTE!»

Más adelanté, Bailey observó un cartel en el que se ofrecía una recompensa de diez mil dólares por cualquier información que condujese a la detención y tratamiento de cualquier persona que padeciese trastornos psíquicos.

Algunos metros después, Bailey vio a un policía que estaba interrogando a una mujer de mediana edad. Por un momento pensó que le estaba diciendo lo de costumbre: «Tiene usted que dirigirse al centro donde está registrada antes de esta fecha. Allí debe ser examinada de nuevo y obtener un certificado en el que se especifique bien claramente que es usted una persona mentalmente sana. De no hacer lo que le estoy diciendo, la próxima vez que la vea me verá obligado a detenerla. ¿Me ha comprendido?» La mujer parecía hallarse más bien molesta que asustada. Y es que el Acta de Salud Mental que había sido promulgada tenía por finalidad detener la creciente ola de enfermedades mentales, y todo el mundo tenía la obligación de reconocer su estado psíquico y denunciar los casos de los que estuviese enterado. Y para que esta campaña contra las enfermedades mentales diese su fruto, todos los

ciudadanos debían cooperar. Claro que la ley ya se encargaba de que todos los ciudadanos colaborasen...

El coche de la policía prosiguió su marcha, atravesó el Golden Gate Park y luego giró a la altura del Kezar Stadium. En este último lugar, Bailey observó a un grupo de alumnos sentados en el suelo, con su uniforme blanco, escuchando una clase de higiene. Delante de ellos se encontraba su profesora. Era una mujer joven y atractiva. Por un instante, Bailey pensó que tenía que resultar difícil para los alumnos escuchar atentamente las instrucciones teniendo delante de ellos a un ser tan encantador. A su mente acudió el recuerdo de aquella misma escena cuando él era un niño. Luego escuchó como la profesora decía: «Bueno, niños, éste es un momento en que debemos pensar en todo lo que es bello y hermoso. En primer lugar, cantemos una canción ensalzando la belleza de la luz solar. Vamos a ver: a la una, a las dos, a las tres...» Bailey no tuvo tiempo de escuchar aquella canción, ya que el coche, después de haber estado detenido unos instantes, prosiguió su camino a gran velocidad.

La calle era muy empinada. Al final de la misma surgieron los edificios de la Clínica cual picos de una escarpada montaña. Bailey recordó la época en que aquella Clínica había sido el Centro Médico Universitario.

El coche se detuvo en la entrada principal donde unos funcionarios identificaron la documentación de los ocupantes. Detrás de dichos funcionarios, una pareja de guardias vigilaba una cola de pacientes ante la puerta del dispensario. Se trataba de unos individuos que ya habían estado internados anteriormente y que acudían para ser reconocidos y recibir su dosis de tranquilizantes. A pesar de toda la propaganda que se había llevado a cabo insistiendo en lo beneficioso de la campaña en pro de la salud mental de la población, todos aquellos individuos de la Cola iban penetrando uno por uno en el dispensario cabizbajos y con una mirada de tristeza en sus ojos. El funcionario que se encargaba de ellos los iba haciendo entrar con modales nada delicados ni corteses.

«De haberlo sabido... me habría librado de todo esto —pensó Bailey—. De haber confesado al principio los trastornos que me afectaban, seguramente me habrían curado y no hubiera llegado hasta este extremo...»

Pero no; no me importa. Quiero seguir actuando como lo he hecho hasta ahora. Además, ya es demasiado tarde.»

Bailey se sentía tan desgraciado que no se dio cuenta que el coche había reemprendido la marcha, vuelto a detenerse y los detectives lo conducían adentro del edificio más grande. El ascensor por el que subieron parecía más bien un ataúd para tres personas. Cuando éste se detuvo en el tercer piso, los tres salieron del mismo. Bailey observó un largo corredor por el que se deslizaban silenciosamente enfermeros vestidos de blanco y cuya atmósfera desprendía un fuerte olor a productos antisépticos. Al final del corredor había un mostrador. Detrás del mismo se encontraba sentado un funcionario con rostro adusto, y detrás de éste un cierto número de extrañas máquinas y varias secretarias trabajando.

—Aquí lo tiene —dijo Joe—. Este es Bailey.

El funcionario cogió una hoja impresa y se la entregó, junto con una pluma, a Bailey, mientras le decía:

—Rellénela.

Bailey cogió el impreso y leyó lo siguiente:

DEPARTAMENTO DE HIGIENE DE ESTADOS UNIDOS

Distrito de California del Norte

Impreso para tratamiento

Fórmula 1.066

Escriba a mano o a máquina

Nombre
..... (paterno) (materno) (de pila)

Fecha Sexo M F
(mes) (día) (año)

MH FH Otros detalles

Número de registro Fecha de nacimiento
Dirección
(mes) (día) (año)

Profesión Empresa en la que trabaja
Dirección

Nombre de la esposa
(De ser soltero escriba «ninguna»)
..... Número de registro

(NB: Si el interesado es viudo o divorciado, utilice la fórmula B-1.)
Hijos (especifique el número, la edad y el sexo de los que estén vivos. Escriba el nombre de cada hijo en una sola línea y utilice una línea para cada hijo. Si no tiene hijos, escriba "ninguno". Si le falta papel, utilice el impreso C-").

.....
.....
.....

Otros familiares o personas que dependan de usted
..... Preferencia religiosa (si no tiene ninguna, escriba «ecuménico»)

Deudas pendientes de pago

Bailey levantó asombrado los ojos.

—Pero esto es un impreso de ingreso —dijo con voz débil—. No creo que deba rellenarlo, ¿no le parece?

—Si lo cree así, puede abstenerse de rellenarlo —respondió el funcionario—. Pero si no lo rellena, ello será interpretado como que es incapaz de hacerlo, y entonces su ingreso en esta Clínica será automático.

Bailey lo relleno. Luego le tomaron las huellas dactilares y le hicieron varias fotografías.

—Bueno, eso está mejor —dijo el funcionario.

Después, dirigiéndose a los dos detectives, el funcionario les dijo:

—De acuerdo, muchachos, ya pueden irse. Aquí tienen el recibo de la entrega.

—Gracias —dijo Joe—. Hasta la vista, Mac. Ya nos veremos más adelante. Vamos, Sam.

Los detectives se marcharon.

—Tiene usted suerte, Bailey —dijo el funcionario—. El doctor Vogelsang le verá inmediatamente. He conocido a muchos que han tenido que esperar más de tres días para verle. Es un hombre que siempre tiene mucho trabajo.

Acto seguido, ambos echaron a andar por el pasillo. Bailey seguía al funcionario como un hombre desamparado, como si todo aquello lo estuviera soñando. Pero cuando llegaron a una oficina al final del pasillo, pareció despertarse de aquella especie de sueño. Nunca se había encontrado en sitio semejante. Las paredes estaban recubiertas de paneles de roble, el suelo estaba cubierto por espesas alfombras y sobre una mesa había un montón de antiguos pergaminos chinos. Se oía una música de fondo suave que Bailey inmediatamente reconoció como la sonata *Claro de luna*. Detrás de una mesa había un hombrecillo de cabellos blancos y de piel descolorida. Se levantó para estrecharle la mano.

—Bien venido a bordo, señor Bailey —dijo, sonriendo—. Me alegro mucho de conocerle.

Luego, dirigiéndose al funcionario, le dijo:

—Eso es todo, Roger, puede retirarse.

—Pero, ¿no cree usted, doctor Vogelsang, que Bailey debería ser «refrenado»? —preguntó el funcionario.

—Oh, no —dijo el doctor Vogelsang—. Desde luego que no.

Cuando el funcionario se retiró y cerró la puerta detrás de él, el doctor le dijo a Bailey:

—Debe disculparle, señor Bailey. No es una persona muy competente, pero tenemos tanto trabajo aquí y tantas cosas que hacer, que tenemos que contentarnos con el primer personal que encontramos. Por favor, siéntese. ¿Un cigarrillo? ¿Prefiere un puro? Tengo algunos aquí.

Bailey se sentó en un sillón muy confortable y respondió:

—Gracias yo... no fumo... Pero si puede ofrecerme... una copa, se lo agradeceré.

—¡Naturalmente que sí! —exclamó el médico, riendo—. Es una idea excelente. No se extrañe que comparta su gusto, pues como profesional de la medicina reconozco que es el sedante más antiguo y todavía uno de los mejores. ¿Desea un whisky?

Acto seguido, el doctor Vogelsang ordenó por el teléfono interior que trajeran la bebida.

Bailey, sin atreverse a mirar al rostro del médico, le preguntó, cabizbajo:

—¿Por qué me han traído a este lugar?

—Recibimos una información en la que nos sugerían que lo reconociésemos. A decir verdad, según los datos que nos proporcionaron, debo decirle francamente que hay algunos pequeños detalles en su ficha que debemos analizar a fondo. Cosas que debían haberse estudiado hace ya mucho tiempo —y que las volveremos a estudiar—, pero que, como ya le dije anteriormente, son difíciles de entender. En realidad, dependemos hasta cierto punto del mismo paciente, es decir, de su habilidad para detectar los primeros síntomas y acudir a nosotros. Pero, por favor, no vaya a pensar que dudamos de usted. Nos damos perfecta cuenta de que en este momento es usted dueño de sí mismo. Nuestro único deseo es curarle. Tiene usted una excelente mente, señor Bailey, puedo asegurárselo. Tiene usted un C. I. muy por encima del normal. La sociedad necesita mentes como la suya; mentes liberadas de culpabilidad, de terrores, de desequilibrios metabólicos, de todo

aquello que los hace actuar con un porcentaje de eficiencia inferior a la mitad y hace que las personas se sientan desgraciadas... Ah, aquí tenemos el whisky.

Una enfermera entró llevando una bandeja, con una botella de whisky, un cubo con hielo, unos vasos y soda. Sonrió afectuosamente tanto a Bailey como a su jefe y luego se retiró cerrando la puerta.

—A su salud —brindó el doctor Vogelsang.

—¿Qué..., qué piensa hacer conmigo? —le preguntó Bailey con voz temblorosa.

—Pues, en verdad, no mucho. Queremos examinar una serie de tests diagnósticos y otras cosas antes de tomar cualquier decisión. Pero no se preocupe. Estoy seguro de que le curaremos completamente y que antes de Navidad estará fuera de aquí.

El whisky era bueno. La conversación era agradable. La atmósfera era tan cordial que Bailey llegó a preguntarse si no le habían exagerado cuando le hablaron de la Clínica.

Y, efectivamente, los primeros días consistieron en simples interrogatorios, narcosíntesis, cuestionarios multifásicos, Rorschachs y estudios de laboratorios; exhaustivos, incluso molestos, pero de corta duración.

Pero he aquí que cierto día decidieron trasladarlo a la Sala 7. Esta sala de la Clínica estaba reservada para los casos extremadamente graves.

En la Sala 7 se aplicaba el electroshock y la insulino terapia. Este tratamiento reducía en un gran porcentaje el nivel del C. I. Y cuando este tratamiento fallaba, se apelaba a la cirugía, bien practicando la lobotomía prefrontal o la leucotomía transorbital.

Cuando Bailey se enteró de los tratamientos que se llevaban a cabo en la Sala 7, empezó a gritar y a sollozar. Le expresó su gratitud al doctor Vogelsang cuando éste le tranquilizó diciéndole que con él se utilizaría una terapia de excitación experimental. Entonces lo tumbaron sobre una camilla, lo sujetaron con correas e hicieron pasar una corriente de baja frecuencia a través de sus nervios. Fue el último dolor que sintió. El doctor Vogelsang lo estuvo observando durante todo el tratamiento.

—Bueno, bueno, bueno —dijo el médico dos o tres semanas después, mientras meneaba su blanca cabeza—. No ha habido éxito. Me temo que no podemos seguir con este tratamiento. Pero no hay más remedio que borrar esos pensamientos que le atormentan la mente. Le diré una cosa: los trastornos que padece no parecen radicar en su sistema glandular. Estoy convencido de ello. De modo que utilizaremos el método de Pavlov y esperemos que dé resultado.

El método terapéutico a que se refería el doctor Vogelsang consistía en algo realmente espantoso. Privación de dormir, frío, calor, hambre, sed y ruidos de campanas. Cuando la reacción era la que se esperaba, se le recompensaba, pero cuando no, se le castigaba. Pero a pesar de este tratamiento, el estado de Bailey no sufrió la más mínima mejoría. Desesperado, Bailey ya no sabía qué hacer ni qué pensar.

—Amigo mío —dijo el doctor Vogelsang—, mucho me temo que tendremos que dar un paso más adelante. El método pavloviano a menudo proporciona unos resultados decisivos cuando se castra al paciente.

Al oír aquellas terribles palabras, Bailey intentó atacar al médico, pero estaba sujeto por el cuello por una correa y no pudo ni siquiera moverse.

—*No puede hacer eso conmigo* —gritó desesperado—. ¡Tengo mis derechos!

—Vamos, vamos, sea usted razonable. Usted sabe perfectamente que el Tribunal Supremo declaró constitucional el Acta de Salud Mental, y ésta nos autoriza a llevar a cabo este tratamiento. De todas formas, no tiene que preocuparse. La operación no le hará ningún daño. Yo mismo la efectuaré. Y, desde luego, antes de llevarla a cabo, congelaremos algunos de sus espermatozoides, con el fin de que pueda tener hijos el día que esté curado del todo. Es lo que anhela cualquier hombre normal.

Pero tampoco este tratamiento dio resultado.

—Creo que estamos aplicando un tratamiento inadecuado —dijo el doctor Vogelsang—. Se encuentra usted igual que el primer día. A mi juicio, uno de los escollos contra el que chocamos es su innata hostilidad. Después de pensarlo mucho, creo que lo mejor que podemos hacer es reconstruirlo.

—¿Reconstruirme? —dijo Bailey horrorizado—. ¿Matarme? ¿Es que

piensa matarme?

—Oh, no. ¡No, no, no y mil veces no! Ya veo que la gente profana no comprende nuestros sistemas terapéuticos. Ciertamente, la reconstrucción ha sustituido a la pena capital, pero eso no significa que usted sea un criminal. Quiere decir que el criminal es también un hombre enfermo, igual que usted. No vamos a ser tan bárbaros como para intentar legalizar el asesinato. Sobre todo en su caso. Usted posee un potencial maravilloso, pero éste se encuentra a un nivel bajo a causa, desgraciadamente, de sus malas costumbres. Tanto es así que ha llegado a convertirse en parte integrante de su propia personalidad. De modo que... volveremos a empezar. Pero no se preocupe, pues se trata de un método muy moderno pero completamente seguro y sin peligro. El tratamiento electroquímico invierte la información de RNA, que es la base física de la memoria. Cada memoria, cada hábito, cada sistema tiene sus características. Usted empieza el tratamiento limpio, fresco, rebosante de salud. Una *tabula rasa* en la que los expertos incrustarán una eficiente y nueva personalidad.

—¡Oh! —exclamó Bailey mientras en su fuero interno pensaba que lo mejor era que lo dejaran en paz.

Pero cuando al final le pusieron el casco, lo amarraron a la cama con correas y le inyectaron drogas en las venas, empezó a sollozar y a recordar...

... la hora del crepúsculo en las colinas de la bahía del Este; la primera muchacha que besó, y la última; una curiosa y antigua taberna, un verano que pasó en Inglaterra cuando era joven; las tardes que había pasado esquiendo en High Sierra; Shakespeare, Beethoven, Van Gogh; trabajo, amigos, padre, madre, madre...

... los instintos animales revivieron en él y se puso a gritar en su agonía de terror:

—Si esto no es la muerte, ¿entonces, qué es?

Entonces la última huella de lo que había hecho con su dotación genética, y lo que habían hecho con ella, desapareció. Bailey estaba muerto.

La muerte era un remolino de viento. Era como si le soplasen, le hicieran

girar y le hiciesen subir y bajar mientras un ruido monstruoso azotaba sus oídos. No sabía si aquel viento era frío o caliente. Tampoco se preocupó mucho de ello, ya que la luz cegó sus ojos y el trueno le hizo rechinar los dientes.

¿Ojos? ¿Cómo podía saberlo si sólo creyó ver la ráfaga de un relámpago? ¿Dientes? ¿Cómo, si estoy muerto? No, un momento, esto no es lógico. Ellos quemarán mi cuerpo. A mí no me importaría la eutanasia cuando ya no pudiera soportar más mi propia miseria. No, ni incluso así. Esta gente ha llegado a trastornar tanto mi cerebro, después de haberme convertido en un ser miserable, que ya no me preocupa nada ni me importa nada.

—Cero, uno, diez, once, cien, ciento diez —comenzó a contar Dios.

Bailey buscó desesperadamente la realidad, cualquier realidad, en los torrentes de la noche. Sintió vértigo al notar que su cuerpo giraba en una infinita espiral. Pero la única realidad era él mismo. Bailey se agarró a esa idea. «Yo soy Douglas Bailey —pensó al ver al pulpo devorador—. Yo soy..., yo soy... un sociólogo. Un loco. ¿Y qué más? He muerto dos veces, después de haber llevado dos vidas horribles.»

¿Había algo más? No puedo recordarlo. El viento sopla muy fuerte.

Alto. Una mirada. No, se fue.

—Mil once —siguió contando Dios—, mil cien, mil ciento uno, mil ciento diez.

«¿Por qué me está haciendo esto a mí? —Bailey gritó—. Es usted tan malo como ellos. Ellos me mataron dos veces. Una vez con indiferencia. Dijeron que era libertad..., libertad para escoger la muerte que me dieron..., pero no se preocuparon de nosotros, excepto para reducir nuestro número. Se retractaron de todo lo que prometieron, establecieron una maquinaria social automática para procesarnos, y luego hicieron todo lo que pudieron para olvidarse de nosotros. Y de nuevo volvieron a matarme con odio. Sí, tenía que ser odio, crueldad, deseo de matar, por mucho que trataran de disimularlo hablando de métodos de curaciones. ¿Qué más? Ah, sí. ¿Cómo se puede coger a un ser humano y hacer un objeto de él, convertirlo en una cosa que se arrastra...?»

—Diez mil, diez mil uno, diez mil diez, once mil once.

El espacio giró hacia atrás y el tiempo se deslizó como las aguas del Estigia. Mientras tanto, el viento seguía soplando y soplando.

Su problema era real. Estaba sufriendo. Necesitaba ayuda y amor.

Click. El viento dejó de soplar. La oscuridad esperó.

«Por favor, compadécete de Douglas Bailey. Ayúdame. Cuídate de mí. Dame tu amor.»

Así fue.

3

Después de haberse lavado en el cuarto de baño, extendió de repente las piernas y miró entre ellas.

«¿Pero cómo pude haber hecho eso? —se preguntó—. Todo mi ser radicaba en eso. Sin duda alguna.

»Pero no me encontraba bien —recordó—. Tuve un grave trastorno nervioso, un posible principio de esquizofrenia. Estuve haciendo cosas menos racionales que éstas antes de que me persuadieran de venir aquí.»

Se volvió a poner los pantalones y se miró en el espejo que estaba encima del lavabo. La imagen que vio fue la de un hombre alto y ancho de hombros. No se dio cuenta de que Birdie Carol se hallaba junto a él hasta que ella le acarició el cuerpo. Después de todo era lógico: muy poco ejercicio y demasiadas drogas. Aquello no le gustaba, pero nunca tuvo la energía suficiente para evitarlo. Y aquel rostro era chocante, con las mejillas como la cera, los ojos hundidos y con los largos cabellos negros despeinados.

No disponía de ningún medio para calcular el progreso que había conseguido. Algunos podían. Pero él sabía que después de la breve euforia que se produjo cuando entró en el hospital, cada día se encontraba peor. Tanto mentalmente como físicamente se encontraba mucho peor que cuando entró en la maldita Clínica.

Y esto no debía ser así. Aplicando la teoría que fuese, esto no podía ser así.

Sintió un tic en un párpado. Abrió los ojos y se puso a observar las paredes. Eran de color rosa y en ellas estaban pintados unos ositos y unos caballos. Detestaba el color rosa.

—Y yo no necesito para nada todos estos dibujos para niños —refunfuñó.

Birdie puso la mano sobre su rodilla. Ambos estaban sentados en el diván de la sala de estar.

—Ya lo sé, querido —dijo ella—, pero el doctor Breed considera que es indispensable. Y yo creo que tiene razón.

—¿En qué se basa para darle la razón?

—Bueno, es que el método consiste en volver a recrear en usted su infancia. Es decir, el amor y la inocencia que entonces tenía. Ya sé que esto suena a algo estúpido, pero existe un fundamento médico para hacer nacer en su subconsciente todo lo que se había perdido.

—¿Pero de qué amor, confianza e inocencia me habla? —dijo Bailey—. Me acuerdo perfectamente bien de mi infancia, y era una infancia completamente normal, como la de todos los niños. Me metieron en la escuela y me estuvieron fastidiando desde el primer día. Recuerdo que los compañeros me esperaban a la salida del colegio y me pegaban. Pero por un motivo que ignoro, nunca se lo decía a mis padres. Una o dos veces leí una historia de terror y no pude dormir durante varias semanas, dominado por el miedo. Me habían quitado mis juguetes y, por añadidura...

—Está bien, querido —dijo ella, poniéndole su mano en la boca e interrumpiéndole. La mano estaba perfumada con un agua de colonia de olor muy penetrante—. Sí, comprendo todo lo que me dices. Pero a lo que nosotros nos referimos es a una infancia ideal. Tienes que aprender a querer. Y también a que te quieran. Entonces te encontrarás perfectamente bien.

—Escuche —dijo Bailey, cuya desesperación iba en aumento—, suponga que mi caso, mis trastornos, no es una neurosis o uno de esos nombres de enfermedades tan raros que ustedes emplean. Suponga que se trata de una esquizofrenia orgánica. Entonces, ¿qué tiene que ver todo ese cariño de que me habla con mi estado actual?

Birdie sonrió con infinita paciencia.

—El amor es un requerimiento básico de la forma de vida mamífera —dijo ella—. Pues bien, nosotros somos de vida mamífera. La prueba de que el cariño es indispensable la tenemos en los orfanatos, donde muchos niños mueren por carecer del mismo. Si usted consigue ser amado, pero no con la intensidad suficiente, su naturaleza sufre y decae. Esta deficiencia lo

trastorna, le altera la personalidad. Lo que nosotros estamos haciendo es proporcionarle el cariño que necesita para convertirse en una persona normal y fuerte.

Bailey dio un salto y exclamó:

—¡He escuchado tantas veces lo que me está diciendo que he llegado incluso a vomitar! Por lo demás, ¿qué me dice usted sobre la verdadera psicosis?

—Bueno, creo que se trata de una cosa metabólica —respondió Birdie—. O al menos así lo creen los científicos. Aunque, según mi modesta opinión, las neurosis también son originadas por carencia de cariño. ¿No lo cree usted así?

—Pues yo..., yo...

—En cualquier caso —prosiguió Birdie—, la esquizofrenia implica una pérdida de comunicación con el mundo exterior. Y no podemos curar a nadie si previamente no hemos reestablecido tal comunicación. ¿No te parece lógico? Piénsalo por un momento, querido, y comprenderás que tengo toda la razón. Sí, el amor es el puente por el que se pueden salvar todos los obstáculos.

Bailey intentó responderle con una palabrota, pero todas las que se le ocurrieron en aquel momento no le parecieron lo suficientemente obscenas.

Birdie se incorporó, se echó hacia atrás sus cabellos dorados y abotonó los botones de su vestido. Luego dijo:

—Creo que debemos volver a hacer el amor.

Bailey no tenía mucho interés por ello, pero ella lo apremió —¿y qué otra cosa podía hacer por otro lado?— y al final acabaron en el dormitorio. Birdie fue muy agradable con él, lo apretó entre sus brazos y se puso a cantarle para que se durmiera. De todos modos, antes le había proporcionado un barbitúrico.

Quizá todo aquello fuese la causa de su actual preocupación. *¡Rayos! Por lo visto, en aquel dichoso departamento no había nada malo, excepto el haberme alimentado tan espantosamente con...*

Abandonó el cuarto de baño. Su apartamento no era muy grande, pero sí muy confortable y suntuosamente amueblado. Se dirigió hacia la ventana de

la salita de estar y miró al exterior. La ventana se hallaba defendida por barrotes, pero, según le dijeron, aquello era para evitar que algún sonámbulo pudiese cometer la imprudencia de saltar por ella. Tenía entera libertad para frecuentar los patios. También le prometieron que tan pronto se pusiera mejor, le proporcionarían permisos para salir fuera los fines de semana. Mientras tanto, cualquier ser querido que deseara verle podía visitarle en la Clínica.

La vista, desde el piso veinte del edificio más grande del Centro Médico, era magnífica. Desde su ventana, el parque Golden Gate parecía un inmenso océano verde que brillaba bajo los rayos del sol. Bailey se puso a contemplar el puente de la boca de la bahía, bajo el cual las aguas se deslizaban en dirección a la orilla oriental surcadas por botes y barcos y sobre las que revoloteaban las gaviotas. Una brisa de fuerte olor marino penetró en su habitación, así como el ruido del tráfico en la distancia.

Un ruido muy distante, muy apagado. Además, desde aquella ventana, San Francisco daba la impresión de ser una ciudad muerta, aunque Bailey sabía perfectamente que dentro de aquellos edificios los negocios giraban como un torbellino igual que el que existía en el interior de su mente.

Como sociólogo, Bailey sabía que aquellas medidas que había tomado el Gobierno en pro de la defensa de la salud mental de todos los ciudadanos implicaban un gasto enorme para el erario público. Ahora bien, si las enfermedades mentales, desde la más corriente excentricidad hasta la locura más completa, estaban alcanzando enormes proporciones y Estados Unidos se había comprometido a preocuparse por las víctimas, el presupuesto tenía que ser obtenido de alguna manera, y esta manera no podía ser otra que imponiendo más impuestos a los contribuyentes, lo que producía un malestar general.

Bailey estaba en contra de esta política, a pesar de ser él mismo uno de sus beneficiarios. Pero esta pequeña minoría a la que él pertenecía no tenía el suficiente poder para oponerse a los proyectos que se había trazado el Estado. Por otra parte, la gente se oponía a creer en los hechos concernientes a la vida económica, o bien lo miraban a uno con asombro y le preguntaban: «¿Quiere usted decir que hay algo más importante que el bienestar de los seres que

amamos?»

Quizá, pensó con humor, la futilidad de sus esfuerzos había contribuido al estado en que se encontraba y a que se hallase ahora en aquel sitio.

Entonces, de repente, se sintió como un animal enjaulado y un sentimiento de rabia se apoderó de él. Se puso a golpear con su puño la ventana protegida con barrotes. Una vez, y otra, y otra. Luego, sin poder dominar sus nervios, se puso a gritar como un demente furioso:

—Dios mío, Dios mío, Dios mío, juuuuu, chu, chu, chu.

—¡Duggie! ¿Qué estás haciendo?

Bailey cesó de gritar. Se volvió lentamente. Birdie Carol se encontraba en el umbral de la puerta, con un ramo de ranúnculos en sus manos. Como siempre, llevaba un vestido corriente, aunque más bien elegante, en el que llevaba prendido un distintivo de técnico psiquiatra.

Bailey dominó su rabia y le respondió:

—También yo podía hacerle la misma pregunta.

—Pues he venido a verte —dijo ella, cerrando la puerta y acercándose a él—. Mira, te he traído flores. En cierta ocasión me dijiste que te gustaban los ranúnculos. A mí también me gustan mucho estas flores.

—Siempre me está molestando como si yo fuera..., como si yo fuera...

—Pero, querido, no puedo dejarte solo todo el día. Precisamente todo tu problema se reduce al aislamiento en que vives. Si lo piensas por un instante, verás que tengo razón. Deberías salir y no estar siempre encerrado en esta habitación —dijo ella, mientras le ponía suavemente una mano en el hombro—. Deberías hacerme caso. ¿Por qué no vas a la sala de recreo y frecuentas el trato de los otros pacientes? Cuando llegas a conocerlos a fondo te das cuenta de que son una gente muy buena. Y en cuanto a las asistentes sociales te puedo asegurar lo mismo. Ellas quieren ayudarte..., quieren que te diviertas, desean que vuelvas a ponerte bueno. ¿Qué decía ese antiguo refrán alemán? ¿Verdad que sabes al que me refiero? ¿Cómo se dice en alemán?

—*Kraft durch Freude* —dijo Bailey.

—¿Verdad que eso quiere decir «salud mediante la alegría?» Pues eso mismo es lo que yo quiero que hagas. Ah, antes de seguir hablando creo que debo poner estos sedientos capullos de ranúnculos en agua fresca, ¿no te

parece?

Birdie se puso a buscar un jarrón para las flores y, mientras rebuscaba por la habitación, sus rizos dorados acariciaban su frente y sus caderas se movían como sólidas masas. En realidad, todo era sólido en su aspecto, e incluso tenía un absoluto control físico de su cuerpo: una tarde muy calurosa, hallándose con él en la cama, ni siquiera sudó. Al principio aquello le agradó: parecía la imagen de la Madre Tierra.

Pero la Madre Tierra no hablaba.

—Aquello era un adagio nazi —dijo Bailey.

—¿De verdad? Qué interesante. Cuánto sabes, Duggie, querido. Una vez que te hayamos curado, buscaremos la manera de que puedas ayudar a los demás. ¿Verdad que lo harás?

Birdie cogió un jarrón de plástico que había sobre una mesa e hizo un gesto de tristeza al sacar las mustias rosas que contenía, al mismo tiempo que decía:

—Pobres rosas. Me temo que ya nunca volverán a ser las de antes. Pero si con su presencia han logrado alegrarte la vida en esta habitación, creo que han cumplido su misión. ¿No crees que ése era su fin?

—Lo que yo creo —dijo Bailey— es que los nazis encerraban en las cámaras de gas a todos aquellos que no compartían su ideología. Pero, si lo pensamos detenidamente, la doctrina que predicaban no era justa.

—No, supongo que no —respondió Birdie, mientras tiraba las mustias rosas a una papelera. Luego cogió el jarrón, los ranúnculos y su enorme bolso y se dirigió al cuarto de baño—. ¿Verdad que el jefe de los nazis era Hitler? ¡Cuánto tuvo que sufrir por carecer de amor!

Birdie dejó abierta la puerta del cuarto de baño. Bailey podía haberse evitado el tener que contemplar aquellas paredes rosa, así como los osos y los caballos pintados en ellas, pero, por alguna mórbida razón, se impuso el mirar en esa dirección. Quizá, pensó, ello le permitiría odiar más aún todo aquello.

—Yo creo que los demás países se portaron mal haciéndole la guerra a los nazis —dijo entre dientes Bailey.

—Ciertamente —respondió Birdie—. Desde luego, yo no digo que sus prisioneros no debían haber sido rescatados. Bueno, quiero decir si realmente

eran sus prisioneros. Bueno, ya sabes cómo es la propaganda en tiempos de guerra. Pero ahora que han pasado tantos años desde que la guerra terminó, ¿crees realmente que un ser humano pudo haberse portado de la forma que lo hiciera Hitler? Francamente, yo no lo creo.

—Yo, sí. Conozco perfectamente los hechos de la historia. Y también sé cómo se comportan actualmente los seres humanos: cometiendo violentos crímenes.

—Sí, querido, pero ¿no comprendes lo que quiero darte a entender? Supongamos por un momento que todas esas cosas fueran ciertas. O bien seamos realistas y pensemos sobre esos horribles crímenes que se cometen actualmente contra... esas pobres criaturas víctimas de una sociedad carente de escrúpulos. Supongamos también que todas esas víctimas de las cámaras de gas y de los hornos crematorios resucitaran y nos dijeran: «Ustedes también son víctimas. Ustedes son nuestros hermanos. Démonos un abrazo fraternal.» ¿No te das cuenta de lo que ocurriría entonces? ¿Es que no puedes *sentir* el cambio que se produciría?

—Todo eso que ha dicho, para mí, carece de sentido —dijo Bailey, encogiéndose de hombros.

—Con el tiempo lo comprenderás.

Birdie sacó una navajita de su bolso y empezó a cortarles los tallos a los ranúnculos. Luego prosiguió:

—Pero el verdadero amor es infinito. El verdadero amor no conoce la impaciencia, ni la angustia, ni la desesperación, y dura toda la vida.

Bailey no pudo contenerse. Lentamente se acercó a ella, paso a paso, y le dijo:

—¿Siente usted amor por mí o soy simplemente un paciente a quien debe atender?

—Yo quiero a todo el mundo —susurró ella.

—¿En la cama también?

—Oh, Duggie, el amor no es celoso. El amor debe compartirse. Yo utilizo mi cuerpo como un medio para quererte.

Bailey se hallaba en la puerta del cuarto de baño. Las piernas le temblaban.

—¿Pero se preocupa por mí, me quiere? Concretamente a mí. ¿Me quiere a mí únicamente porque soy un bípedo sin plumas o bien porque soy lo que soy?

Birdie no se ruborizó. En realidad, él nunca había visto ese cambio de color en su delicada piel. La joven bajó los párpados y murmuró:

—Bueno, la verdad es que algunas veces he pensado si no te haría feliz si, una vez curado, me casara contigo. De todo ello resultaría un nombre muy dulce: Birdie Bailey.

Bailey se puso a gritar enfurecido, le arrancó a Birdie la navaja de las manos y comenzó a cortar, a cortar, a cortar.

—Por favor, no hagas eso —dijo ella—. Eso no es un acto de amor.

De un corte, Bailey abrió el vientre de Birdie. Durante un instante, a través de la oscuridad que envolvía su mente, vio los cables, los transistores, los superconductos termogénicos y el gran acumulador. Bailey quería detenerse, pero no podía detener el movimiento de su brazo.

La navaja cortó la capa protectora alrededor del cable, produciendo un corto circuito, y la corriente sacudió su cuerpo voluptuosamente. Pero cuando su corazón entró en fibrilación, le hizo daño.

A través de una nube de humo, Douglas Bailey cayó sobre Birdie Carol.

«Desde luego ella es una máquina —pensó con su último fragmento de conciencia—. Ningún ser humano habría sido capaz de lo que ella había hecho.»

Luego su pulso se detuvo y se murió.

La muerte era como un remolino de viento. Bailey tuvo la impresión de que el viento le azotaba el rostro, que le hacía girar mientras se elevaba y hacía descender y sus oídos eran azotados por un ruido parecido a un monstruoso galopar. Bailey no sabía de dónde procedía aquel viento ni si era frío o caliente. Tampoco se preocupó por ello, pues en aquel momento una luz potente cegaba sus ojos y los truenos le hacían rechinar los dientes.

¿Los ojos? Pero si aquello era imposible. ¿Los dientes? Pero si estoy muerto... Alto, un momento. Espere aunque sea un solo momento. ¿Cuántas

veces he estado muerto?

—Cero —contó Dios—, uno, diez, once, cien.

—¿Por qué no me da una oportunidad para pensar? —gritó Bailey, frustrado, desesperado.

Concentrándose, podía mantener cierto equilibrio dentro de aquel caos. Él era Douglas Bailey. Sociólogo. Psiconeurótico. Un ser humano que estaba acabando lo que le quedaba de vida en una institución (tres diferentes vidas y tres diferentes instituciones, la una tan mala como la otra).

¿Por qué el Simulador le estaba haciendo esto a él?

Bueno, la verdad era que el problema era lo suficientemente real. La psicopatología tenía que seguir evolucionando. La sociedad tenía que ser considerada en su justo valor.

Pero ninguno de aquellos tres intentos tuvo éxito. Indiferencia criminal; malevolencia criminal; amor criminal. Este último ya no era actualmente, no podía considerarse un verdadero amor. En realidad no era más que otra manera de forzar a la gente a apartarse del camino recto.

El amor era la aceptación del ser amado, ya estuviese éste equivocado o acertado; ajustando su conducta a la de él, dentro de ciertos límites; dándole al otro libertad.

Ciento once, mil, mil uno.

Si las condiciones sociales eran la causa de la epidemia, la curación tendría que radicar en una reforma básica. Había que cambiar esas condiciones, y eliminar las presiones...

Click. El caos persistió.

Basta ya de compulsiones, dijo Douglas Bailey. Consigamos la primera civilización libre del mundo.

4

—Naturalmente que soy un hombre amargado de la vida —dijo el individuo que se hallaba sentado a la izquierda de Bailey. Tenía alrededor de treinta años, era de estatura mediana, cabellos rubios y estaba borracho como una cuba—. ¿Quién no estaría amargado? Sí, ¿quién no lo estaría en mi caso?

El hombre terminó de beberse su coñac con hielo y le ordenó al camarero:

—Deme otro coñac.

Luego, volviéndose hacia su compañero, le preguntó:

—¿Quiere usted un coñac?

—No, gracias —dijo Bailey.

—Vamos, no se preocupe, pago yo. Se lo merece, le he estado molestando con mi charlatanería. Ha sido usted muy correcto permitiendo que un extraño se sentara a su lado y le aburriera contándole cosas que a usted no le interesan. Pero si Jim Wyman —ése es mi nombre— llora sobre el hombro de una persona, Jim Wyman sabe pagar ese favor.

—Eso está muy bien —dijo Bailey—. Pero le aseguro que me ha interesado mucho lo que me ha contado. Verá, he estado ausente durante varios años. Acabo de regresar hoy mismo. Y ya veo que las cosas han cambiado.

—Desde luego que han cambiado, señor... uh, señor... Sí, han cambiado completamente. Y puede dar por seguro que el lugar no volverá a ser el mismo de antes. ¡Camarero —gritó Wyman—, vuelva a poner más coñac!

El rostro de Bailey palideció al ver que estaban dando un espectáculo. De seguir así los echarían a los dos a la calle, y él no quería. Él quería seguir allí, en aquella placentera y fría oscuridad, observando la elegancia de aquel fino y estrecho mostrador de caoba, mientras pasaba una hora agradable

paladeando un whisky: necesitaba recuperar su coraje.

Le habían advertido que San Francisco, igual que todas las ciudades norteamericanas, había cambiado, pero lo que no le dijeron fue cuan chocante era aquel cambio.

El camarero observó por un momento a Wyman, se encogió de hombros y le llenó la copa. La Taberna de Drake jamás habría servido una copa a un borracho. Y, sin embargo, en aquel instante, Wyman veía las cosas doble y ni siquiera se había dado cuenta de lo polvorienta y deteriorada que estaba la decoración isabelina de aquel bar.

—Antes me estaba diciendo que trabaja en los computadores —dijo Bailey con el fin de calmar a Wyman.

El truco dio resultado: la voz de Wyman se suavizó y le contestó con amabilidad:

—Sí, así es. En el Centro Médico. Bueno, mejor sería decir que *trabajaba*, pues desde ayer ya no lo hago: el proyecto ha sido cancelado. Y sin embargo, de haberse proseguido, habría sido algo grandioso... importantísimo... ¡fundamental!

—¿En qué consistía el proyecto?

Wyman se lo explicó, y Bailey comprendió que se trataba de algo que él había estudiado antes de caer enfermo. Desde luego, la idea de construir un hombre-máquina era muy antigua y conocida, pues se había logrado realizarla alrededor del año 1980. Pero este otro proyecto era algo muy distinto y muy difícil: integrar un cerebro humano y una computadora. El problema no radicaba en las conexiones. No se necesita conectar cables dentro del cráneo ni nada parecido... Mediante la amplificación y la inducción, los impulsos podían deslizarse en ambos sentidos (de la neurona al transistor y del transistor a la neurona) simplemente a través de canales electromagnéticos. ¿Pero cómo desarrollar un lenguaje común? Ahí estaba el quid del problema. Nunca se había podido demostrar que un determinado esquema encefalográfico correspondiera a un tipo determinado de pensamiento, y en realidad parecía imposible de lograr. El pensamiento parecía ser el funcionamiento increíblemente complejo de toda la trama cortical.

—Pero nosotros descubrimos un método que nos acercaba mucho al quid del problema —dijo Wyman—. Nosotros decidimos actuar de un modo muy distinto a como se había estado haciendo hasta entonces. La idea es una realidad; no se necesitan unos códigos especiales. Lo único que se necesita es una *conexión uno-uno*. Algo parecido a los idiomas: usted puede decir lo mismo en inglés y en alemán, de modo que palabras diferentes signifiquen la misma cosa. En el departamento de neurofisiología demostraron que el cerebro puede incorporar cualquier código digital dentro de sus propios procesos siempre que exista una correspondencia única. Luego los matemáticos de dicho departamento se pusieron a elaborar todo un sistema de teoremas. Como verá, los nuevos datos convierten todo el problema en una especie de mapa. Algo topológico, ¿me comprende? y una vez que se han conseguido todos esos teoremas, ¡adelante! Construir este tipo de computadora y utilizar el método adecuado para programarla no es nada fácil. Se necesita muchos años de trabajo, de perseverancia, de esfuerzos. Pero ahora sabemos con toda seguridad que podemos hacerlo. ¿Se imagina usted por un momento el éxito que tendríamos si lográsemos llevar esa idea a la práctica?

Bailey asintió con un gesto. Cada vez estaba más interesado por aquel proyecto. A pesar de que Wyman estaba intoxicado por el alcohol, hablaba el idioma de los científicos, y el oír hablar así, después de los últimos años perdidos, era para Bailey algo así como regresar al hogar después de una prolongada ausencia. Bailey era un sociólogo, pero últimamente se había interesado por las matemáticas y...

Y el sistema hombre-computadora tenía fantásticas posibilidades. En efecto, la inmensa capacidad de almacenamiento de datos de la máquina, su sistema de memorización y su habilidad para llevar a cabo operaciones lógicas en cuestión de microsegundos podía ser añadido, integrado con la creatividad y el libre albedrío humano. Durante su unión, los dos serían uno solo, una calculadora autoprogramándose continuamente; una mente tan poderosa que el C. I. dejaría de tener significado. Por primera vez en la historia de la intelectualidad se podría considerar la totalidad de un problema.

Ciertamente, existían grandes peligros y otros muchos se presentarían a

medida que se llevase a cabo el programa, pero los posibles resultados justificaban correr esos riesgos.

—Pues bien, no podemos llevar a cabo ese programa —dijo Wyman, mirando fijamente la copa que tenía en la mano—. Se acabaron los fondos para esta empresa. Ayer me lo comunicaron. Lo único que me queda ahora por hacer es emborracharme.

—¿Y por qué no tratan de conseguir fondos? —preguntó Bailey—. Creo que el NSF no tendría ningún inconveniente en hacerles un préstamo, teniendo en cuenta la magnitud de la empresa.

—¿De verdad cree lo que está diciendo? ¿Pero de qué mundo lejano acaba usted de llegar? Hace ya mucho tiempo, amigo mío, que el NSF dejó de prestar dinero. Lo mismo ocurrió con el NIH. Apelamos a los dos, pero no conseguimos nada. Bueno, a ellos y a todo el mundo, pero la respuesta fue siempre un no rotundo. La salud mental es algo muy caro. De otro modo, al Gobierno le costaría mucho seguir sosteniendo tantos programas, como por ejemplo el de defensa. Sí, aunque a usted le parezca mentira, el Gobierno está muy interesado en el programa de defensa, pero emplea un sistema muy original para sufragarlo. Por ejemplo, las fuerzas aéreas llevan pasajeros de pago; el barco de la marina de guerra *Puerto Rico*, está en alta mar funcionando como si fuera un casino flotante, y otras cosas más. De esta forma el Gobierno financia la defensa del país. Fue también por este motivo por el que volvimos a la Guayana el pasado año. Oh, sí, el presidente trató de arreglarlo todo sin emplear la fuerza militar... pero, maldito sea, todo el mundo sabe que *Venezuela* nos presionó militarmente.

Una lágrima cayó dentro de la copa de Wyman.

—Maldito sea ese hombre —murmuró Wyman—. Maldito sea aunque se esconda en las profundidades del infierno. Maldito sea durante toda la eternidad. Él ha sido quien nos ha arruinado. Me apuesto lo que sea que el Gobierno francés lo puso a propósito en ese lugar. Me apuesto todo el dinero que usted quiera a que él escribió sus libros y pronunció sus discursos con el fin de estropearnos todo nuestro programa.

—¿De quién está usted hablando? —preguntó Bailey.

—Del profesor. Del francés. No puedo pronunciar su maldito nombre. Un

individuo con unas ideas muy originales; de esos que tiran la piedra y esconden la mano.

—Un momento —dijo Bailey, levantándose de su silla y sintiendo que se le ponía la carne de gallina—. ¿No se está usted refiriendo a Michel Chanson d'Oiseau?

—Ese es el hombre, ése es el hombre —repitió Wyman—. Shansong Dwahso. Me apuesto algo a que era un agente secreto chino con un nombre idéntico. Él sabía todo lo que nuestro generoso país pensaba llevar a cabo y lo impidió por todos los medios. Fue él quien nos arruinó a nosotros. Fue él quien arruinó mi proyecto, quien arruinó mi país. Y ahora no nos queda otra cosa que hacer que esperar y esperar y esperar. ¡Que un rayo destruya a ese cerdo!

—No —dijo Bailey, incorporándose y tirando la silla por el suelo.

—¿Cómo dice usted? —preguntó Wyman, entornando los ojos.

«No debo dejarme dominar por la ira —pensó Bailey—. Aún no estoy curado del todo. Ellos me dijeron que tuviera mucho cuidado, que no me excitara, que siempre controlara mis emociones hasta que mis nervios estuvieran más fuertes.»

Pero, a pesar de todo, la rabia comenzó a apoderarse de él, haciéndole temblar todo su cuerpo y provocándole náuseas, y, sin poder contenerse, le dijo secamente:

—Para su información, le diré que yo soy también uno de esos holgazanes ineptos y mentecatos.

—¿Cómo? ¿Usted? —exclamó extrañado Wyman.

—¿Es que no me cree? —preguntó Bailey, mientras sacaba la cartera del bolsillo posterior de sus pantalones. (Les había dicho que no necesitaba que le proporcionaran un buen traje, pero ellos le contestaron que el aspecto exterior era un factor importante, desde el punto de vista psicológico, para su recuperación.) Luego sacó un carnet de la cartera en el que se certificaba que estaba mentalmente enfermo—. Esta mañana me soltaron, después de haber estado durante cinco años en el Hospital Estatal de Napa. Antes de caer enfermo, yo era un miembro útil dentro de la sociedad. Pero entonces comencé a sufrir unos trastornos que usted a causa de su borrachera no podría

comprender, ni imaginar. Ellos me salvaron en Napa. No pudieron ser más amables de lo que fueron conmigo. Gracias a su elevada formación médica, me curaron mi trastorno mental, aunque no del todo. Actualmente estoy en observación. Cuando esté curado del todo, volveré de nuevo a trabajar. Y con mucho gusto pagaré todos los impuestos para así poder ayudar a todos aquellos que no se encuentran bien.

—Pero..., pero... —Wyman trató de hablar.

Mas Bailey le interrumpió y continuó:

¿Qué pretende usted que haga el Gobierno? Durante los últimos veinte años, el promedio de enfermedades mentales aumentó considerablemente. Había que hacer algo, hay que hacer algo. ¿Qué pretende usted? ¿Que nos maten? ¿Que nos extirpen el cerebro? ¿Que nos exilien? ¿Que nos dejen morir de inanición? Todos esos sistemas son factibles, pero yo, junto con un millón de seres humanos que se encontraban en mi misma situación, damos gracias a Dios porque Chanson d'Oiseau nos enseñó el medio de enfrentarnos con el problema. ¡Váyase usted al infierno!

Al terminar de hablar, Bailey cogió la copa y lanzó su contenido al rostro de Wyman.

—Camarero —gritó Wyman—, ¿ha visto usted lo que ha hecho? ¿Ha visto usted lo que este psicópata a expensas del erario público me ha hecho?

—Cuidado con la lengua —respondió el camarero—. Este señor tiene un certificado en el que se garantiza que está curado. Y la ley nos obliga a respetarlo.

—¿De verdad? —dijo Bailey—. Pues entonces haré otra cosa, puesto que la ley me ampara.

Sonriendo, Bailey vertió el vaso de coñac de su compañero sobre su cabeza.

—Vamos, no sea usted así —intervino de nuevo el camarero—. Luego tengo que limpiar el mostrador.

Bailey giró sobre sus talones y se marchó.

En la calle, el sol brillaba resplandeciente en un cielo sin nubes lleno de viento y de gaviotas. Bailey hizo un esfuerzo para ignorar el estado en que se encontraban las calles, los ruinosos edificios, las sucias aceras y los

enfermizos transeúntes. El gasto por parte del Estado era bastante grande, pero se había impuesto la obligación de curar a los enfermos mentales y ello era digno de alabanza. Como había escrito Chanson d'Oiseau, recordó Bailey mientras caminaba, «habiendo demostrado en los capítulos precedentes que la locura epidémica nace de una situación que el hombre ha creado colectivamente (superpoblación, supermecanización, regimentación y todo aquello que los instintos más profundos del ser humano rechazan), considero que tenemos que hacer algo para curar a estos animales humanos. Su número aumenta cada día, y es tan grave el problema que plantean, que la compasión hacia ellos cada día parece disminuir. Sin embargo, el estado en que se encuentran no es debido a ellos, sino a un fallo de la sociedad en que viven. De aquí que todos debamos encontrar una curación social para esta enfermedad social.

»La solución que propondré y desarrollaré en detalle es de lo más radical. ¿Pero qué significa “radical”? Esta palabra procede del vocablo latino *radix* —que significa raíz—, y lo que yo propongo ataca la raíz del problema.

»Evidentemente, los servicios médicos deben ser gratuitos, y deberán ser aplicados con toda eficacia en cada caso individual. Existen muy pocas o ningunas curaciones. Ahora bien, el enfermo que logra curarse no debe ser incorporado de nuevo en una sociedad que anteriormente fue la causa principal de su desequilibrio mental. Diré más todavía: debería ser apartado de esa sociedad. Su única finalidad es curarse del todo o, por lo menos, evitar una recaída. Por lo tanto, deberá recibir un estipendio público justo, para él y para sus familiares, de acuerdo con el nivel de vida. Y, mientras su conducta no constituya un peligro para los demás, deberá estar libre de restricciones legales y se le deberá permitir que pueda trabajar para cubrir sus necesidades...»

De repente se oyó un chirriar de frenos. Un coche se detuvo a un metro de él. Con la cara blanca como la cera, el conductor sacó la cabeza por la ventanilla y le dijo:

—¿Por qué no mira por dónde anda, loco?

Bailey salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que se encontraba en medio de la calzada de la calle Post, deslumbrado por las luces de los

coches.

Todos los automóviles se habían detenido y formaban una cola. Un grupo de individuos acudió y le rodeó. Un policía alto se abrió paso entre la multitud y dijo:

—Está bien, está bien, ¿qué ha ocurrido aquí?

Luego, cuando comprendió lo que había sucedido se dirigió a Bailey y le dijo:

—Paseando por medio de la calzada, ¿no? ¿Es que quiere que lo mate un coche?

—Yo..., yo... —comenzó a decir Bailey, mientras sentía que el miedo le atenazaba la garganta.

—Póngale una multa, agente —dijo el conductor—. Lléveselo de aquí, es una amenaza para las rejillas de los radiadores —añadió en tono burlón.

¡Tut! ¡Tut! ¡Tut!

—Sacerdote de Judas —gruñó el policía—, por culpa suya vamos a tener una cola de coches desde aquí hasta Daly City. ¡Venga usted para acá! ¡Fuera de la calzada! Y ahora vamos a ver su documentación y...

Pero Bailey se había anticipado y le había mostrado su carnet.

—Pero ¿por qué no me lo dijo antes? —exclamó sorprendido y algo arrepentido el policía.

El conductor trató de proseguir su camino, pero el agente le tocó el silbato para que se detuviera.

—Deténgase inmediatamente —le ordenó—. ¿No sabe que ha estado a punto de matar a un pobre desgraciado?

El conductor no sabía qué responder.

—Sí —dijo una voz de la muchedumbre—, y también ha abusado de él. Le dijo que era un loco.

—¿Seguro? —preguntó el policía.

—Sí, absolutamente —dijo el individuo, acercándose al agente—. Yo mismo lo oí, señor agente. Sólo Dios sabe qué daño psíquico le ha causado ese bruto a este pobre hombre.

Varios testigos corroboraron la declaración de aquel individuo.

—Lo siento, señor Bailey —dijo el policía—, pero no puedo acusarle de

felonía a menos que usted venga a la comisaría y presente una denuncia contra él. ¿Está usted dispuesto a hacerlo?

Bailey movió negativamente la cabeza.

—Bueno, de todos modos le impondré una multa de acuerdo con el artículo 666 —añadió el agente—. Y tendrá que comparecer ante el juez Jeffreys. Asistiré personalmente al juicio. Nadie puede abusar de nadie estando yo delante.

Bailey estaba ya cansado de tanta discusión y, con mucho disimulo, se mezcló entre la muchedumbre, que le abrió paso, y se encaminó hacia Union Square. En los edificios allí existentes vio unas banderas.

Alto. ¿Por qué no estaban las banderas de América y de California? En cambio sí estaban las de Jolly Roger, la de SPQR, la de Campbell y la de los Friendas United in Close Kinship, y también la de...

El hombre que había sido su testigo le tocó en el brazo.

—¿Puedo ayudarle en algo, querido amigo? —murmuró—. Ya veo que es usted forastero.

—Bueno..., yo... he estado en Napa —respondió Bailey.

—Y ahora se encuentra solo. ¡Es espantoso! Me imagino que ha estado varios días en la más absoluta soledad, sin un amigo, sin nadie.

Aquel hombre era bajo de estatura, correctamente vestido, limpio y muy educado de modales. Bailey lo observo detenidamente y comprobó que lo único chocante en aquel individuo era su batín de terciopelo azul. Se estrecharon las manos y el individuo le dijo:

—Puede llamarme Jules.

—Mi nombre es Bailey. Douglas Bailey. Tengo la impresión de que yo..., de que usted..., de que ambos somos unos desgraciados ¿no es así?

—Naturalmente que sí, querido amigo, naturalmente que sí. Ha tenido usted mucha suerte de que yo estuviera presente. Muy pocos de nosotros frecuentan esta zona de la ciudad. De no haber sido por mí se habría quedado desamparado entre los *tessies*.

Un hombre vestido de negro salió de entre la multitud y les gritó:

—¡Amigos! ¡Mis queridos amigos subhumanos! Escúchenme. Este es un mensaje muy importante. Habrán observado que soy caucasiano. Pues bien,

amigos, tengo una sorpresa para ustedes. Soy un tipo único. Soy un racista. Un fanático racista que mantiene y puede demostrar científicamente que su propia raza es inferior. Los únicos verdaderos humanos en toda la Tierra, amigos míos, la principal línea de evolución, los maestros del futuro, son los altaneros melanesios.

Bailey y Jules se miraron el uno al otro.

—Pues a mí me parece que aquí hay unos tipos individualistas y que todos se encuentran sanos —dijo Bailey.

—Oh, mi querido e inocente amigo —intervino Jules—. ¿Cómo puede contar con ellos? No sea usted cándido. Es usted una persona encantadora, pero cándida. La mitad de los oradores de la plaza de la Unión están sanos. Simplemente se limitan a tener compasión de ellos mismos por temor a que algún airado agente de policía les obligue a enseñarle su documentación, Y la otra mitad, amigo mío, ¿no le parece que son tan malos como los *tessies*?

—¿*Tessies*? ¿Qué significa esta palabra? —preguntó Bailey.

—Ya veo —dijo Jules— que tendré que enseñarle muchas cosas. Sí, así es; y además creo que es mi deber. Para mí será un placer el explicárselo todo. Le presentaré a las únicas personas que pueden interesarle. Le informaré de todo. Volveré a moldear su personalidad. En una palabra, haré de usted un hombre nuevo.

—¿Cómo? Un momento, yo no quiero...

Jules cogió a Bailey por el brazo y le hizo caminar.

—Los *tessies* —dijo— son gente que no están mentalmente sanos pero se hacen pasar por tales. Tienen las mismas preocupaciones, las mismas ideas de la sociedad, del éxito, pero no tienen el más mínimo concepto del espacio interior. En cierta ocasión oí a uno de ellos despotricando contra Dios y le pregunté si alguna vez llegó a comprender el infinito mirando simplemente una caja de avena. Pues bien, ¡escupió en el suelo!

Ambos cruzaron la calle.

—Le llevaré a casa de Genghiz. Estoy seguro de que habrá allí una tertulia. Y tiene unos amigos excelentes... Bueno, aquí estamos.

Se detuvieron ante un «Volkswagen» mal aparcado y con una multa en el parabrisas.

—¿Tiene usted permiso de conducir? —le preguntó Bailey.

—Sí, lo tengo. Y eso hace que me aprecien dentro de nuestro pequeño círculo. Como usted comprenderá, a muchos de ellos no les está permitido conducir un coche, pues están furiosos por esta medida. Pero, entre nosotros, amigo mío, tengo que admitir que la sociedad tiene ciertos derechos contra los desafortunados. No muchos derechos, pero sí algunos. Sin embargo, ¿cree usted que hay algún motivo por el que un homosexual no pueda conducir?

—¿Cómo? Pero..., pero... su caso...

Jules se echó a reír alegremente y dijo:

—Oh, mi amor, ¿cómo te trataron en Napa? ¿Te permitían leer los periódicos? ¿Te dejaban oír la radio? Sí, todo esto fue el resultado de nuestras últimas elecciones. Nos hallábamos divididos incluso entre nosotros mismos. La Sociedad Matachine dijo que habían hecho lo imposible para que nos aceptaran como personas normales... pobrecillos. No, no fueron muy realistas. Cada candidato que votó a favor de cambiar la ley para que nos declararan casos mentales fue elegido por una abrumadora mayoría. No sabía que había tantos de nosotros. Bueno, querido, prosigamos nuestro camino.

Bailey subió al «Volkswagen» como un autómatas, dándose perfecta cuenta de su debilidad pero incapaz de resistirse. «*Después de todo —pensó—, ya estaba a punto de desmoronarme. En cambio, esto puede ser divertido. Y siempre puedo marcharme si no lo es. Espero*».

Se dirigieron hacia el oeste, por la carretera de las colinas, en dirección a Haight-Ashbury. Por el camino, Jules le indicaba los lugares dignos de interés, como el templo de Ishtar.

—Es posible que esté cargado de prejuicios, pero creo que esas personas que padecen de ninfomanía y de satiriasis son gente vulgar. Pretenden inventar una religión y que ésta se encuentre respaldada por las leyes de California. ¿No le parece una cosa innecesaria, por no decir una tontería?

»La marihuana había inundado todo el Hamilton Playground. Aquello dio lugar a un litigio que acabó en el Tribunal Supremo. ¿Podían los padres poseedores o no de un certificado de buena salud mental educar a sus hijos? El Tribunal Supremo determinó que, según el artículo catorce, era discriminatorio ejercer control oficial sobre dichos parientes cuando no se

había infligido ningún daño físico. Pero yo supongo, admitiendo desde luego que ambas partes tienen un poco de razón, que las instituciones sanitarias no deben ser censuradas cuando dictaminan que un enfermo está curado del todo.

En aquel momento un grupo de hombres y mujeres, vestidos de una manera muy extraña, estaban sacándose fotos los unos a los otros.

—Creo —dijo Jules— que esos turistas son rusos. Durante estos últimos días nos han visitado muchos turistas rusos. Me pregunto por qué.

Cuando el coche se detuvo. Bailey pensó por un momento bajarse rápidamente de él y echar a correr. A ambos lados de la calle se erigían viejos edificios, con los cristales de las ventanas rotos, las puertas destrozadas y las persianas a punto de caerse. Las aceras estaban llenas de inmundicias. Más adelante el camino se hallaba cortado por dos coches que habían chocado; ambos estaban completamente destrozados, y de uno de ellos salió una rata. No había ninguna persona, excepto un marinero escondido en un porche, preparándose una dosis de marihuana. El olor de la basura era nauseabundo y las sombras se proyectaban en las limpias paredes. Alguien, en algún lugar, gritaba en voz alta.

Jules se dio cuenta de que Bailey se encontraba a disgusto y le tocó la mano mientras le decía:

—No se preocupe. Me doy cuenta que esto debe chocarle. ¿Le parece siniestro? Sin embargo, éste es el lugar donde puede encontrarse más seguro. En efecto, los *tessies* disponen de una zona determinada, pero aquí no pueden intervenir. Después de todo, no pueden monopolizar toda la ciudad. Esta zona ha sido reservada para los infortunados, y aquí pueden hacer lo que se les antoje.

Bailey hizo un gesto vago y acompañó a Jules en dirección a una mansión estilo Eduardo, con torretas, de una altura de tres pisos y que había sido dividida en apartamentos.

—¿No cree que deberíamos traer algo? Si están celebrando una tertulia lo lógico sería presentarse con una botella de whisky o unos paquetes de cigarrillos, ¿no le parece?

—Debería usted dejar de preocuparse por esas tonterías —respondió Jules

irritado—. ¿Hay algo más aburrido que una tertulia de este tipo? ¿Qué concepto tiene de la diversión? En cuanto a las bebidas, ¿no tienen la suficiente fuerza de voluntad como para abstenerse de las mismas? Tengo la impresión de que Gengis Khan conoce a Hairless Joe.

—¿Lo cree así?

—Bueno, cálmese. Se lo explicaré. Aquí hay un pobre desgraciado que cree que es Hairless Joe. Hairless Joe fabrica licores. Por lo tanto, todo aquel que crea que es Hairless Joe, debe ser autorizado a fabricar licores. El obligarle a obtener un permiso y pagar un impuesto dañaría su psiquismo. Hairless Joe es el hombre más sensible que jamás me he encontrado en mi vida.

Desde el oscuro vestíbulo partían unas escaleras que conducían al lugar de donde procedían aquellos ruidos que Bailey oyera anteriormente. También se oía en aquel momento unos sonidos que Bailey confundió con una música.

—¿Quién dijo que era la persona que vamos a visitar?

—¡Oh! —exclamó Jules—. ¡Cuánto me alegra que me lo recuerde! Habría sido desastroso que lo desilusionase llamándole de una forma que a él le desagrade. De modo que no se olvide de llamarle en todo momento Gengis Khan. Su verdadero nombre es Ole Swenson, pero no se le debe ni siquiera mencionar. Apenas lo trate comprobará que es una bellísima persona. El pobre siempre se pone a temblar de miedo cuando le preguntan cómo marcha su conquista de la China. Sin embargo, justo es decirlo, hay momentos en que puede convertirse en un ser terriblemente vicioso.

—¿Es una persona violenta?

—¡Oh, no! —dijo Jules, levantando las manos al cielo—. ¿De dónde saca esas extrañas conclusiones? Admito que algunos de mis amigos son algo extraños, pero no es culpa suya, sino de la sociedad en que viven. En el fondo, todos son muy buenas personas. Sin embargo, y en lo concerniente a Gengis Khan, tenga mucho cuidado. Si no lo trata como el emperador de Todos los Hombres, le planteará un litigio por daños psíquicos. Y le advierto que muy a menudo gana los pleitos.

Bailey se humedeció sus labios resecaos y echó a andar detrás de Jules.

Pero una vez que estuvieron dentro de la habitación, Bailey comprobó

que aquella reunión de personas era de lo más inofensiva del mundo. Aquello le recordó sus días de estudiante en la Universidad de Berkeley. Todos aquellos individuos vestidos con extrañas vestimentas, las pomposas conversaciones que sostenían, la algarabía allí existente, la decoración tan estrafalaria de las paredes, le resultaba familiar a Bailey. Pronto comprendió que aquella gente era inofensiva siempre que el mundo la dejara en paz. Lo mismo le ocurría a él.

La tertulia se extendió hasta la llegada de la noche. Uno de los asistentes cogió una bandeja y pocos instantes después regresó con un montón de bocadillos. Mientras tanto, Bailey recorría todo el apartamento, observándolo todo, conversando con aquellos bohemios y pensando que Jules, probablemente, le había hecho un favor. Aquella tertulia le animó bastante.

Sin embargo, hubo algunos momentos en que tuvo algunas desilusiones. Por ejemplo, un joven vestido con unas ropas muy extrañas, con los cabellos largos hasta la cintura, interrumpió la discusión de Bailey con un profesor de ciencias económicas, preguntándole lo siguiente:

—Oye, Phil, ¿has oído algo sobre Tommy?

—No, ¿por qué? —respondió el profesor.

—Lo han atrapado —dijo el joven—. La policía lo pescó con su esposa.

—Bien, bien —dijo el profesor moviendo la cabeza—. No puedo decir que me cayera muy simpático, pero hay ciertas cosas que no puedo aprobar.

—Vamos, vamos, deje de hablar con ese tono de *tessie* —dijo el joven—. No podemos dejar que esos polizontes hagan esta canallada. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Bailey. En aquel instante sostenía una copa en la mano y otra que llevaba dentro, lo que le hacía ser extravertido.

—¿Eres nuevo en el grupo? —preguntó el joven—. Sí, tienes cara de serlo. A Tommy le dieron el certificado el año pasado. Un caso grave de impotencia marital.

—¿Quieres decir que en realidad no era impotente?

—Claro que no. Tommy es formidable. Pero creo que alguien fue con el chivatazo a la policía. ¡Se imaginan qué marranada! Meterse en la vida

privada de una persona. Pero ¿qué clase de policía estatal es la que tenemos?

—Bueno, pero tengamos en cuenta que un remolón... —dijo Bailey, que estaba tan ebrio que se estaba dirigiendo a la espalda del joven de la extraña vestimenta.

El profesor sonrió. Luego dijo:

—Mucho me temo que eso se ha hecho tan común que incluso ha llegado a ser una cosa respetable en algunos círculos. Estos jóvenes no tienen secretos para con sus amigos ni les ocultan que su monomanía religiosa no es nada más que un medio para vivir sin trabajar.

—¿No fue usted quien lo denunció a la policía?

—No; me falta valor para hacer una cosa semejante. Además, tengo muchas cosas de qué preocuparme para perder el tiempo. Precisamente ahora estaba hablando con este amigo de la moderna política económica americana.

Una o dos horas más tarde, Bailey se hallaba mezclado en un grupo escuchando a un voluble negro su explicación sobre una idea que había tenido.

—Amigos míos —decía el negro—, les aseguro que podemos hacerlo. Todo lo que necesitamos es organización. Si los blancos pudieron hacerlo, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros los negros? En el pleito que sostuvieron los habitantes del Brown contra el Ministerio de Educación, el Tribunal Supremo afirmó que la discriminación racial afectaba al psiquismo del individuo. ¿No sucedió así? Claro que sucedió. Y con ley o sin ley, aún existe discriminación racial en este país. Entonces, ¿por qué no formulamos una petición en el sentido de que todos los negros deben ser considerados como enfermos mentales? ¿No nos deben los blancos ese favor?

—Hombre —contestó Gengis Khan—, sí esa misma idea pudiera aplicarse a los mongoles y a los suecos...

—Desde luego que sí —respondió el negro—. ¿Por qué no? Estoy pensando que deberíamos unirnos a los judíos. Pero como los judíos son muy numerosos podría darse el caso de que alguno de ellos se pusiera de lado de los *tessies*.

Una muchacha pelirroja tocó a Bailey en la manga, le hizo una señal en dirección al negro y murmuró:

—Esa sí que es una maravillosa ironía. A Fred le dieron un certificado tan malo que apenas quiere tocarlo con las manos. Ya me gustaría que lo oyeran explicar cómo los negros no pierden la ocasión de armar tumultos y asesinar a todo hombre blanco del mundo. Quizá sea por eso por lo que no le han dado por sano en la Clínica. Esos bastardos siempre repiten que no es un paranoico, sino que es un hombre que se limita a expresar sus opiniones políticas. Como verá, en el fondo de su alma, él ama a los blancos. No puede evitarlo. Por eso ahora está estudiando para conseguir ser un hombre independiente. Sin embargo, estoy segura de que dentro de diez años su teoría se convertirá en la ley de esta tierra.

A eso de la medianoche empezaron a bailar. Para entonces, probablemente la mitad de la población del distrito se hallaba dentro de la casa, cada uno en su apartamento; subiendo y bajando las escaleras cada vez que necesitaban más instrumentos musicales. Pero luego pensaron que no los necesitarían si todos se pusieran a tocar los bongos al unísono.

A Bailey le dolía la cabeza. Creía que acabaría sordo. Demasiado alcohol, humo, calor, aire viciado para soportar aquella orgía. Pero no quería marcharse de allí: ya no era un ser solitario. Aquel mundo-dentro-del-mundo le había aceptado. La muchacha pelirroja le había hablado del análisis que le hicieron. Y hablaba, y hablaba, y hablaba. Pero era muy atractiva y mientras bailaban se pegaba mucho a él, por lo que Bailey pensó que más tarde podrían acabar en la cama. Bailey continuó bailando.

Todos bailaban sin cesar. El suelo crujía bajo sus pies. Los candelabros se balanceaban sobre las mesas. Los cristales de las ventanas vibraban produciendo un ruido que armonizaba con toda aquella barahúnda. *Rataplán, rataplán, rataplán, flan, flan.*

Hasta que todo aquel edificio ruinoso e infectado por la carcoma se derrumbó. Bailey sólo dispuso de un instante para darse cuenta de que tanto él como el techo se estaban hundiendo.

Entonces los escombros cayeron sobre él y murió.

La muerte era como un remolino de viento. Bailey tenía la impresión de que el viento le hacía girar, lo elevaba y lo hacía descender. Pero concentrando todo el poder de su voluntad, haciendo caso omiso de aquellas

cosas como el trueno, el relámpago y los pulpos, pudo mantenerse a cierto nivel mental.

—Cero —empezó a contar Dios—, uno, diez, once...

—¡Cállate de una vez! —le gritó.

¿Qué le estaba sucediendo? ¿Es que todo iba a continuar indefinidamente así? ¿Acaso habría muerto realmente y le habían enviado al infierno?

No. ¿Cómo iba a estar en el infierno si él no había hecho nada malo para estar allí?

Bailey se concentró. ¿Quién era él? ¿Por qué era él? Como esta vez no se hallaba confuso ni aturdido, ni tampoco asustado, descubrió que podía recordar todo su pasado en cada una de sus vidas. Y llegó a la conclusión de que todas eran la misma. Una infancia normal, estudios, viajes, libros, música, amigos, boda, divorcio, otras mujeres, otros *hobbies*, una carrera prometedora como investigador sociólogo del Centro Médico de la Universidad de San Francisco. Y todo ello porque había escrito su tesis fundamentándola en el problema que planteaba el creciente aumento de las enfermedades mentales. Y ahora se encontraba buscando la causa y la curación apoyándose en su propia experiencia... Sus vidas divergían varios años atrás (alrededor de 1984, pudo calcular aproximadamente).

—Mil, mil uno, mil diez.

¿Pero cuál de sus cuatro existencias era su verdadera vida? ¿O lo eran todas? No. Eso no podía ser. No había nada en su pasado que demostrase que su psiquismo se había desintegrado. Y sin embargo, así lo parecía. Cuatro veces. ¿Es que entonces todos aquellos episodios eran mera ilusión?

¿Cómo podía ser eso posible?

¿Qué ocurrió la primera vez?

¡No lo sabía! Aquellas «encarnaciones» habían camuflado el último segmento de su vida. ¿Acaso los dioses y las brujas lo habían condenado a muerte varias veces y en varios mundos lunáticos hasta que al final lo habían vuelto loco?

«Pensar. Tengo que pensar —se dijo desesperadamente—. Sí, tengo que concentrarme y pensar. ¿No podría ser posible que me hubiesen lanzado como con una catapulta a una pseudoexistencia distinta?»

—Mil ciento once.

«Debo considerar dónde estuve la última vez. También debo considerar cómo manejaron la situación. Entonces Dios dijo *click* y de nuevo me volví a encontrar en el mismo punto de partida, pero a un nivel distinto. No valía la pena.»

Por ejemplo, tengamos en cuenta este último mundo. Dentro de él existe el germen de una idea: eliminar las presiones que hacen doblegarse a las personalidades más débiles. Evidentemente, siempre habrá un problema: la sociedad no puede funcionar sin cierta medida de intolerancia y de coacción.

La sociedad tecnológica, orientada hacia el racionalismo, dominadora de las grandes ciudades, obliga a la gente a que realice ciertos esfuerzos, y estos esfuerzos, quizá, son demasiado brutales para algunos. ¿Y. qué decir de una cultura en común pero diferente? No vamos a insistir en los nobles salvajes, desde luego, pero el hombre posttecnológico, que utiliza únicamente la maquinaria para trabajos duros y peligrosos, aunque gracias a sus métodos ha conseguido desembarazarse de la fealdad y de los complejos de su mundo convirtiéndolo en un lugar limpio y seguro, ese hombre, al mismo tiempo que satisface sus instintos animales también cultiva sus capacidades intelectuales, espirituales, cosas ambas estrictamente humanas.

Click. La matriz del tiempo estaba impregnada.

—¡No! —gritó Bailey—. ¡No quise decir eso!

Era demasiado tarde.

5

El robot que se encargaba del mantenimiento de la zona se había estropeado y, por añadidura, el fallo técnico iba más allá de su capacidad de autorrepararse. Bailey mandó llamar un ingeniero. Este dijo que tardaría varios días en venir. A Bailey no le molestaba tener que cuidarse de la casa mientras tanto. En realidad, siempre se ocupaba personalmente de los trabajos de jardinería. Por lo demás, cortar madera, cocinar, hacer reparaciones pequeñas en el sistema de cañerías y encargarse del generador de electricidad constituía para él una forma agradable de matar el tiempo. Era un placer trabajar fuera de casa. Aquellas colinas que dominaban la *bahía*, en las que él y el robot habían construido la cabaña, nunca le habían parecido tan hermosas.

Pero un solo hombre no podía hacerse cargo de toda la zona. Y Bailey no tenía vecinos. (No es que se hubiera decidido a llevar una vida de ermitaño: simplemente se había alejado durante cierto tiempo de su comunidad con el fin de estar tranquilo y poder desarrollar ciertos aspectos de una idea filosófica que se le había ocurrido.) Por otra parte, siempre había que tener en cuenta la amenaza del fuego durante la estación seca. No podía arriesgarse a ello, máxime cuando el bosque estaba tan cerca. Aparte de esto, no quería que Sausalito acabase convirtiéndose en un montón de cenizas ya fuese a causa del fuego o de su negligencia. Aquel pueblo desierto tenía para él un encanto curioso y melancólico.

De modo que puso en funcionamiento su radiófono y llamó a Fairfax. Avis Carmen, que dirigía las actividades cooperativas aquel año, tomó el mensaje.

—Desde luego que sí, Douglas —dijo ella—. Tenías que habérmolo

comunicado antes. Ya buscaré, de todos modos, a alguien que pueda ayudarte. Resulta que todos los hombres se fueron a remar al Delta y sólo han quedado algunos aquí. También puedo buscar voluntarios en otro sitio. ¿Cuántos calculas que necesitaremos? ¿Veinte? De acuerdo, estaremos allí pasado mañana lo más tarde.

—Muchísimas gracias, Avis —dijo él.

—¿Por qué me das las gracias? Es nuestro deber. Aparte de esto, un trabajo en común siempre es algo divertido.

—Tengo la costumbre de dar las gracias a todo el mundo por su bondad hacia mí —respondió Douglas—. Ya veo que estoy pasado de moda.

—Así es, querido —convino Avis—. Te diré algo más: haré que Jim Wyman se encargue de todo y que vaya inmediatamente hoy mismo. Haré todo lo posible.

—Oh, no es necesario. Todavía no tengo ningún problema serio.

—Ya me lo imagino —dijo Avis—, pero ¿necesitas que te echen una mano? ¿No crees que no te vendría mal alguna compañía y alguna *amiguita*? Has estado solo durante muchas semanas.

—Para ser sincero contigo, te diré que tienes razón. Me encuentro sumamente preocupado por no poder mantener mi serenidad. Por eso no puedo hacer las cosas bien; todo me sale al revés. Sin embargo, ¿no crees que esta clase de noticias no deberías divulgarlas por el pueblo?

Avis se echó a reír y le dijo:

—Descansa, relájate. Debes hacer un esfuerzo e imponerte a ese estado depresivo. Si el Cambio no se ha producido, ello te produciría un eventual desequilibrio nervioso. Yo iré a cuidarte. No creo que nadie se moleste si abandono por unos días mis clases de baile, canto y taquigrafía. Tengo la obligación vital de preocuparme por todos los seres que padecen. Y no insistas en oponerte, pues mi principal misión eres tú. Hablas de una forma que da la impresión de que la soledad ha estimulado tu agresividad.

—Haz el amor, no la guerra —respondió Douglas.

—Lo principal en esta vida es no hacerle daño a nadie. Pero para ello debemos controlar todos nuestros malos impulsos para con nuestro prójimo.

Bailey cortó la llamada tan pronto como le fue posible, pues Avis era una

mujer que cuando se ponía a hablar no había forma de que terminase. De todos modos, Douglas sabía perfectamente que Avis Carmen era una mujer a la que le gustaba llamar a las cosas por su nombre.

A pesar de que fuera charlatana, Douglas estaba ansioso por verla llegar.

Llegó bien avanzada la tarde. Cuando aquella mujer tenía prisa, no le importaba coger una bicicleta, montar a caballo o incluso caminar. Sin embargo, esta vez, después de asegurarse de que nadie en el pueblo lo necesitaría, cogió uno de los *hovercars*, una especie de coche que se deslizaba a medio metro de altura del suelo. Se introdujo en el vehículo y momentos después se hallaba junto a la cabaña de Douglas. Douglas acudió a su encuentro, ayudándola a salir del vehículo. Avis era una joven de elevada estatura, cabellos dorados y piel bronceada. Cuando se abrazaron, Douglas sintió el calor y la suavidad de su piel. Avis olía a aire de verano.

—Hola, grandullón —le dijo ella—, ¿te encuentras en una situación muy crítica?

—Pues ya que me lo preguntas te diré que sí.

—Bueno..., está bien. Por otro lado, puedes creerme si te aseguro que te he echado mucho de menos.

Ambos entraron en la cabaña. De repente, Avis se detuvo ante una ventana y le dijo:

—¡Santo Dios, qué vista más hermosa tienes desde aquí!

El sol se estaba poniendo detrás de los robles y los eucaliptos arrancando destellos de oro a las hojas de los árboles. Las paredes de la cabaña, los árboles que la rodeaban y el mismo aire estaban saturados de luz. Cuando el sol se hubo puesto del todo, la bahía parecía un espejo azul, y las colinas cercanas, unas sombras fantasmagóricas. En dirección al sur, se veía la ciudad de San Francisco con sus rascacielos iluminados, mientras en el cielo reinaba un profundo silencio.

Bailey se volvió hacia Avis y vio que ésta tenía el rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Douglas, alarmado.

Avis se apartó de la ventana y se acercó lentamente a él con cierto disgusto.

—Nada —respondió ella—, no me ocurre nada. La compasión.

—¿La compasión?

—Sí, siento lástima de todos aquellos que vivieron antes del Cambio. Nunca conocieron esto.

—Vamos, querida, no éramos tan miserables. ¿Por qué me haces sentirme tan viejo? Tú también naciste durante la civilización anterior.

—No me acuerdo mucho de eso —dijo ella con acento grave—. Supongo que... el paso del tiempo ha grabado unas huellas tan profundas en mi mente que he olvidado una buena parte de mi infancia. A todos los supervivientes les ha ocurrido lo mismo. Tú eres el único que te acuerdas mejor que nadie de los viejos tiempos. Al resto de nosotros, por el contrario, parece que un velo se nos interpone entre el presente y el pasado.

Douglas se dio cuenta de que Avis necesitaba desahogarse, y por ello permaneció en silencio, esperando que ella expulsase de su corazón todas aquellas penas y sufrimientos que la atormentaban.

Avis prosiguió:

—Tenía que ser así. Teníamos que apartarnos del camino de nuestros padres. Luego nos dimos cuenta de las luchas, de las discrepancias, de las sucias inhibiciones que habían afectado a la humanidad. Nos liberamos del pasado y pudimos comenzar de nuevo.

—Yo no creo que nos hayamos liberado del pasado.

—Bueno, hemos conservado únicamente todo lo que había de bueno en él.

Avis se acercó a la ventana y contempló la ciudad de San Francisco.

—Por ejemplo, observa esa ciudad. Parece que tiene cierta magia, cierto aire de encantamiento. Me alegro de que exista, me alegro de que las máquinas la vayan hermoseando año tras año, me alegro de que los niños puedan recibir una educación en ella. Pero no me gustaría vivir *dentro* de ella.

—A mí, sí —dijo Bailey.

—Es porque no has conocido otra mejor, ¿no es así?

—No; pero yo tenía amigos. Todos murieron. ¿Cuántos eran en total los que murieron? Creo que la plaga mató al noventa y cinco por ciento de la

población del mundo... ¡en cuestión de meses! Por eso me extraña que me hables así. Tú también deberías llorar por ellos de vez en cuando.

—Puedo llorar por la vida tan miserable que llevaron, pero no por sus muertes. La muerte es descanso. ¿Acaso el mismo hombre no construyó su propia cárcel en la que él mismo se encerró? En cambio, ahora tenemos espacio suficiente para respirar, así como riqueza, conocimientos y recursos para hacer lo que se nos antoje. Aparte de esto, estamos convirtiendo nuestro planeta en un verdadero paraíso.

—¿Estás segura de que lo estamos convirtiendo en un paraíso? —le preguntó Bailey—. Conocemos Bay Area. Hemos hecho algunos contactos eventuales con otros pocos fragmentos en distintos lugares del mundo. Pero... ¿qué puedes decirme de lo que está sucediendo en un sitio tan cerca de aquí como es el Russian River?

—Probablemente nada —dijo Avis—. Allí no hay habitantes. Nos extenderemos y ocuparemos las tierras vacías. ¡Pero *nunca* procrearemos, ni construiremos edificios, ni explotaremos las minas, ni talaremos los bosques, ni destruiremos nada como antes hacíamos! ¡Hemos aprendido la lección!

Bailey comprendió que la conversación había tomado otro giro y decidió cambiar de tema. Rodeando con sus brazos la cintura de la bella muchacha, le dijo:

—Eres una mujer muy dulce. Si los celos estuvieran permitidos, hace ya mucho tiempo que estaría celoso de tus otros amantes. ¿Crees que debemos portarnos como si fuéramos hermanos? ¿No te gustaría que tuviésemos un hijo?

Avis se puso de puntillas, le besó en la mejilla y arrimó su cuerpo al de él.

—Todavía soy muy joven —respondió ella—. Aún no estoy preparada para asumir esa responsabilidad. Pero algún día..., sí. Bueno, si aún lo sigues deseando, Douglas. Por mi parte, yo estoy segura de que lo desearé, debes tener muy buenos cromosomas y has desempeñado muy bien el papel de padre... y, bueno, además estoy enamorada de ti.

Ambos prosiguieron la conversación en tono amigable, hasta que sintieron hambre. Entraron en la cocina y comieron. Después, ambos se tumbaron sobre una piel sintética de oso (aunque en aquel lugar existían

muchos osos, cuyas especies estaban protegidas) delante de las llamas que bailaban en la chimenea de piedra e hicieron el amor mientras en un rústico estereofónico de alta fidelidad sonaba el *Bolero* de Ravel.

Aquello resultó tan divertido para ellos que volvieron a poner *Le Sacre du Printemps*, de Stravinsky; la *Toccatá y Fuga* de Bach, la *Novena Sinfonía* de Beethoven, y, finalmente, algunas piezas de Delius. En este aspecto, ambos estaban de acuerdo sobre el moderno estilo de vida.

Al día siguiente por la tarde, una docena de sus amigos llegaron desde Fairfax con un carro lleno de herramientas. Y al caer la noche, los habitantes del otro lado de la bahía llegaron a bordo de sus botes. Había venido más gente de la que Douglas Bailey necesitaba realmente. Incluso acudieron algunas chicas para hacerse cargo de la cocina. Y todos, sin excepción alguna, habían traído alimentos —carne de venado, pescado ahumado, carne de jabalí, frutas secas, nueces, uvas, miel y pan— que depositaron en la despensa de la cabaña. Uno de los hombres había traído una caja de botellas de vino de Livermore. Aquella noche celebraron una gran fiesta. Nadie se emborrachó —según sus costumbres, ello estaba prohibido—, pero sí se pusieron a cantar, a bailar y a divertirse con juegos inocentes y alegres.

Luego siguieron dos días durante los cuales los hombres que habían venido a ayudar a Douglas Bailey estuvieron trabajando duramente. Arreglaron los campos, retiraron las maderas secas para evitar el peligro de un incendio, arrancaron las plantas nocivas, trataron con productos químicos aquellas otras que estaban enfermas y limpiaron los caminos y veredas. En una palabra, hicieron todo lo que el robot llevaba a cabo antes de estropearse su mecanismo. Por la noche estaban tan cansados que sólo pensaban en comer y dormir. Pero aquella muestra de camaradería y altruismo emocionó hondamente a Douglas.

Finalmente llegó el ingeniero. El generador eléctrico por energía solar comenzó a fallar. Bailey se hallaba en la cabaña con las mujeres cuando aquel extraño aparato descendió del cielo. Todos inclinaron respetuosamente la cabeza cuando salió del aparato una figura alta, vestida con una larga túnica y seguida de sus acólitos, que iban tocando unas campanillas detrás de él.

—La paz sea con vosotros, hijos míos —dijo el ingeniero—. Conducidme

hacia el lugar donde se encuentra el sufriente.

—¿No prefiere antes tomar un refresco, doctor? —le preguntó Avis.

El gorro de plumas del doctor se movió de un lado a otro, mientras le decía:

—Ahora no, hija mía. Más tarde disfrutaremos de las delicias de vuestra hospitalidad dentro de una atmósfera de hermandad. Pero ante todo debemos inspeccionar el robot. Todo, incluso una máquina, debe estar en perfectas condiciones de armonía, igual que el mundo y todo el universo. Todo mal funcionamiento es diabólico, y todo lo diabólico es mal funcionamiento. Es una ley universal.

—Seguiré humildemente sus instrucciones, doctor —dijo Avis, inclinando respetuosamente la cabeza.

Bailey condujo al ingeniero y a sus acólitos al hangar donde estaba el robot. Le quitaron las ropas, sacaron las herramientas y se pusieron inmediatamente a trabajar. Bailey observaba. Tenía mucho interés en su robot. Una vez que estuviera arreglado, lo repararía todo mejor, mucho mejor, y más rápidamente que los demás hombres que habían acudido a ayudarlo.

—Perdona, hijo mío —dijo el ingeniero—, que haya tardado tanto en venir, pero la zona es muy extensa y he tenido muchas llamadas. Sería un gran alivio para mí el que otras personas se dedicaran a mi profesión y así no tendría tanto trabajo, pues todo lo tengo que hacer yo solo.

—Se trata de una profesión que exige muchos sacrificios —dijo Bailey—, y no creo que a los jóvenes de la nueva generación les guste.

—Probablemente tiene razón. Esperemos que pronto el espíritu de sacrificio por la colectividad se despierte en el ánimo de esos jóvenes.

—¿No cree usted, doctor, que la profesión debería ser menos difícil de aprender? Y de no ser así, ¿no podrían omitirse los deberes ceremoniales? Por ejemplo, estoy seguro de que usted ha pasado muchos meses tratando de aprender la Masa de la Materia ¿no es así?

Una vez más el ingeniero movió negativamente la cabeza.

—El espíritu de los tiempos lo exige así. Sospecho que usted recuerda perfectamente bien las condiciones existentes antes del Cambio. Yo también

las recuerdo. Ambos podemos observar ahora nuestro ambiente actual con cierta objetividad. ¿No cree que uno de los puntos esenciales es el rito, la pompa, el deseo de dar un significado religioso a todo acto que llevamos a cabo? Yo creo que la pobreza espiritual del viejo mundo constituyó uno de los motivos por el que fue destruido. ¿Por qué viven las gentes? ¿Cuál es la meta de su existencia? Compréndame: al perder su fuerza de voluntad perdieron su poder de resistencia ante la plaga.

El ingeniero volvió a su trabajo.

—Desde luego —dijo—, todo aquello sucedió para el bien de todos nosotros.

—¿Lo cree usted así?

—Desde luego que sí, estoy seguro de ello. De no haberse producido una purificación general que nos limpiara el espíritu a todos, ¿cómo habríamos podido ser libres para desarrollarnos tal como lo hemos hecho?

El fallo del robot no era nada serio: se había quemado un circuito que prontamente fue sustituido. Una vez reparada la avería, el ingeniero sólo permaneció el tiempo necesario para tomarse una taza de café y marcharse inmediatamente. Lo esperaban en muchos otros sitios.

Cuando los hombres regresaron del campo al anochecer, sintieron que había algo más que hacer. Tenían que celebrarlo, no sólo el final de su trabajo, sino el hecho de que la tierra no hubiese sufrido graves daños. Convinieron en que al día siguiente irían a Muir Woods.

Fue una marcha alegre, algunas veces a través de los caminos abandonados y otras a través de las altas colinas cubiertas de amapolas y azotadas por el viento. Cantaron, hablaron, rieron, se gastaron bromas y gozaron del aire puro de aquellas alturas y del sol.

Durante todo el camino, Bailey estuvo al lado de Cynara. Era una hermosa muchacha que había acudido a ayudarle desde Eastbay. Sus cabellos eran rojizos y tenía los ojos más grandes y bonitos que jamás había visto. A Bailey también le agradó su conversación; tenía un sentido del humor que Avis había perdido. Después de varias horas de amistosa charla, ambos caminaban cogidos de la mano.

Como se habían levantado temprano y todos se encontraban en perfectas

condiciones físicas, el grupo llegó al lugar que se proponían poco después de mediodía. Luego penetraron en la inmensa arboleda y se sentaron en el suelo. Más tarde se pusieron a comer, y luego pasaron unas largas horas maravillosas, igual que la primera noche que pasaron juntos. Al anochecer, todos extendieron en el suelo sus sacos de dormir y descansaron bajo un cielo bordado de brillantes estrellas.

Al día siguiente por la mañana, decidieron regresar cada uno a su casa.

—Pero antes de marcharnos debemos desayunar —dijo Cynara.

Todos asintieron entusiasmados.

Avis, mientras observaba aquella escena, frunció gravemente el entrecejo. Luego les dijo:

—No comprendo vuestro comportamiento, amigos míos. Vinimos aquí para la santificación.

—Llevas mucha razón, pero no podemos santificarnos teniendo el estómago vacío —intervino Cynara.

—Muy bien. Supongo que la santidad es algo difícil dadas las circunstancias.

Acto seguido, Avis se dirigió hacia los árboles que se hallaban detrás de la casa del Guardián y, después de hacer una reverencia, se arrodilló.

El sol le dio su bendición. La tierra la envolvió con su incienso. Una alondra cantó.

Mientras, los demás abrieron sus mochilas y sacaron bocadillos, disponiéndose a comer.

Bailey y Cynara se hallaban recostados contra el tronco de un roble cuando Avis pasó.

—Vaya, vaya, vaya —dijo sonriendo—. ¿Vuestra amistad va cada vez mejor?

—¿Te importa eso mucho? —dijo Bailey.

—Desde luego que no, imbéciles —dijo iracunda.

Una vez que todos hubieron comido, se pusieron capas de oración sobre sus ropas (y los que no las tenían, sobre sus cuerpos desnudos) y se acercaron a la arboleda. El Guardián salió de su casa. Todos se arrodillaron y el anciano los bendijo. Después, todos se levantaron y pasaron ante él, uno tras otro, en

fila, silenciosos, mientras el sol proyectaba unas sombras sobre sus extrañas capas.

Los ojos de Bailey iban desde los arquivados de la catedral a Cynara.

«Bueno —pensó—, ¿qué hay de malo en todo esto? Incluso en la religión de hoy día existe algo parecido. Sobre todo en la religión de hoy día. ¿Qué meta más alta puede perseguir un hombre que proporcionar y recibir —felicidad y ser un solo ente con el Cosmos?

»Unidad, sí, también con nuestros amigos los seres humanos. Cuando estoy con esta muchacha, también estoy en cierto modo con Avis; y cuando estoy con Avis o con otra muchacha también estoy con Cynara. Por ello no debemos dejar de ser bondadosos siempre ni perder nuestra fe.»

La letra de una tonadilla atravesó la mente de Bailey. Pertenecía a tiempos muy remotos. ¿O quizá se trataba de un poema? No podía recordarlo con exactitud.

*Pero siempre soy sincero contigo,
Cynara, a mi modo.
Sí, siempre soy sincero contigo,
Cynara, pero a mi modo...*

Una mujer gritó.

Luego el ruido fue disminuyendo hasta convertirse en un débil murmullo. Bailey dio un salto hacia atrás. También Cynara gritó. Los demás echaron a correr, aunque algunos se quedaron como clavados en el suelo y otros miraban asombrados en cierta dirección, con los ojos dilatados.

Entonces vieron a un hombre en el camino, boca abajo, en un charco de sangre, de un increíble color rojo escarlata, que cada vez se extendía más y más.

Encima de él se hallaba su asesino con una sonrisa burlona en los labios. Aquel individuo era alto, corpulento e iba vestido con pieles pestilentes. A través de su larga y grasienta cabellera, así como de su abundante barba, se podían ver las cicatrices de la viruela. En su mano sostenía un machete que goteaba sangre.

Bailey reaccionó con una rapidez que incluso a él mismo le sorprendió. Cogió a Cynara por un brazo y ambos se metieron en un boquete que el fuego había hecho en el tronco de un árbol. Bailey la protegió con su cuerpo, mientras extendía sus brazos dispuesto a enfrentarse con aquel asesino.

Pero entonces aparecieron otros individuos, tan sucios y pestilentes como el primero. Empezaron a gruñir y a emitir unos sonidos que parecían corresponder al idioma inglés. Dos hombres de Bay Area echaron a correr. Uno de ellos cayó al suelo con el cráneo destrozado por un hacha. Su compañero cayó a pocos pasos de él atravesado por un arpón, o algo parecido a una lanza. Ambos se revolcaron en el suelo dando alaridos hasta que finalmente agonizaron. El asesino rió.

—Joe—susurró Bailey—. Sam. ¡Son amigos míos!

La rabia se convirtió en terror. El olor de la sangre y del sudor, aun estando los cadáveres tan lejos, invadió el aire que respiraba. Los pensamientos bullían en su mente:

«Estos tipos son salvajes. Tienen que haber venido del norte. Seguramente son los supervivientes en esa parte del mundo. Gente que realmente quieren volver a la naturaleza.»

Los peregrinos quedaron como paralizados. Los invasores los rodearon. Los dos grupos estaban integrados por el mismo número de personas... no, los hombres civilizados eran cuatro o cinco veces más numerosos, y como las mujeres se encontraban en condiciones físicas ¿por qué no luchaban? Teniendo en cuenta que los invasores sólo disponían de rústicas armas, podían arrancárselas de las manos o, por lo menos, obligar al enemigo a que se retirase.

Bailey se disponía a lanzarse al ataque cuando Avis lo contuvo, levantó las dos manos y gritó:

—¿Pero qué significa todo esto? Amigos míos, hermanos míos, ¿qué estáis haciendo?

Un norteamericano se puso al frente de un grupo de hombres y se lanzó al ataque. Una o dos de sus víctimas trataron de correr, pero no llegaron muy lejos. El exterminio de los hombres fue llevado a cabo en cuestión de segundos, aunque algunos tardaron horas en morir. Luego, aquellos individuos se

apoderaron de las mujeres y se dispusieron a asesinarlas.

—¡No! —gritó desesperada Avis—. No debéis comportaros como animales.

Avis continuó gritando. Uno de sus atacantes trató de sujetarla, pero viendo que se resistía, le dio un puñetazo y le rompió el mentón. Las otras mujeres no dieron tanto trabajo. Mientras esperaban su turno, un par de norteños cortaron en trozos a un hombre muerto y se lo comieron.

Cynara se desmayó. A Bailey le pareció que estaba viviendo una pesadilla. *«Tengo que alejarla de aquí —pensó—. Alejarla de... ¿toda la zona? Hemos olvidado cómo luchar. No tenemos armas, ni entrenamiento, ni siquiera voluntad para defendernos. Y ahora he aquí que los salvajes nos han descubierto. Esta gente nos matará, violarán a nuestras mujeres, saquearán y quemarán nuestras tierras. Fue un error creer que habíamos conseguido detener la historia.»*

»Pero no. No puedo abandonar a mi gente.»

Quizá, solamente quizá, él y ella podrían pasar desapercibidos ocultos en aquel boquete, hasta que los invasores y las mujeres cautivas —si es que no las mataban— se hubiesen marchado. Quizá él y ella pudiesen huir a través del campo antes de que fuese demasiado tarde.

Quizá habrían podido hacer eso. Quizá se habrían convertido en los jefes de una civilización perfeccionada científicamente en el arte de la guerra para exterminar al enemigo y proceder a conquistar un gran imperio. Pero, desgraciadamente, en aquel preciso momento Cynara se despertó y gritó, justamente cuando algunos de aquellos salvajes se dirigían a la casa del Guardián, Estos llamaron a sus compañeros.

De haber dispuesto de armas, Bailey habría defendido la entrada de su refugio durante cierto tiempo. Pero el primer golpe de lanza que recibió en un hombro le convenció de que toda resistencia era ya inútil. A la desesperada, Bailey se lanzó contra aquellos salvajes y hasta llegó a apoderarse de un hacha. Con gran satisfacción por su parte consiguió matar al poseedor de la misma, y luego volvió a refugiarse en el hueco del tronco del árbol. Pero los

norteños ya estaban encima de él.

Uno de los salvajes le golpeó el cráneo con un palo y Bailey murió.

La muerte era como un remolino de viento. No, un momento, aquello no era la muerte, ni tampoco el caos, sino simplemente una falta de sensibilidad en todo su sistema sensorial.

—Cero —contó Dios—, uno, diez, once...

—Oh, vamos —gritó Bailey—, ¿crees que no sé reconocer los dígitos binarios?

Por un instante pensó que aquél era el peor mundo que jamás hubiera conocido. Y no a causa de los caníbales. Estos eran unos pobres seres ignorantes. Pero la gente civilizada, que nunca se preocupaba de lo que ocurría más allá de sus narices, que aceptaba con indiferencia la muerte de innumerables criaturas humanas considerándolo como un precio que había que pagar para salvaguardar su propia civilización superior... ¡Uf!

«Alto, un momento. ¿Qué quiero decir con eso de “ir más lejos”? No, estoy equivocado, completamente equivocado. Quiero salir de aquí, no quiero continuar dentro. Tengo que encontrar el medio de salir de aquí. No tengo más remedio. De otro modo, adiós salud mental.»

—... Cien, ciento uno, ciento diez...

«O en números arábigos, cuatro, cinco, seis, etcétera. Es una computadora. Mis nervios detectan sus impulsos cuando está funcionando. Esto indica que de algún modo estoy conectado a ella. Cuando entra en funcionamiento..., sí, el Simulador.

»El sistema hombre-máquina. Yo soy el hombre y ella la máquina. Juntos, ambos consideramos el problema en su totalidad y no en parte.

»¿Qué problema?

»Bueno, yo soy un sociólogo que está trabajando para descubrir la causa y el tratamiento de las enfermedades mentales. Muchas soluciones han sido propuestas. Recuerdo haber oído hablar de eutanasia voluntaria... Pero ya en el pasado se demostró que el remedio era peor que la enfermedad. Consideremos el gran efecto que produjo entre el proletariado romano el

distraer a las masas hambrientas proporcionándoles espectáculos como las luchas de fieras y hombres en los circos. Consideremos los resultados de la mayoría de las revoluciones y de las utopías.

»No, tenemos que buscar un medio de solucionar el problema de las enfermedades mentales de una manera eficaz y sin error posible. Y no debemos contentarnos con un sistema eficaz sólo en teoría. Tenemos que comprobar de antemano qué resultados dará en la práctica. Por ejemplo, un donativo puede lograr efectos positivos en ciertas circunstancias, pero puede desmoralizar al que lo recibe en otras. ¿Cómo podemos comprobar por adelantado la eficacia de una reforma social?

»Claro que podemos. Utilizando al hombre-máquina. El componente humano proporciona más que unas directrices generales. Proporciona su entendimiento consciente-inconsciente-visceral-genético de lo que puede ser humano. Este es introducido en el banco de memoria de la computadora, junto con otras informaciones que ya poseía la máquina. Entonces, al unísono, el cerebro y la computadora asumen un cambio social y deducen las consecuencias. Dado que el objetivo es explorar esas consecuencias desde un punto de vista inmediato y emocional, el resultado de la lógica es presentado como un “sueño”.

»Teniendo en cuenta este factor, si un mundo imaginario se convierte en indeseable, no existe una base para seguir explorando sus posibilidades. El sistema debe interrumpir esa experiencia. Dando simplemente una orden. Algo así como el medio que utiliza una persona para despertarse cuando tiene un mal sueño.

»En este caso, a causa de una profunda razón psicológica, la señal adoptó la forma de mi propia muerte realísticamente simulada. Y ello me provocó una amnesia parcial. De ahí que no pude dar una orden para detener el proceso y la máquina permaneció en funcionamiento hasta que mi semiinconsciencia emitió algo que interpretó como una orden.

»Mi mente se estremeció. ¡Santo Dios, habría seguido así hasta que... hasta que...!

»De acuerdo. Simulador. Llévame a casa inmediatamente y detén la operación.

»¿*Click*?

»—Me has oído —dijo Douglas Bailey.»

La creación comenzó.

6

Abrió los ojos. La oscuridad los envolvía. Gritó y luego dejó caer los brazos.

—Oiga, ¿qué es lo que ocurre? Esperen un momento. Me encuentro muy bien aquí.

Douglas Bailey hizo un esfuerzo para mentir con toda naturalidad. Sintió que su pecho se elevaba y que su pulso se aceleraba.

Le quitaron el casco de inducción de la cabeza. Entonces, Bailey vio el rostro bendito, familiar y típicamente británico de Michael Birdsong, su superior inmediato y el genio del laboratorio donde trabajaba. El saber que se encontraba liberado fue como una onda que recorrió todo su cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Birdsong—. ¿Todo ha salido bien?

—Yo... yo... yo no sé...

Bailey se sentó sobre el lecho con las piernas colgando. Aún seguía temblando.

—¿Cuánto tiempo estuve bajo los efectos del experimento a que me sometió?

—No lo cronometré. Pero te lo diré en un segundo.

Birdsong apretó un botón. La máquina se puso a funcionar, produjo un clic y luego expulsó una pequeña cartulina. Birdsong la cogió, leyó su contenido y dijo:

—Alrededor de cinco segundos.

—¿De verdad? —dijo Bailey, dudando de la respuesta de su jefe inmediato—. No está mal. A propósito, éste es el mundo real, ¿no es así?

—¿Qué estás diciendo? Claro que sí. ¿Dónde pensabas que te encontrabas? Dime una cosa...

—No, espera un momento —le interrumpió Bailey—. Se trata de algo muy importante para mí. He recuperado toda mi memoria, pero podría ser falsa. Déjame que la compruebe con la tuya. Esto puede proporcionarnos la clave. ¿En qué estado se encuentra la epidemia de enfermedades mentales?

Birdsong lo observó detenidamente antes de contestarle.

—Bueno, como tú quieras. Estamos aplicando la ley que regula el crecimiento de las células-fermento. Hemos comenzado elevando el nivel, como tú ya sabes. Lo hemos hecho así con el fin de que algún día podamos comenzar un tratamiento de largo alcance realmente eficaz. Mientras tanto, estamos tratando a las víctimas según los medios de que disponemos. Es lo mejor que podemos improvisar. Este programa tuyo y mío tiende a buscar una respuesta más rápida y más básica. ¿No lo crees así?

—No lo sé.

Bailey puso los pies en el suelo y se incorporó. Luego se dirigió hacia la ventana, poniéndose a contemplar la ciudad y la bahía.

—Tendremos que comprobar mis datos, y seguramente tendremos que buscar más aún, después de que hayamos instalado un factor de seguridad, pues he descubierto que es necesario. Pero más adelante, más adelante.

Bailey se echó a reír como si estuviera al borde de una ligera histeria.

—Por el momento, me alegro de que no existan respuestas básicas, de que aún estemos confundidos con nuestra lenta, superflua e inimaginativa condición humana. Eso significa una cosa: ¡gracias a Dios, me encuentro de nuevo en el mundo real!

FUN-NEE

Miriam Allen de Ford

El viejo tema del racismo y la colonización trasladado a un lejano planeta.

Si los indios hubieran sido telépatas, la historia de América hubiera seguido otros derroteros, más favorables para todos (excepto para los imperialistas, claro).

Cuando Todd Sloan hizo girar su deslizador en la autopista (así llamada pomposamente, aunque en realidad se trataba de un camino sucio y mal asfaltado) para tomar el sendero que conducía a sus posesiones, vio con asombro que su hijo Neddie, de ocho años de edad, se hallaba subido en una valla esperándole.

—Santo Dios, hijo mío, ¿cómo sabías que regresaría esta mañana? — exclamó su padre—. Yo mismo no lo sabía hasta hace poco más de una hora.

—Hola, papá. Fue Funny quien me lo dijo.

—Te he dicho mil veces que no la llames Funny: el nombre es Fun-Nee.

Todd Sloan había descubierto, hacía tiempo, que los nativos eran telépatas, pero no hasta el extremo de ser tan exactos en sus transmisiones de pensamiento. Esta facultad ponía a los colonos en desventaja, ya que los medarianos podían leer en sus mentes, pero los colonos no.

Neddie se echó a reír y luego cantó:

¿Alguien de aquí ha besado a Funny..., F-U-N-N-Y?

¿Alguien de aquí ha besado a Funny?

¿Hay alguien que quiera intentarlo?

Oh, sus ojos son rojos y su piel es azul,

y ella es muy divertida, muy divertida.

¿Alguien de aquí ha besado a Funny^[3]?

¿Sabe alguien aquí por qué?

—No es muy divertido eso que estás cantando, Neddie —le dijo su padre, procurando darle a su voz el tono más severo—. Ella no tiene culpa alguna de

que sus ojos, sean rojos y su piel azul, y probablemente nosotros le parezcamos tan raros a ella como ella a nosotros. Y ahora dime una cosa: eso que estás cantando es una parodia de una antigua canción popular que se cantaba en la Tierra hace unos doscientos años. ¿Cómo es posible que la sepas? ¿Dónde la has aprendido?

—Joey me la enseñó. Me contó que su padre le había dicho que no habíamos demostrado tener muy buen sentido metiendo a uno de ellos en nuestra propia casa.

Todd frunció el entrecejo. El padre de Joey era su mayor preocupación como ejecutivo principal de la colonia terráquea. Joseph Scales, hijo, tenía fija en su cabeza la idea de que iba a ser el jefe principal, y Sloan tuvo que hacer lo imposible para que abandonara esa obsesión y poner a Scales en su lugar. Pero esto no podía decírselo a Neddie, ya que Joey era el mejor amigo de su hijo, y su familia se habría sentido avergonzada de haber prohibido la amistad entre ambos por el mero hecho de que el padre de Joey era enemigo de ellos. Quizá, pensó Todd, él y su esposa Myrt eran un poco más civilizados que esa clase de personas, como los Scales y sus discípulos.

Neddie se había subido al deslizador tan pronto como su padre había detenido aquel aparato volador. Acto seguido se dirigieron a casa. Durante el camino, Todd pensó que le sería muy difícil explicarle ciertas cosas a su hijo Neddie, pero lo que no dudó en decirle fue que no estaba dispuesto a permitirle que ofendiera a su huésped, a Fun-Nee.

—Supongo que no habrás estado cantando esa canción delante de Fun-Nee o en algún sitio donde ella pudiera oírla, ¿no es así? —amonestó a su hijo—. Sabes muy bien que ella está aprendiendo muy rápidamente nuestro idioma y podría comprender la letra de esa canción.

—Vamos, papá, no digas eso —dijo Neddie—. Joey dice que tú no tienes que ser educado con esos *goops*^[4].

—*Goops* es una expresión despectiva y no estoy dispuesto a tolerarte que llames así a esa gente, pues Fun-Nee es un miembro de ellos —le respondió su padre.

Esta vez, Todd se irritó mucho con su hijo. En efecto, hacía mucho tiempo que había proyectado un programa, que siempre había sido rechazado

en el Consejo por los Scales, para invitar a los medarianos más selectos a visitarlos y evitar así sus recelos. Con ello se proponía que cumplieran su contrato y hacer que la colonia se desarrollara con su cooperación y sin ninguna fricción por ambas partes.

Fun-Nee era el primer experimento, y desde entonces se había esforzado en que acudieran más nativos a vivir durante varios meses con los terrestres. Se había alegrado mucho ante el entusiasmo demostrado por algunos voluntarios. Sin embargo, temía que algunos se opusieran a recibir a aquellos huéspedes en sus propias casas, pues de ser así, su programa haría más daño que bien.

Todd comprendía que era muy difícil que un niño de ocho años como su hijo comprendiera todo esto, pero después de haber hecho un viaje para informar al Consejo, todo su programa tenía que ser hecho público y discutido. Inútil decir que no dudaba en absoluto de que se encontraría con la oposición por parte de la facción dirigida por los Scales.

Por ello se limitó a decirle a su hijo:

—Escucha, Neddie, Fun-Nee es nuestra huésped. Y a los huéspedes no se les insulta. Tampoco debes olvidar que ella procede de una familia medariana muy buena, perteneciente a uno de los principales clanes. De modo que cuando tú y Joey os pongáis a cantar, hacedlo en un lugar donde ella no pueda oírlos, para evitar así herir sus sentimientos. Ah, y no llares a los medarianos *goops*, pues *goops* es una expresión vulgar y despectiva.

En ese momento llegaron a la casa. Su esposa Myrt, que había oído el ruido del deslizador de su marido, lo estaba esperando en la puerta. Fun-Nee no se hallaba presente, por lo que Todd pensó que probablemente estaría en su habitación. Los Sloans ya se habían dado cuenta de su delicado tacto: ella era incapaz de salir a la puerta a darle la bienvenida a Todd como si fuera un miembro más de la familia y con derecho a ello. Y eso que Todd había estado ausente durante una semana.

Dos días después, decidió consultar personalmente a Fun-Nee, ya que por la tarde tenía una reunión en el Consejo y quería conocer su opinión.

Como Neddie se hallaba ausente, probablemente jugando con Joey en algún lugar, consideró que era un buen momento para que él, Fun-Nee y su

esposa Myrt se sentaran en el porche y hablaran tranquilamente. Todd quiso que Myrt estuviera presente, no sólo porque la consideraba una persona más juiciosa que él, sino porque, además, siempre sería más fácil para Fun-Nee si otra mujer estaba presente.

—Me agradecería mucho informarte sobre los resultados de mi viaje, Fun-Nee —dijo Todd, con delicadeza y utilizando palabras simples y cortas.

Era muy difícil comprender las palabras sibilantes del idioma medariano, aunque a él le constaba que ella sabía lo que iba a decirle antes de que hablara. Quizá porque se comunicaban telepáticamente entre ellos mismos, los nativos eran taciturnos y, cuando hablaban, lo hacían de una forma que parecía que silbaban.

Fun-Nee le miró con sus extraños ojos rojos —eran realmente rojos y brillaban como rubíes— y le sonrió curvando sus labios azules alrededor de su desdentada boca. Durante un instante, Sloan tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su repugnancia, confiado en que ella no se lo hubiera notado en el rostro. Myrt, por el contrario, sabía dominar sus sentimientos mejor que su marido, por lo que no dio la impresión de haberse dado cuenta de la expresión grotesca de la medariana. Por otro lado, admiraba la colección de ropajes multicolores de Fun-Nee, parecidos a los saris, y que eran utilizados por los nativos de ambos sexos. Myrt tampoco se asustaba cuando Fun-Nee se quitaba la caperuza dejando al descubierto aquel cráneo horroroso y carente de cabellos.

—Me alegro de que haya regresado de su viaje —dijo Fun-Nee—. ¿Vio usted a mi familia? —preguntó ansiosamente.

Todd pensó para sí que aquello era más que una familia; más bien se parecía a una tribu constituida por un grupo de cuatro hermanas casadas con cuatro hermanos, y todo un enjambre de criaturas llamando a sus mayores padre y madre. Durante un tiempo que podía corresponder a una o dos generaciones —y los medarianos eran famosos por su longevidad—, cada grupo-matrimonio, con sus ocho inevitables progenitores, constituían prácticamente un clan que se había extendido por todas partes.

—Sí, vi a tu familia —respondió Todd—. Debería habértelo dicho apenas llegué. Todo el mundo quiere saber cómo te encuentras aquí, si te gusta este

lugar y te envían cariñosos recuerdos.

—Soy el primer visitante y ello hace que sea admirada —dijo Fun-Nee, halagada.

—Pues si las cosas se desarrollan de la forma que he calculado y deseo, pronto tendremos algunos visitantes más. Varios miembros de tu familia me dijeron que pensaban venir para hacernos una visita de ensayo. Los que me dijeron esto eran algunos de tus hermanos o hermanas... o quizá tus primos.

—Lo sé; me lo dijeron.

Si se lo habían dicho, tenía que ser mediante transmisión de pensamiento, desde luego, ya que ella estaba a cientos de kilómetros de aquel valle que constituía su tierra natal. Aparte de esto, había una cadena de montañas entre uno y otro lugar. Los familiares de Fun-Nee, pensó Todd, le enviaban cariñosos recuerdos, pero ellos sabían perfectamente cómo se encontraba ella.

Todd pensó para sí: ¿qué pensará esta muchacha de la oposición que existe en el Consejo en contra de los miembros de su clan? Por un momento consideró que debía haberse asegurado antes de la reacción que podría producir entre los miembros de su familia el rechazo de algunos miembros del Consejo.

Por este motivo, Todd se dirigió a ella y le dijo, con mucho tacto:

—Escúchame, Fun-Nee. Esta noche pienso acudir al Consejo y allí preguntaré quiénes de aquí estarán dispuestos a recibir en sus hogares a miembros de tu clan. Estoy seguro de que muchos aceptarán gozosos, pero creo que debes saber que hay algunos entre nosotros que no están de acuerdo con mi plan.

—Mi marido no quiere referirse a gentes que tú te imaginas —intervino Myrt—, sino simplemente a unos viejos que tienen sus prejuicios como todos los hombres de edad avanzada. Todos los ancianos tienen la misma forma de pensar...

—Lo mismo que nuestros ancianos, ¿no es así? —respondió Fun-Nee—. Supongo que no tendrán miedo de que los miembros de mi clan vengán a este lugar. Todos mis familiares son muy buenos. ¿Acaso tienen miedo de nosotros?

—No precisamente miedo, sino que les molesta un poco —dijo Todd—.

Bueno, me refiero a unos cuantos nada más. Les dije que debemos darnos cuenta que éste es *vuestro* mundo, no el nuestro, y que deberíamos estaros agradecidos por dejarnos permanecer en él. Les expliqué, como lo hice la primera vez que fui a tu tierra y te encontré, cuan superpoblado está nuestro planeta. Luego añadí que, puesto que vosotros disponéis de tanto espacio que no necesitáis, lo único que queríamos era una pequeña parte del mismo, donde poder vivir pacíficamente y llevar nuestra propia vida sin haceros ningún daño. Pero, por ambos bandos, existen aquellos —que pensamos que habían desaparecido, pero que aún siguen ocultos— que no ven las cosas como la mayoría.

En aquel momento, Sloan parecía estar oyendo en el Consejo gritar a los Scales sus protestas de siempre: «¡Estos malditos cobardes! ¡Esta gentuza de boca desdentada y cráneos sin cabellos! Lo que tenemos que hacer es echar fuera de nuestro planeta a los *goops* y dejar que sea gobernado por seres humanos como Dios manda y no por esos indecentes monstruos. ¡Y que el contrato se vaya al infierno!»

—Sí, lo sé —dijo Fun-Nee, con calma—. En nuestro clan ocurre lo mismo: a los viejos no les gustan los cambios, no les agradan las cosas nuevas, no quieren que ustedes estén aquí. Sí, estos ancianos piensan como los Scales de los que usted habla.

—Bueno, Fun-Nee, no nos pongamos a criticar a nadie —intervino Myrt—. Ni de vuestro clan ni de nuestro pueblo. Como Todd dijo, nosotros llegamos a esta tierra buscando un nuevo hogar, un lugar pacífico donde nuestros hijos pudieran crecer y convertirse, en el día de mañana, en buenos hombres y en buenas mujeres. Cuando tú te cases y tengas hijos, comprenderás por qué nosotros lo abandonamos todo y vinimos a este lugar en busca de nuevos horizontes.

—¡Oh, no diga eso, por favor! —exclamó, ruborizada, Fun-Nee.

—Vamos, no tiene ninguna importancia —intervino Todd, que había olvidado decir a su esposa Myrt que para los medarianos era una cosa obscena el hablar de matrimonio y de hijos hasta que un individuo llega a formar parte de un grupo-matrimonio de ocho miembros.

Todd sabía que Fun-Nee estaba esperando que una hermana suya creciera

un poco más con el fin de poder entonces casarse ella.

—Lo que quiero que comprendas, Fun-Nee —continuó Todd— es que si en la reunión que tendremos esta noche en el Consejo nadie comparte las ideas que propondré, no debes tomarlo como una cosa personal o hacer caso de ella. Aunque sé que no estarás presente en esa reunión, me consta que te enterarás de todo lo que allí se diga gracias a tu facultad de oír-con-la-mente (era así como los medarianos describían su poder telepático). Ocurra lo que ocurra en el Consejo, ello no debe preocuparte en absoluto.

—Espero que así sea —respondió ella.

—Ya volveremos a hablar más adelante de todo esto, pase lo que pase. Ahora tenemos que marcharnos, Myrt. ¿Verdad, Fun-Nee, que no te importa permanecer dos o tres horas aquí sola? Neddie estará pronto de vuelta, pero como sabe que tiene que irse inmediatamente a la cama, no te molestará.

—Neddie no me molesta nunca —dijo Fun-Nee—. Él no es un niño como Joey. Nos llevamos muy bien los dos.

Para los medarianos era correcto hablar de los niños de los demás, pero no de los niños que tendrían en el futuro.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso también más adelante. Al menos así lo espero.

El salón del Consejo estaba abarrotado. En realidad, todo adulto en buen estado físico se hallaba presente, así como Joseph Scales y sus seguidores, situados en la primera fila y con intenciones nada pacíficas.

Fue peor de lo que él había previsto. Apenas empezó a hablar de traer más visitantes nativos, Scales se levantó y le increpó furiosamente:

—¡Alto ahí, Todd! Esta es *nuestra* tierra, ¡y queremos que los *goops* se marchen!

—Tú sabes muy bien, Joe —respondió Todd, esforzándose en contener su ira—, que ésta es también su tierra. Están en su casa, y no tienen por qué permitirnos quedarnos; si lo hacen, debemos considerarlo como una deferencia para con nosotros.

En la primera fila se produjo un gran alboroto y todos protestaron por las

palabras de Todd.

—Hay que echarlos a todos de aquí —gritó uno de los partidarios de Scales—. Necesitamos el planeta entero, no una pequeña parte.

—Bill —dijo Todd, tratando de explicárselo todo pacientemente—, aparte del hecho de que esta colonia constituye una diminuta minoría en Medaria, tú sabes perfectamente bien que nuestra colonización se llevó a cabo gracias a un convenio interplanetario. Tú sabías esto antes de firmarlo. Según el convenio, ellos nos permitirían estar aquí a título de grupo experimental, y si todas las cosas iban bien, entonces nos permitirían utilizar todo el territorio que necesitáramos y que ellos, debido a su pequeña población, no utilizan.

—Eso es una tontería. Ellos no son seres humanos. Y nadie hace un contrato con *cosas* de piel azul y ojos rojos y, por añadidura, sin dientes y sin cabellos.

Entonces se armó un gran tumulto en la sala del Consejo. Por todas partes se oían gritos y vociferaciones. Algunos saltaban sobre sus asientos para manifestar airadamente sus discrepancias. Dos asistentes comenzaron a pelearse. Sloan, como presidente, trataba en vano de imponer silencio golpeando su mesa con el mazo.

Las cosas se ponían cada vez peor. Entonces, Sloan consideró que allí no había más que una solución. Le hizo una señal a uno de los asistentes y de repente las luces se apagaron. Se produjo el silencio. Alguien rió.

—De acuerdo —dijo Sloan—, esto será todo por esta noche. No estoy aquí para dirigir un circo de fieras.

—Oh, sí —dijo una voz—, para eso estás. Tus amigos los *goops* no son más que animales.

Sloan no hizo caso de aquella interrupción y continuó hablando:

—Si no podemos discutir como seres humanos con edad suficiente para hablar con paz y juicio, creo que lo mejor es cerrar la sesión y esperar a que llegemos a saber dominarnos. De esta forma no podemos seguir discutiendo.

Las luces volvieron a encenderse. Las puertas se abrieron. Poco a poco, los alborotadores comenzaron a abandonar el salón del Consejo. Parecían estar avergonzados de su conducta, y en sus rostros se reflejaba una rigidez

como si hubieran sido sumergidos en agua helada.

Sin embargo, Scales no abandonó el salón del Consejo, y permaneció sentado en su sitio.

—¡Tú no estás aquí para dirigir un mitin e imponer tu criterio a todos los asistentes, Sloan! —gritó Scales, furioso.

—Gracias a ti, ya no estamos celebrando ningún mitin —le respondió Todd Sloan—. La sesión queda suspendida hasta nuevo aviso. Dentro de unos días, cuando todos nos hayamos serenado, nos volveremos a reunir. Espero que durante estos días todos se hayan dado cuenta de que no podemos celebrar ninguna reunión con los ánimos excitados. Así no se puede ir a ninguna parte. Por tanto, la sesión queda suspendida.

Todd Sloan dijo a su esposa Myrt, mientras se dirigían a casa:

—Las cosas no han ido muy bien.

En la calle, varios grupos de hombres y mujeres discutían acaloradamente. Sólo había unos cuantos seguidores de Scales, pero éstos eran los que hacían más ruido. Por un instante, Sloan sintió haber interrumpido aquellas peleas en el salón del Consejo, pues ello habría servido de escarmiento.

—Neddie me dijo que Joey le había hablado de lo que Scales y sus partidarios piensan, si es que esta gente conocen el significado de la palabra «pensar» —dijo Myrt a su esposo—. Pero supongo que antes de armar todo ese alboroto habrán intentado argumentar razonablemente, ¿no es así?

—Esta gente no sabe lo que es discutir razonablemente —le respondió su esposo—. Si no podemos arreglar este asunto, tendré que enfocarlo de otra manera.

—Harías muy bien, ya que Scales desea ocupar tu puesto. ¿No existe algún medio para poder deportar a Scales y a sus partidarios? Para ello podríamos basarnos en que han violado el contrato que todos firmamos.

—¿Cómo vamos a poder deportarlos? —respondió Todd—. No disponemos de medios para hacerlo hasta que hayamos notificado a la Tierra que nos envíen otro grupo de colonos. Y hace mucho tiempo que nuestra astronave se encuentra allí.

—Sí, lo sé, comprendo tu situación —respondió Myrt—. Pero lo que más

me preocupa es que este grupo de descontentos puede echar por tierra todo el proyecto, después de lo que hemos trabajado aquí y de todo lo que tú has hecho para mantener relaciones amistosas con los medarianos. Si éstos llegan a molestarse por lo que aquí sucede, pueden «barrernos» con más rapidez que nosotros a ellos.

—No debes preocuparte por eso —respondió Todd—. Los medarianos son gentes muy pacíficas. Sin embargo, si todo continúa así, pueden notificarnos que el contrato queda anulado y que nos marchemos de aquí. Debimos gobernar con más dureza a los nuestros.

—Supongo que los únicos que no aceptan los términos del contrato se reservan sus opiniones para sí —dijo Myrt—. O quizá no se dieron cuenta hasta que llegaron aquí de lo difícil que les sería aceptar a unos seres diferentes a ellos.

Caminaron en silencio. Cuando llegaron a la puerta de la casa, Myrt dijo:

—Espero que Fun-Nee no se haya aburrido toda la tarde sola.

No se había aburrido.

Apenas se marcharon, Neddie había regresado a casa silbando. Lo que silbó fue la tonadilla que su padre le había prohibido cuando se la oyó cantar por primera vez.

Cuando entró en casa, y después de saludar a Fun-Nee (llamándola Funny), se limpió los dientes, se lavó la cara y se fue a dormir.

Fun-Nee, en la habitación que le habían asignado, esperó hasta que estuvo completamente segura de que Neddie se había dormido. Aquello era innecesario, totalmente innecesario, ya que los medarianos sabían que los terráqueos no eran telépatas, pero tomó aquella precaución para estar completamente segura de que Neddie no se enteraría de lo que iba a decir...

Una vez asegurada, Fun-Nee se puso a hablar-y-oír-con-la-mente:

—Esta noche tienen una reunión. Hay mucho alboroto. El hombre en cuya casa vivo, no puede controlarlos, a pesar de todos sus esfuerzos.

—¿Crees que debemos acudir ahí y recogerte inmediatamente? —le preguntó su padre, uno de sus padres.

—Todavía no. Por el momento me encuentro segura. Ya os avisaré si ocurre algo.

—Eres una buena chica —le dijo su padre—. Estamos orgullosos de ti.

—Gracias, padre —contestó Fun-Nee—. Creo que es mi deber para con Medaria.

Cuando los Sloans llegaron a casa, Fun-Nee estaba ya durmiendo.

—Papá —dijo Neddie, pensativamente, dos días más tarde, mientras ayudaba a su padre a alimentar a las gallinas, cuyos remotos antepasados llegaron con ellos en la nave espacial—, creo que ya no me gusta ser amigo de Joey.

—Eso está mal, hijo —respondió Todd—. Siempre habéis sido tan buenos amigos que me extraña que me digas eso. ¿Qué ha pasado entre vosotros dos?

—Ayer, durante el recreo, me dijo que tú eras un ambi... un ambi algo, creo que quería decir ambicioso. Yo le contesté que tú no eras eso, y él me dijo que su padre se lo había dicho. Yo le pregunté qué quería dar a entender con eso, y él me contestó que tú pretendías ser el jefe de todos y dirigir todas las cosas. Que eras un dic... un dic...

—Dictador. Ya comprendo.

—Sí, eso dijo. Y luego, Joey añadió que su padre pensaba quitarte el mando y ponerte en el lugar que te corresponde, abajo, con los *goops*.

—No se dice *goops*, sino medarianos.

—Joey los llama *goops*. ¿Tú no, papá? ¿Cómo puedes ser tú como ellos si tú tienes cabellos en la cabeza y dientes en la boca y una piel y ojos normales?

—En este universo, hijo mío, todos pertenecemos a todos. Todos los seres humanos son iguales en todos los sitios, aunque su aspecto externo sea distinto.

—Joey dijo que por hablar de esa manera tú eres un... bueno, olvidé la palabra. Ah, sí, ahora me acuerdo: su padre dijo que tú eras un amante de las pieles azules.

—Bueno, Neddie, basta ya de hablar de esas tonterías —le interrumpió su padre, secamente.

Pero inmediatamente, Todd añadió:

—Tu amigo Joey dice esas cosas sin comprender lo que significan,

limitándose a repetir lo que su padre dice. Lo que tú tienes que hacer cuando él te diga cosas raras es preguntarle inmediatamente qué significan. Entonces te darás cuenta de que no sabe su significado. Creo que he tenido una buena idea, hijo: utilizar a los niños como arma política.

Neddie miró asombrado a su padre.

—¿Puedo ser yo un arma política? —le preguntó ansiosamente a su padre—. ¿Qué es un arma política? ¿Qué tengo que hacer?

—Pues no puedes hacer nada si te enfadas con tu amigo Joey —le respondió Todd.

—Entonces no me enfadaré con él, papá —dijo Neddie—. Y ahora dime lo que tengo que hacer.

—Dame un poco de tiempo para que lo piense, Neddie —respondió su padre—. Vamos, ahora lleva esos huevos a tu madre y prepárate para ir al colegio.

Aquella misma tarde, Todd fue a la habitación de Fun-Nee y le dijo:

—Escúchame, Fun-Nee, ¿crees que has estado demasiado tiempo entre nosotros? ¿Quieres que te lleve de nuevo a tu casa?

Ella le miró sorprendida. ¿Cómo era posible que uno de aquellos colonos se hubiese enterado de la *conversación* que sostuvo con su padre? Todd Sloan se dio cuenta de su sorpresa y le sonrió.

—No, tranquilízate, yo no soy telépata, no puedo transmitir mis pensamientos a distancia. Lo que ocurre es que tengo la impresión de que vamos a tener algunos pequeños problemas aquí y no deseo que te veas envuelta en ellos.

—No se preocupe por mí —respondió Fun-Nee orgullosamente—. Estoy a salvo, no me puede ocurrir nada.

Aquel mismo día, Todd le habló a su esposa de la idea que había tenido al hablar con su hijo sobre lo que le había dicho Joey.

—Neddie es un chico muy inteligente —dijo Myrt—. No estaría muy apegado a Joey Scales si no existiera algo que los uniera. Joey tenía también una madre, ya lo sabes. ¿Te acuerdas de la pobre Ellen Scales? Era una mujer superior en muchos sentidos al bruto de su marido.

—Pues lo que ocurre ahora es que Scales está celoso y resentido. Piensa

que debe ocupar mi puesto, y lo curioso es que desea hacer lo posible por conseguirlo.

—No lo comprendo; tú fuiste elegido primero, y después fuiste oficialmente reconocido. Por lo tanto, Scales no tiene ningún derecho a ocupar tu cargo.

—Eso es cierto, querida —respondió Todd—. Pero aquí de lo que se trata es que si la situación actual no se resuelve rápidamente, ello puede significar el final de toda la colonia... y quizá de todos nosotros.

—¡Oh, Todd!

Todd la tranquilizó.

—No te preocupes, Myrt —le dijo, repitiendo las mismas palabras de Fun-Nee—. He tomado mis precauciones y no pienso permitir que eso ocurra.

Todo lo que le dijo a Fun-Nee es que tenía que hacerle una visita muy breve a otra «familia» medariana.

—Bueno, voy a hacer algo mejor que eso —dijo, sonriéndole al observar que ella abría desmesuradamente sus rojos ojos y su desdentada boca—. Voy a solicitarle al director de la escuela que le conceda unas breves vacaciones a mi hijo Neddie para llevármelo conmigo.

Fun-Nee era demasiado educada para hacer un comentario, pero Todd pudo observar que su noticia la había alegrado: al no estar Neddie, no estaría Joey...

Neddie, desde luego, se alegró mucho cuando su padre le comunicó que pensaba llevarle con él durante su breve viaje, aunque el director de la escuela le exigió que durante su ausencia no dejara de hacer sus deberes escolares.

—Lo que espero conseguir, hijo mío —le dijo su padre cuando se alejaban de la colonia—, es que Fun-Nee continúe más tiempo entre nosotros, pues, según lo acordado, pronto tendría que regresar con su gente. Por eso quiero que actúes de intermediario.

—¿No pensarás dejarme solo con los *goops*..., bueno, quiero decir con los medarianos? —preguntó Neddie, alarmado.

—Desde luego que no —le respondió su padre—. Ya le dije al director de

la escuela que estarías de regreso lo antes posible. De modo que no te preocupes por eso.

El clan que visitó esta vez era uno que conocía muy bien y con el que sostenía las más amistosas relaciones. El jefe de este clan le prometió toda su adhesión y la más completa cooperación, los medarianos no tenían prejuicios patrioterros.

Contando con esta característica tan típica de los medarianos, Todd había pensado dejar a Neddie jugando con los niños de este clan durante los largos coloquios que pensaba sostener con los principales jefes, con el fin de utilizarlo como un «catalizador» cuando regresaran a casa.

Desde luego, aquello encerraba cierto riesgo: dado que su hijo estaba muy influido por las ideas del hijo de Scales, cabía la posibilidad de que, sin quererlo, ofendiera a sus anfitriones. Pero los consejos de su madre, Myrt, habían cambiado su mentalidad, y Todd observó con satisfacción que mientras él discutía con los jefes principales del clan, Neddie se hallaba jugando alegremente con los otros niños medarianos.

Después de cumplir esta misión, debería luchar contra su propio pueblo, contra su propia gente.

Una cosa que tenía a su favor era que sus partidarios —que en aquel momento constituían la mayoría en el seno de la colonia— tenían muchos hijos e hijas, mientras que Scales y sus partidarios, la mayoría de ellos solteros, carecían de hijos.

De nuevo, Todd Sloan reunió el Consejo, y como sucediera en otras ocasiones, de nuevo Joe Scales y sus partidarios se opusieron a él. Pero esta vez, Todd no tocó el tema de los visitantes medarianos. En lugar de hablar de este punto, anunció, mientras sonreía astutamente, que al final del verano, cuando hubiera terminado la época de la cosecha, iba a haber algo realmente nuevo en la colonia: unas vacaciones para todos aquellos que habían trabajado de firme.

—Desde luego, hemos estado trabajando durante muchos años sin descansar un solo día —dijo Todd—, pero hemos llegado a un punto en que nos podemos permitir unas largas y merecidas vacaciones, y así poder divertirnos.

No necesitó muchas palabras para que aquellos que le escuchaban manifestaran su alegría. Todo el mundo, excepto los consabidos descontentos de siempre, expresaron su aprobación con gozo, y aplaudieron con fervor, entusiasmados. Incluso los partidarios de los Scales manifestaron su escéptica aprobación..., hasta que escucharon los últimos detalles.

—De modo que —continuó Todd— planearemos todo género de diversiones. Estamos organizando un comité, para el cual necesitamos voluntarios, que se encargará de los bailes, conciertos, festivales y otras diversiones. En cuanto a los niños, bueno, todos queremos a nuestros hijos y no vamos a permitir que ellos no participen de estas distracciones, creo que lo mejor será que les proporcionemos un mes de vacaciones, y así, mientras nosotros nos divertimos a nuestra manera, ellos ya encontrarán los medios de divertirse a la suya.

Todos rieron y aplaudieron.

—He pensado que lo mejor sería establecer un auténtico campamento de verano, me refiero a esos que solían visitar los niños en la Tierra, hace unas cuantas generaciones, cuando aún sobraba espacio para esos campamentos infantiles. Inútil decir que mientras nos divertimos, alguien tendrá que encargarse de las cosas esenciales de nuestra colonia. De modo que algunos tendrán que encargarse de esto mientras otros se cuidarán de los niños. Mi esposa y yo estamos dispuestos a encargarnos de ellos, pero necesitamos algunos voluntarios, no muchos.

»A los niños les enseñaremos a tallar la madera, a prestar curas de urgencias, a salvar la vida de una persona que se está ahogando y otras cosas parecidas. Algunos de ustedes se acordarán de una antigua organización llamada Boy Scouts que hacían todo este género de cosas. De modo que habrá juegos, carreras, competiciones deportivas y otras distracciones como por ejemplo canciones alrededor de las hogueras.

»¿Cuántos de vuestros hijos están dispuestos a pasar tres semanas en uno de estos campamentos? No me refiero a los pequeñitos, desde luego, sino a los niños y niñas de seis a catorce años de edad.

Inmediatamente se oyó un alborozo y un griterío por parte de los niños que se hallaban pegados a las paredes del salón del Consejo o junto a las

ventanas abiertas del mismo (esta vez la reunión se había celebrado a primera hora de la tarde y por ello también los niños pudieron asistir).

Y entonces...

Joe Scales le interrumpió. Durante unos instantes sus partidarios habían estado cuchicheando entre ellos, y al final había dado un salto poniéndose de pie.

—¿Y dónde piensas establecer, Todd Sloan, esos campamentos? —le preguntó, desconfiado.

—Bueno, eso no está decidido todavía, pero durante mi último viaje, la semana pasada, descubrí un lugar estupendo a sólo tres kilómetros de nuestras fronteras, con bosques, un lago y...

—¿Te estás refiriendo al territorio de los *goops*? ¿Es que te has vuelto loco, Todd Sloan? ¿Es que pretendes que nuestros hijos se mezclen con esos monstruos? ¿Acaso has invitado a los *goops* a que envíen a sus chicos al mismo lugar para que sus hijos y los nuestros estén juntos?

—Un momento, Joe —respondió Todd—. Ya discutiremos este punto más adelante. Ahora déjame acabar de decirles a los niños lo mucho que van a divertirse.

—Pues de momento no cuentes con mi hijo —dijo Scales—. Si lo que te propones es que mi chico se mezcle con los de los *goops*, con los de tus queridos *goops*, pues me consta que te caen muy simpáticos, estás equivocado. No cuentes con mi hijo.

—¡Ni con el mío tampoco! —gritó otro.

—Lo mismo digo yo —intervino un tercero.

—Yo también sostengo lo mismo —dijo un cuarto—. Se trata de una trampa planeada por esos monstruos de piel azul para contagiar a nuestros hijos.

Los gritos eran pocos, pero muy altos. A éstos se unió el de una mujer, perteneciente a los partidarios de Scales, la cual dijo que no estaba dispuesta a que su hija (una jovencita nada bonita) se contaminara al ponerse en contacto con aquellos horriblos, sucios, violentos y semihumanos nativos.

Entonces se oyeron otros gritos que se oponían a lo que había dicho aquella mujer. El tumulto fue aumentando cada vez más, y Todd temió por un

momento que el mitin terminara como el anterior.

Entonces ocurrió algo increíble: su propio hijo le salvó de aquella situación tan comprometida para él. En efecto, Neddie se subió la silla de su padre, y con todas las fuerzas de sus pulmones, gritó:

—¡Silencio todo el mundo! ¡Déjenme hablar!

Hubo risas, aplausos y bromas. Todd no lo habría hecho mejor de no haberse callado su hijo a continuación al ver el efecto que habían provocado sus palabras.

Durante unos instantes, Neddie permaneció azorado, sin saber cómo continuar, y, finalmente, se echó a llorar. Pero su padre le dio un golpecito en la espalda para animarlo y entonces su hijo se dirigió a todos ya sin miedo alguno.

—Mi padre —dijo Neddie— me llevó con él cuando fue a ver a... esa gente, y ellos no se rieron de mí. Aparte de esto, después de estar un poco de tiempo con ellos, uno no se da cuenta del aspecto que tienen, y que a muchos de ustedes no les agrada; son como todo el mundo.

Todd se dirigió hacia la plataforma donde su hijo se hallaba, subido sobre su silla, y le puso una mano en el hombro. El hombro le temblaba, pero Neddie permanecía firme.

—¡Son gente muy buena! —insistió firmemente.

Al oír aquello, algunos comenzaron a aplaudir, y pronto toda la sala retumbaba por los aplausos de los demás asistentes, entusiasmados por las palabras de Neddie.

—Desde luego —intervino Todd—, ustedes ya comprenderán que todo esto es voluntario, absolutamente voluntario. De modo que cualquier niño que desee ir a estos campamentos mientras sus padres se divierten a su modo en cosas propias de su edad, o bien aquellos padres que prefieran tener retenidos a sus hijos en sus casas, durante todo el verano, sólo tienen que decirlo.

—¡Mi hijo no irá a ningún campamento! —gritó Scales.

Pero esta vez no se le unieron sus partidarios; fue el único que se opuso.

—Eso está mal —dijo Todd—. Precisamente había pensado que aquellos chicos que destacasen más por sus cualidades podían formar parte del

Consejo como «auxiliares juveniles» del mismo, y ellos se encargarían de organizar los juegos, competiciones y toda esa clase de cosas que a ellos les gustan. Y justamente había pensado en tu hijo, ya que es un jefe nato. Pero si no quieres que vaya con los demás chicos, él se lo perderá.

El rostro de Joey parecía de piedra. Al oír la negativa de su padre, saltó desde el borde de la ventana donde se hallaba sentado y echó a correr en dirección a él. Su padre se dio cuenta de lo que pasaba dentro de aquella cabecita infantil, hizo una mueca y, finalmente, dijo:

—Bueno, bueno, está bien... No quiero que mi hijo no participe en las diversiones de los demás. Si todos los chicos piensan ir, él también irá.

Todd no necesitaba ser telépata para darse cuenta de lo que Joey le había dicho a su padre con su mirada. Pero pensó que debía aprovechar aquella favorable coyuntura. De modo que subió de nuevo a la plataforma y levantó las manos pidiendo silencio.

—De acuerdo, amigos —dijo cuando todos se hubieron callado—. Lo que tengo que hacer ahora es efectuar otro nuevo viaje al territorio de los medarianos y ver qué opinan de la idea de un campamento conjunto. Disponemos de un mes o dos para llevar a cabo este programa, y yo estaré de regreso apenas disponga de más detalles que darles. Cualquiera que desee formar parte del comité, que suba aquí y me dé su nombre.

Así sucedió todo. Tan rápido, tan bien, pero con sus inconvenientes de momento. Pronto, confiaba Todd, todo se arreglaría poco a poco.

Algunos días después, los Sloans se dieron cuenta de que Fun-Nee había cambiado mucho últimamente. Parecía otra mujer, más jovial, más animada. El matrimonio sospechó que ello era debido a que habría recibido buenas noticias de su casa y no había querido comunicárselas.

Fun-Nee se mostró muy entusiasmada con los planes para las festividades del próximo verano (planes que para ella habrían sido algo así como eventuales sucesos sociales) y a Todd se le ocurrió pensar que si ella aceptaba volver a su tierra antes de que los planes fuesen más adelante, podría intervenir cerca de su familia para persuadir a sus amistades a que aceptasen futuras invitaciones.

Para Todd Sloan lo importante era evitar que Scales y sus partidarios

siguieran sembrando las semillas del odio entre los colonos y los medarianos. Y si bien ahora todo daba a entender que se había progresado algo en sus proyectos, aún quedaba mucho camino que recorrer.

—Neddie —le dijo Todd a su hijo—, ¿te ha dicho Joey algo sobre el campamento de verano?

Su hijo le contestó que sí, y que ahora volvían a ser tan amigos como antes. A Todd le dolía mucho tener que utilizar a su hijo como espía, pero ello era indispensable para sus planes, ya que de esta forma se enteraría de lo que pensaba hacer Scales: Joey Scales se lo contaba todo a su amigo Neddie.

Sin embargo, Todd tenía la impresión de que Joe Scales había aceptado enviar a su hijo Joey al campamento con el fin de molestar a los niños medarianos. De ocurrir esto, el resultado sería peor que los bellos planes de fraternización que se había forjado. También Todd estaba seguro de que el padre de Joey le había dado órdenes estrictas para que llevara secretamente su plan entre los niños medarianos del campamento y que no le dijera nada a Neddie de esto. Pero como Joey sólo tenía nueve años, un año más que Neddie, era imposible que le ocultara nada a su amigo.

Días después, Neddie le dijo a su padre que Joey se mostraba muy misterioso y que tenía la impresión de que le estaba ocultando algo que iba a suceder muy pronto. Todd no podía conseguir que su hijo llegara a enterarse de qué tramaba el padre de su amigo Joey, pero se le ocurrió la idea de que tal vez él mismo podría conseguirlo, y luego convencerlo de que su padre estaba equivocado y sacarlo de su error. Evidentemente, no tenía muchas esperanzas de conseguirlo, ya que, probablemente, la influencia del padre de Joey sobre su hijo era demasiado grande. No obstante, si pudiera sonsacarle algo a Joey...

No fue necesario.

Cierto día, Fun-Nee se acercó a Todd, y con los ojos brillantes como dos rubíes, le dijo:

—He recibido muy buenas noticias de mi familia. Mi hermana más pequeña ha empezado a *floreecer*; de modo que pronto estará lista y entonces las cuatro podremos casarnos con los cuatro maridos, tal como es nuestra costumbre en el clan.

—Sí que son muy buenas noticias, maravillosas diría yo —respondió Todd Sloan, afablemente.

Sin embargo, en su fuero interno, Todd se preguntaba qué quería dar a entender Fun-Nee con aquello de «florecer»; seguramente los medarianos eran mamíferos, como los colonialistas.

—De modo que ahora soy una mujer. Ahora puedo oír hablar de niños sin sentir vergüenza alguna. Por otro lado, ahora también puedo decir la verdad.

—Eso me parece maravilloso —respondió Todd Sloan—, pero no te comprendo. Quiero decir que siempre he supuesto que decías la verdad.

—¡Oh, no! —exclamó Fun-Nee, jubilosa—. Entre nosotros, los medarianos, cuando una es jovencita, debe ser cortés. Pero hace un rato he hablado-con-la-mente con mi familia y le he dicho a mis padres que usted quiere que nuestros jóvenes y los suyos vivan juntos este verano en un campamento, y ellos han dicho que sí, quizá, pero antes tiene que traer aquí al hombre y a su hijo y dejarme que hable con los dos para decirles la verdad. ¿Me lo permitirá usted?

—¿Te refieres a Joe Scales?

—Sí, a Scales. Tengo que hablar con él. Si me escachan y me hacen caso, entonces todo irá bien. En este caso, mi gente se alegrará y estará dispuesta a ayudar. Pero si no lo hacen, entonces nunca ayudarán.

»¿Cuándo piensa usted traérmelo aquí? También quiero que venga el hijo. Usted también estará presente, y su esposa Myrt. También quiero hablar con Neddie.

—Lo intentaré —respondió Todd, dudoso. Aquélla era una nueva Fun-Nee, no aquella chica tímida y bondadosa que él y su esposa Myrt habían cobijado en su hogar—. Pero supón que no quiera venir, ¿qué ocurrirá entonces?

—Entonces lo lamentará. Dígale esto también. Porque si no quiere hablar conmigo en privado, entonces hablaré yo con él en el gran mitin, y no creo que esto le agrade mucho. No hablemos más. Ya me avisará usted.

—¿Qué crees que debemos hacer? —le preguntó Todd a su esposa Myrt. Esta, una mujer práctica, le respondió:

—Estoy segura de que aunque sólo sea por curiosidad, vendrá. No creo

que sea capaz de hablar con Fun-Nee a solas, pero aquí, en nuestra casa sí, pues esperará encontrar algo para utilizarlo en contra nuestra.

—Me molesta mucho —gruñó Todd, furioso— dejar que él y su hijo entren en mi casa.

—Eso no tiene sentido, querido —respondió Myrt—, pues todos los días su hijo viene a casa a jugar con Neddie. De modo que si por una sola vez viene a casa con su padre para sostener una charla, creo que nada ocurrirá.

—Desde luego, tienes razón —respondió Todd Sloan—. Hay momentos en que me comporto como un niño. Bueno, ya veré lo que puedo hacer. Sin embargo, no sé por qué, tengo la impresión de que no querrá venir.

Pero Myrt era mejor psicóloga que su marido. Dos días después por la tarde, Joseph Scales y su hijo llegaron puntualmente a la casa de los Sloans, aunque en sus rostros se veía que desconfiaban de aquella extraña invitación.

Para suavizar la situación, Myrt había pensado darle a aquella visita el carácter de una reunión social entre buenos vecinos, en la que tomarían algunas bebidas, se charlaría amistosamente, etc. Todd, por su parte, había pensado comenzar la conversación al cabo de un rato, utilizando la diplomacia, es decir, después de hablar de mil cosas intrascendentes. Pero Fun-Nee se opuso a los dos esposos:

—Scales demostrará tener buena predisposición y buen sentido. Por lo tanto, ustedes se limitarán a estrecharle la mano y seré yo quien hable primero.

De modo que fue Fun-Nee quien les abrió la puerta apenas Joe y Joey se acercaron a la casa, y sin hacer ningún gesto de repugnancia cuando ella les sonrió con su boca desdentada, se dejaron conducir por Fun-Nee hasta la salita de estar donde los Sloans estaban esperando.

Todd y Myrt ya habían informado a su hijo Neddie de lo que iba a ocurrir aquella tarde, pero en cuanto a Joey, éste parecía asustado. Bueno, en verdad los dos estaban asustados y nerviosos. Joe Scales hizo una reverencia majestuosa a Myrt, y se limitó a saludar fríamente a Todd y a Fun-Nee.

Fun-Nee condujo al padre y al hijo a sus respectivos sillones. Luego se sentó frente a ellos y les miró fijamente con sus ojos rojos.

—Le he pedido a Todd Sloan que los traiga aquí —comenzó sin rodeos,

bruscamente—, porque pienso hablarles con toda claridad de un asunto muy importante.

Hizo una pausa y prosiguió:

Mi gente tiene un poder que ustedes no tienen: hablamos a través de la mente, no con voces como ustedes hacen. Lo que voy a decirles es lo que mi familia y mi gente me han encargado que les diga. Mi palabra es su palabra. De modo que, una vez que haya terminado de hablar, lo toman o lo dejan.

—Oye, Sloan —dijo Scales—, ¿qué significa todo esto? No estoy dispuesto a recibir órdenes de ninguna *goop*.

Scales comenzó a incorporarse.

—Siéntate, Joe —le dijo—. Fun-Nee me encargó que arreglara esta entrevista, tú aceptaste y aquí estás. No tengo la menor idea de lo que ella piensa decirnos. De modo que comportémonos como personas civilizadas y escuchémosla.

Scales volvió a sentarse a disgusto en la silla. Todd estaba convencido de que si el niño no hubiese estado presente, habría opuesto más resistencia, pero tenía miedo de quedar mal con su hijo. Aquel hijo sin madre era lo que más amaba en la vida, y por eso accedió.

—Ha hecho bien en sentarse —dijo Fun-Nee—. Y ahora escuche lo que voy a decirle.

»Los medarianos aman la paz, no les gusta luchar contra nadie y no odian a ninguna persona. Ustedes llegaron aquí procedentes de otro mundo, nos dijeron que no tenían espacio donde se hallaban anteriormente y que buscaban otro sitio donde residir. Nosotros teníamos tierras que no necesitábamos, les dimos la bienvenida y les ayudamos en todo lo que estaba a nuestro alcance. Nos alegramos de lo que hicimos, les consideramos buenas gentes, buenos vecinos, e incluso aceptamos darles la bienvenida a más gentes de su raza que quisieran venir a nuestras tierras. Pero nosotros no aceptamos a personas que odian, que ofenden, que despiertan malos sentimientos. Hace muchos años nosotros también teníamos esos defectos, pero al final llegamos a controlarlos y convertirnos en gente civilizada. Durante todos estos últimos años hemos sido pacientes, hemos estado esperando que su colonia desterrara para siempre la maldad de algunos

miembros que la integran. Para terminar: Todd, sabíamos que usted es amigo nuestro y esperábamos que actuara.

Todd Sloan enrojeció. Le resultaba muy violento y difícil explicar a una persona mediariana las necesidades políticas, el proceso de la democracia o de la diplomacia.

Mientras, Joe Scales se daba cuenta de que Todd Sloan no sería *capaz* de arriesgarse a hablar francamente para que no se malograra el programa que tenía entre manos.

—Pero como ustedes seguían comportándose como siempre —prosiguió Fun-Nee—, nosotros nos preguntamos qué sucedería si dejáramos las cosas tal como estaban. Mientras nos hallábamos ante esta disyuntiva, vino Todd, nos preguntó si alguien de nosotros quería visitar su colonia para que viera realmente cómo eran ustedes. Me escogieron a mí.

—Pues yo creí que habías venido por tu propia voluntad —exclamó Myrt, sorprendida.

Fun-Nee movió su cabeza sin cabellos.

—Ninguno de nosotros actúa por su cuenta. A mí me escogieron por dos razones: no servía para nada, no podía vivir una vida de ser humano hasta que la más joven de mis hermanas «floreciera». Según nuestras leyes, tenía que esperar este acontecimiento para que nos pudiéramos casar con cuatro hermanos. Ahora bien, en cierto sentido vine voluntariamente, y ésta es la segunda razón. Yo era la única de nuestro clan con un estómago lo suficientemente fuerte como para venir a vivir con ustedes.

—¿Cómo puedes decir eso, Fun-Nee? —exclamó Myrt—. Nunca pasó por mi mente..., nunca pude pensar... que ustedes pensarán como nosotros...

—¿Acaso no piensan ustedes lo mismo de nosotros? —respondió secamente Fun-Nee—. Vamos, Myrt, es una cosa natural. Cuando dos seres son diferentes, tan diferentes como para que esa diferencia nos haga sentirnos enfermos, no podemos controlar los sentimientos. Todos los miembros de mi pueblo conocen estos defectos de las personas y saben que ustedes se avergüenzan de nosotros y que se mofan de nuestras características anatómicas. Al decir «todos ustedes» no nos referimos a ustedes los Sloans, pues sabemos que son buena gente. No, Myrt, a ustedes no les podemos

censurar nada.

Fun-Nee hizo una pausa y luego prosiguió:

—Pero no podemos decir lo mismo del señor Joseph Scales y sus amigos. Este hombre sostiene que somos diferentes y ello me disgusta. Por eso le odio. Pero, ¿qué se ha pensado usted, señor Scales? ¿Qué se ha figurado? Si nosotros no le gustamos a usted, tampoco usted nos agrada a nosotros. ¿Acaso cree que a mi pueblo le agrada ese horrible color rosa de su piel, esos ojos de mirada muerta que tienen ustedes, ese enfermizo desarrollo de su cabeza y de su cuerpo, esa cantidad de huesos que sostienen su organismo?

Era obvio que aquellas palabras le habían sido dictadas de antemano a Fun-Nee por su padre para que se las dijera a Scales. Pero en aquel instante, Fun-Nee daba la impresión de que las decía como si fueran suyas propias.

Fun-Nee se detuvo para tomar aliento: aquel discurso había agotado todo el aire de sus pulmones. Joe Scales la contemplaba boquiabierto, sin saber qué decir. Por primera vez en su vida, Scales pensó que él podía resultar tan repulsivo a los medarianos como los medarianos a él. Mientras su mente estaba ocupada con este pensamiento, su hijo Joey permanecía a su lado con una expresión de asombro en su rostro y con la boca abierta. Por un instante, la criatura pensó que su saludable piel, sus ojos, cabellos y dientes no eran tan perfectos como él creía.

—Aparte de esto —continuó Fun-Nee—, usted le enseñó a su hijo una canción para mofarse de nuestra hermosa piel, tan brillante como el cielo, y de nuestros bellos ojos, tan rojos como el sol. Y su hijo le enseñó esa canción a Neddie, y éste la cantó en un lugar donde estaba seguro de que yo la oiría. Y no sigo hablando porque todavía no soy una mujer y no puedo pronunciar palabras descorteses.

Neddie estaba a punto de llorar.

—Lo siento mucho, Fun-Nee —susurró—. Pero puedes estar segura que después de aquel viaje que hice con papá cambié de opinión respecto a ti.

—Lo sé, Neddie —respondió Fun-Nee—. No te preocupes. No estoy enfadada contigo.

—Bueno, ¿qué quieren ustedes? —intervino Joe Scales—. ¿Qué nos quiere decir con todas estas palabras? ¿Adónde quiere ir a parar? No dudo

que ustedes están molestos con nosotros lo mismo que nosotros con ustedes. Pero puede estar segura que si me hubiera dado cuenta de todo lo que iba a ocurrir, me habría mostrado más cortés con usted, y lo mismo digo de mi hijo. Pero volviendo al tema, ¿qué pretende?

—Lo que pretendo, Joseph Scales —dijo Fun-Nee—, es que ustedes se enteren, de una vez por todas, de que ésta es nuestra tierra, que ustedes están aquí porque nosotros se lo hemos tolerado y que si continúan portándose mal, no respetando nuestros principios, entonces actuaremos. Esta es la última vez que les damos una oportunidad: o aprenden a comportarse como nosotros, o de lo contrario, nos veremos obligados a actuar.

—¿Actuar? —preguntó Scales, gruñendo—. ¿Qué pueden hacernos?

Fun-Nee sonrió, mostrando su boca desdentada.

—Una vez dije que podemos emplear nuestro poder contra todos ustedes. Pero hemos llegado a amar y respetar a nuestro amigo Todd Sloan y a su familia..., bueno, y a casi la mayoría de ustedes. Pero a usted, no. Con usted no tendremos ninguna clase de miramientos si continúa comportándose como hasta ahora.

La única palabra que había oído Scales era «poder».

—¿Qué poder? —preguntó Scales.

Fun-Nee movió su cabeza con tristeza. Luego, contestó:

—¿Nunca ha pensado usted *por qué* hemos habitado este planeta y les hemos permitido a ustedes que vivan en él al igual que haríamos con otros que llegasen en busca de cobijo? ¿Nunca se ha preguntado *por qué* sólo tenemos los hijos que queremos, a pesar de que los campos proporcionan todo el alimento necesario para alimentarlos?

—Sí —respondió Scales—; porque llevan un control de la población y porque han hecho prosperar la agricultura. Pero eso también lo hacemos nosotros.

—¿Está seguro de eso? —replicó Fun-Nee—. Entonces, ¿cómo han llegado a superpoblar su planeta y han tenido que venir al nuestro pidiéndonos tierras? Además, ¿son ustedes capaces de marchitar los campos fértiles e invertir el desarrollo de la vida? Nosotros podemos.

—Y nosotros también. Cualquiera puede hacerlo.

—Oh, sí, ustedes son capaces de destruir los campos y matar a los seres humanos. Pero nosotros podemos...

De repente, Fun-Nee cogió a Joey por los hombros y lo atrajo hacia ella. El niño la contempló, medio asustado, medio complacido de ser el centro de la atención de todos los presentes. Luego, Fun-Nee continuó hablando mientras apretaba contra su pecho al pequeño Joey.

—Hace unos cuantos días no hubiera podido hacer lo que voy a hacer ahora, ya que hubiera violado un gran tabú. Pero como usted quiere una prueba, yo se la voy a proporcionar, aunque le aseguro que cualquier medariano podría hacer lo mismo. Voy a hacer que su hijo se vea privado de mente, igual que un animal, durante todos los años que le quedan de vida. Me basta *pensar* en ello para conseguirlo.

Fun-Nee miró fijamente a los ojos a Joe Scales.

—¡No, Fun-Nee! ¡Fun-Nee, no puedes hacer eso! —gritaron al unísono Todd y Myrt.

Neddie echó a correr en dirección a su amigo, el cual se había quedado inmobilizado debido al *shock*. Joe se lanzó contra la muchacha, dominado por una mezcla de terror, de frustración y de rabia. Pero al llegar a seis pulgadas de Fun-Nee, quedó frenado como si existiera, una barrera entre ambos. Fun-Nee sonrió y soltó al niño.

—Yo no soy capaz de hacerle daño a un niño, Joseph Scales —le dijo ella, calmamente—. Pero ahora dígame una cosa: ¿cree que puedo hacerlo?

Pálido y excitado, Scales se encogió de hombros.

—Me imagino que puede hacerlo —dijo el padre de Joey—. ¿Qué es lo que quiere?

En lugar de responderle, Fun-Nee se volvió hacia el matrimonio Sloan.

—Lo siento mucho —dijo ella—. A mi pueblo no le agrada hacer una exhibición de su poder. Pero mis gentes me ordenaron que les dijera la verdad, que les diera una última oportunidad a este hombre y a los que piensan como él: o se deciden a vivir en buena armonía con nosotros o nos veremos obligados a pedirles que abandonen nuestro planeta. También me ordenaron que quemara los campos y matara a las familias de todos aquellos que llegaran a nuestro planeta como enemigos.

Se produjo un silencio impresionante. Todd se puso a recordar aquellos primeros días en la Tierra, cuando se descubrió Medaria, cuando sus civilizados habitantes, parecidos a los seres humanos, le hicieron su increíble y generosa oferta. Recordó que habían firmado un contrato en el que se sostenía que aquel planeta no podía ser conquistado, sino simplemente aprovechar sus recursos. Los medarianos, incapaces de amenazar a nadie, habían ocultado su arma secreta. Pero, a pesar de ello, los jefes de la Tierra habían intentado apoderarse de aquel planeta y descubrir los misterios que ocultaba. Para ello habían enviado un grupo de terráqueos al mismo, con el fin de averiguarlo todo. En el planeta de los medarianos habían montado una colonia experimental, representada por Joseph Scales y los demás miembros del grupo (poco numerosos, pero muy alborotadores). Pero por muy indeseable que fuese Scales, se trataba de un hombre inteligente, juicioso y capaz de cambiar de ideología.

Durante unos instantes, Todd Sloan esperó ansiosamente, mientras su corazón le latía alocadamente en el pecho. Si todo lo que aquel hombre quería era prestigio y reconocimiento, él estaba dispuesto a conceder cualquier cosa con tal de que cooperase en su programa pacífico, que no era otro que el que aceptaban los medarianos.

Todo el mundo seguía en silencio.

A pesar de que Fun-Nee hacía mucho tiempo que había dejado en libertad a Joey, éste permanecía junto a su padre, mirando como si estuviera hipnotizado. Entonces, de repente, se puso a hablar.

Y lo que dijo, con el tono propio de un niño que al fin llega a comprender una cosa fue lo siguiente:

—¡Funny, creo que eres preciosa!

Todd no se pudo dominar y se echó a reír.

Luego se echó a reír Myrt.

Y finalmente, Neddie y Joey rieron al unísono.

Entonces, Fun-Nee...

Y por primera vez en Medaria, la atmósfera resonó con un ruido extraño: las risotadas y el alborozo de Joseph Scales.

Nadie sabía por qué estaba riéndose, pero no podían evitarlo. Aquello era

una erupción volcánica, un terremoto planetario, una gigantesca ola de marea alta, algo que arrollaba a todos los allí presentes impidiéndoles dejar de reírse, hizo desaparecer la tensión, el miedo, los prejuicios y el odio que hasta entonces había reinado entre los colonos del grupo de Scales y la gente de Medaria. Se rieron unos de otros y de sí mismos, como sólo pueden hacerlo los seres humanos buenos y sin rencor.

Finalmente, Fun-Nee empezó a limpiarse sus ojos de rubí (y por primera vez, Todd se dio cuenta que sus lágrimas eran de color azul), y dijo:

—¡Y yo también creo que tú eres muy guapo, Joey! Eres un chico guapo para tu pueblo y un chico guapo para el mío. Todo el mundo es hermoso para alguien.

Aquellas palabras les tranquilizaron.

Regresaron a sus respectivas casas, pero esta vez ya no eran las mismas gentes: habían llevado a cabo una experiencia más allá de la voluntad o la razón.

—Debemos comenzar lo antes posible todos nuestros planes para las festividades del próximo verano —dijo Todd—. Como ahora Fun-Nee tiene que regresar a casa para preparar su futura boda —la muchacha medariana enrojeció al oír aquellas palabras, y luego la piel de su rostro se tornó violeta—, tengo que disponerlo todo para llevarla yo mismo junto a su familia. Una vez allí; les preguntaré a sus gentes si desean unirse a nosotros en el campamento y en otros asuntos.

—Oh, sí que querrán, me lo acaban de decir ahora mismo... —dijo Fun-Nee con énfasis—. Y en cuanto a ese campamento... también nosotros haremos igual que ustedes, es decir, convertir a nuestros chicos en «auxiliares del Consejo», y todos ellos trabajarán juntos con los suyos.

—Estupendo. Me imagino que ya podemos contar con dos de ellos.

—¡Nosotros! —exclamó Neddie—. Joey y yo.

—Siempre que tu padre no se oponga, Joey.

—No, yo no me opongo; esto tiene que ser así —dijo Scales.

—Entonces podemos dar por arreglado todo el asunto, y tan pronto como regrese de nuevo aquí, formaremos un comité para que se encargue de los últimos preparativos. (Y si la suerte está de nuestro lado, y el verano resulta

bueno para todos, y si Scales mantiene su palabra y sujeta las riendas a sus fogosos partidarios, todo ello puede ser el principio de algo permanente entre dos especies que habitan un mismo mundo.) Pero si las cosas no ocurren como debieran, entonces...

—¡Alto! —exclamó Fun-Nee, interrumpiéndole—. Joey, Neddie, cantad esa canción que tanto os gusta...

Neddie quedó perplejo, mientras que Joey se ruborizó.

—Bueno —continuó Fun-Nee—, ahora todos podemos cantar esa canción, ya que Fun-Nee os quiere a todos, y contenta regresa a su casa, aunque apenada por tener que separarse de todos ustedes. Vamos, ¿qué esperan? ¡Cantemos todos!

Y conducidos por Fun-Nee, Neddie, Joey, Todd, Myrt y Scales sellaron el nuevo pacto para el futuro, con una nueva versión que podía considerarse compuesta precisamente para aquella ocasión:

*Oh, todo el mundo aquí quiere a Fun-Nee,
F-U-N N-E-E
Todos quieren a Fun-Nee
y a sus tres hermanas-co-esposas.
La piel puede ser azul o puede ser rosa,
pero los corazones siempre son los mismos.
¡Tanto ella como nosotros,
somos ramas de nuestro mismo árbol galáctico!*

SANTA CLAUS CONTRA SPIDER

Harlan Ellison

Una de las más divertidas vertientes de la SF es la parodia, facilitada por la utilización de elementos más o menos fantásticos. Harlan Ellison, el «niño terrible» de la SF estadounidense, lleva a cabo, en este desenfadado relato, una abierta sátira de las historias de agentes secretos... y de más cosas.

Era un día de mediados de setiembre cuando el teléfono rojo sonó. Kris, que se hallaba bien arropado bajo la caliente manta de su cama, se despertó y se frotó los ojos. El teléfono volvió a sonar otra vez. Trató de ver qué hora era en la esfera luminosa de su reloj de pulsera pero no pudo. El teléfono volvió a sonar por tercera vez.

—¿Qué ocurre, cariño? —murmuró una mujer de cabellos rubios que se hallaba acostada con él.

—No ocurre nada, nena. Vuélvete a dormir.

La mujer volvió a envolverse en la manta mientras Kris cogía el receptor del teléfono al sonar éste por cuarta vez.

—¿Qué ocurre? —dijo con voz pastosa.

—El rey de Canaan necesita tus servicios —dijo una voz al otro lado del hilo telefónico.

—Espera un momento, te hablaré desde el teléfono de mi despacho —le respondió Kris, incorporándose y pulsando el botón de la extensión.

Acto seguido se levantó de la cama, colgó el auricular y, desnudo, atravesó el inmenso dormitorio sumido en la oscuridad. A tientas, tocando las paredes con las manos, pudo orientarse por el pasillo y llegar hasta su despacho.

Una vez allí, descolgó el auricular del teléfono y dijo:

—El rey tiene miedo del diablo, y el diablo tiene miedo de la cruz.

Estas palabras constituían la contraseña.

—Kris —dijo la voz al otro extremo del hilo—, se trata de SPIDER.

—¡No es posible! ¿Dónde se encuentra?

—En Estados Unidos. En Alabama, California, Washington, Texas...

—¿Hablas en serio?

—Lo suficientemente en serio como para despertarte a estas horas de la noche, ¿no te parece?

—Tienes razón, perdóname. Es que aún estoy medio dormido. ¿Qué hora es?

—*Setiembre y medio.*

—¿No hay otro que se pueda encargar de este asunto? —preguntó Kris, mientras se pasaba la mano por los cabellos.

—Belly Button se estaba encargando del mismo.

—¿Entonces...?

—Lo hemos encontrado flotando en el mar a la altura de la costa de Galveston. Seguramente ha estado allí casi una semana. Se ve que le pusieron una carga de plástico atada a los muslos...

—Bueno, bueno, no me describas este cuadro tan horripilante. Bastante tengo con haber sido despertado a tan altas horas de la noche cuando mejor me encontraba en la cama. ¿Existe algún *dossier*?

—Te está esperando en Hilltop.

—Estaré allí dentro de seis horas.

Kris colgó el auricular, pulsó un botón y escondió el teléfono rojo en un lugar secreto disimulado en la pared de su despacho. Este se hallaba iluminado por una débil luz procedente de una lámpara fluorescente situada en una mesa donde había una figurilla. Las duras y apagadas líneas del rostro de dicha figurilla daban a entender que se trataba de la obra de un Giacometti. Sus ojos eran de un color azul metálico, apenas perceptibles, y su boca, de expresión cruel, parecía haber sido esculpida mediante una incisión recta hecha con un buril.

Kris se acercó a su mesa de despacho, abrió un cajón y pulsó tres veces un botón oculto en el fondo del mismo. Abajo, en el laberinto, PoPo se hallaba sumergido dentro de su cápsula, y, al oír la señal, llenaría la cámara con agua.

—Paz en la Tierra —murmuró Kris, y acto seguido regresó al dormitorio.

PoPo esperaba en la gruta, junto a los tanques de aire. Kris le hizo una señal y se volvió de espaldas. PoPo le ayudó a ponerse el traje subacuático, y cuando Kris ajustó el tubo a su boca, PoPo equilibró la mezcla de oxígeno.

—¿Kibel, kibel? —le preguntó PoPo.

—Sí, sí —respondió Kris, deseoso de ponerse en marcha.

—Dil-dil, nit pimi —dijo PoPo.

—Sí, gracias, lo necesitare —respondió Kris, dirigiéndose rápidamente a la cámara de salida, que había sido llenada y vaciada. Luego hizo girar una rueda y la puerta de la cámara quedó abierta. Las frías aguas del Ártico inundaron el suelo de basalto del compartimiento.

—Procura que la planta siga funcionando —dijo Kris, volviéndose—. Y trata de solucionar con la ayuda de CorLo el problema ese de Tier 9. Estaré de regreso para las vacaciones si todo marcha bien.

—Wibel zexfunt —dijo PoPo.

—Sí, para ti tampoco habrá una guerra de juguetes.

Kris cerró la puerta de entrada de la cámara e hizo una señal a PoPo para que la llenara.

El agua era negra y de una temperatura muy próxima a cero grados. La luz existente en el pequeño submarino era la única comodidad de que disponía Kris. Este aceleró la marcha y al cabo de unos instantes se encontraba en camino. Una vez que hubo atravesado el campo de hielo flotante, salió a la superficie, y, una vez allí, aumentó la velocidad del pequeño submarino.

Trescientas millas detrás de él, en algún lugar bajo el océano Ártico, PoPo despertaba a CorLo en ese instante.

Hilltop se hallaba en el interior de una montaña de Colorado. La cima de esta montaña tenía una abertura para que pudiera penetrar el VTOL de Kris. El VTOL era un dispositivo especial del pequeño submarino que te permitía elevarse por el aire cuando las circunstancias lo requerían.

El Capataz lo estaba esperando con el *dossier* en la mano. Kris lo repasó rápidamente, reteniendo en su memoria todo lo que en él estaba escrito.

—De nuevo SPIDER —dijo suavemente.

Luego, dirigiéndose al Capataz, le preguntó:

—¿No cree usted que las iniciales de esta palabra corresponden a:

Sociedad para la
Polución,
Infección y
Destrucción de la
Ecología y los
Recursos humanos?

El Capataz movió la cabeza.

—¿Y qué es lo que se proponen esta vez? —preguntó Kris—. Pensé que lo habíamos puesto fuera de combate después de aquel jaleo en el Valle de los Vientos.

El Capataz se recostó en su sillón de plástico. Los polifacéticos globos luminosos existentes alrededor de la habitación arrancaban destellos del sillón para luego reflejarlos en las paredes.

—Lo que sabemos está escrito en ese *dossier*. Se han apoderado de las mentes de esos seis. En cuanto a lo que intentan hacer con ellos, como muñecos, no tenemos la menor idea.

Kris volvió a leer la lista, donde aparecían los nombres de Reagan, Johnson, Nixon, Humphrey, Daley y Wallace.

—Por regla general, podemos protegerles, evitar que les hagan daño..., pero desde que SPIDER ha intervenido en este asunto, todos están frenéticos.

—Ni siquiera me he enterado de esto.

—¡Cómo demonios te ibas a enterar si te pasas la vida fabricando muñecos y figuritas!

—Pues es el mejor trabajo que he hecho en toda mi vida.

—Bueno, no te hagas el ignorante por no leer nunca los periódicos. Pero te doy mi palabra de que éstos son los nombres para esta temporada.

—A propósito —dijo Kris—, ¿qué le ocurrió a ese... cómo se llama... Willkie?

—No dio ningún resultado.

—Estoy pensando en el significado de las iniciales de la palabra SPIDER —insistió de nuevo Kris—. A lo mejor significan lo siguiente:

Sociedad
Para
Intentar
Definitiva
Eliminación
Razas humanas.

El Capataz volvió a mover la cabeza, esta vez un poco molesto.

Kris se levantó y le dijo al Capataz:

—Después de haber examinado este *dossier* sugiero que lo mejor es que comencemos con este Daley, en Chicago.

—Eso fue también lo que dijo Compgod —asintió el Capataz—. Creo que será mejor que te quedes un momento y veas al Armero antes de marcharte. Te tiene reservadas varias sorpresas.

—¿Es que voy a tener que usar de nuevo esa extraña vestimenta de color rojo?

—De momento, probablemente sólo para que te acostumbres a ella. Pero aún es pronto para utilizar la vestimenta roja.

—¿Qué hora es?

—*Setiembre y medio.*

Cuando Kris salió del subterráneo, la señorita Siete-Diecisiete puso ojos de asombro al contemplarlo. Luego Kris se dirigió hacia ella caminando con paso atlético y con esa agilidad que sólo proporciona un cuerpo dotado de músculos bien entrenados. En esto se distinguía Kris del resto de los demás agentes, pues la mayoría de ellos no eran más que meros oficinistas. La señorita Siete-Diecisiete se preguntó de dónde le había venido la idea de que los espías debían ser unos verdaderos adonis. Probablemente por haber leído

un gran número de novelas de espionaje. Gracias a éstas se había enterado de que pinchando el nervio trigémino se provocaba un fuerte dolor, y que golpeando con las palmas de las manos ambos oídos se podía derribar a tierra, inconsciente, al más poderoso enemigo. Tácticas que daban un resultado idéntico al que se habría conseguido utilizando una piedra, como, por ejemplo, una estatua de Rodin. Pero Kris...

Se acercó a su mesa y permaneció delante de ella silencioso hasta que la señorita Siete-Diecisiete levantó los ojos.

—Hola, Chan —le dijo.

Era muy doloroso para ella volver a encontrarse con Kris. Aún no se había borrado de su mente aquella noche en las Bahamas, bajó la cálida luz de la luna, mientras la brisa nocturna susurraba en sus oídos como una celestial música de fondo a su insensata pasión. Luego el adiós. Después la larga espera. Y finalmente un informe comunicando que Kris había muerto en el Tíbet. Sí, no lo había podido olvidar a pesar del tiempo, transcurrido. Y ahora, he aquí que estaba delante de ella... en ese preciso momento... a su lado. También recordó aquella cicatriz que le cruzaba el pecho, ahora cubierta por la camisa. Aquella cicatriz que le dejara la herida provocada por el sable de Tibor Kaszlov... Sí, conocía palmo a palmo todo el cuerpo de Kris... Estaba tan absorta en aquellos recuerdos que parecía que se le había hecho un nudo en la garganta y no podía hablar.

—Vamos, tonta, responde —insistió Kris.

Este comprendía su actitud.

—Kris está aquí, señor —informó ella por el teléfono interior, y al instante una luz roja se encendió en su cuadro de mandos.

—El Armero desea verte inmediatamente —le dijo ella, sin levantar los ojos.

Kris se dirigió hacia una pared de piedra, como si intentara atravesarla, y, cuando estaba a unos escasos centímetros de ella, ésta se deslizó automáticamente, permitiéndole el paso al taller del Armero. La pared volvió a cerrarse, y entonces Siete-diecisiete se dio cuenta de repente de que durante aquella larga espera (así, al menos, se lo pareció a ella) había tenido las manos tan fuertemente apretadas que se había clavado las uñas en las palmas,

haciéndolas sangrar.

El Armero era un hombre delgado y rudo, muy aficionado a coleccionar pipas y trajes. Sus chaquetas eran hechas especialmente para él en Saville Row, y estaban provistas de muchos bolsillos con el fin de poder llevar en ellos una infinidad de herramientas que necesitaba constantemente para construir sus pipas.

—Me alegro mucho de verle, Kris —le dijo al agente mientras le estrechaba la mano—. Buen traje este que lleva. ¿Es de hilo?

—No, es de fibra sintética —respondió Kris, girando lentamente para que el Armero pudiera apreciar su chaqueta de estilo eduardiano—. Me la hizo mi sastre de Hong Kong. ¿Le gusta?

—Sí, es muy elegante —dijo el Armero—. Pero no estamos aquí para discutir la elegancia de nuestras respectivas, indumentarias, ¿no le parece?

Ambos rieron durante unos segundos.

—Acérquese, por favor —le dijo el Armero, dirigiéndose hacia un bastidor donde estaban colgados varios trajes—. Creo que alguno de estos trajes le agradará.

—Creí que esta vez no tenía que utilizar el traje rojo —respondió Kris, al verlo colgado en el bastidor.

—¿Quién le ha dicho eso? —dijo el Armero, asombrado.

—El Capataz —respondió lacónicamente Kris.

—Ya veo que este hombre se olvida de cuál es su deber, yéndose de la lengua en lo que no le concierne.

Kris se dio cuenta de que el Armero estaba molesto, pero no hizo caso y se limitó a preguntarle:

—Enséñeme qué tiene ahí.

El Armero sacó de un cajón un aparato en forma de linterna (parecido a una pluma estilográfica). En el extremo superior disponía de un ganchito para sujetarlo al bolsillo de una camisa o una chaqueta.

—Estoy muy orgulloso de mi invento —dijo el Armero, mientras encendía su pipa.

Kris cogió aquel extraño aparato y lo examinó. Luego, volviéndose, comentó:

—Es excelente. Muy compacto.

El Armero daba la impresión de un hombre que ha comprado un coche nuevo y está esperando que su vecino le pregunte cuánto le ha costado.

—¿Por qué no me pregunta para qué sirve?

—¿Para qué sirve?

—Este aparato extiende oscuridad en un radio de acción de unos tres kilómetros.

—¡Fantástico!

—No es para tanto, pero me siento muy orgulloso de él. Basta girar a la derecha el gancho para que...

El Armero se interrumpió y sujetó la mano de Kris al ver que éste se disponía a efectuar aquel movimiento.

—No, no lo haga. ¿No comprende que dejaría a oscuras todo Hilltop? Este aparato se debe utilizar cuando uno se encuentra en un apuro y necesita que todo quede a oscuras para poder huir.

—Bueno, ¿y qué tiene de particular ese traje que veo ahí? —le preguntó Kris.

—Pues verá usted —respondió el Armero—. Hasta el día de hoy se han inventado muchos artefactos, tales como los cohetes, los fusiles del calibre 30, el napalm, los gases venenosos, el lanzallamas, los explosivos de plástico, el bolo, las bolas, el *boomerang*, el machete, la máscara antigás, los polvos para ahuyentar a los tiburones y microfilmes que pueden encerrar el contenido de cien voluminosos libros. Pero esta vez hemos conseguido descubrir algo verdaderamente asombroso en este laboratorio.

Kris parecía no hacer caso de las palabras del Armero, limitándose a decir, mientras tocaba de nuevo aquel extraño traje, que le parecía pesado.

—Sí, es posible que sea pesado —respondió el Armero—, pero esta vez hemos conseguido algo realmente sorprendente.

—Ya veo que aquí se trabaja de firme.

—Gracias, Kris.

—Se lo digo sinceramente.

—Sí, me consta. Pues, como iba diciendo, esta vez hemos conseguido que el traje quede completamente *automatizado*. Cuando se aprieta este tercer

botón de la chaqueta, el traje se llena de aire, y entonces es apto para volar a una relativa altura.

—Pues si alguna vez me caigo me encontraré como una tortuga boca arriba.

—Es muy inteligente, Kris, pero si se fija bien verá que el traje dispone de unos giroscopios, lo que permite permanecer a cierto nivel de altura. O dicho de otro modo, nunca puede caerse teniendo puesto este traje.

—Sí, soy muy listo, gracias. ¿Qué cosa más me tiene reservada? ¿Otro extraño aparato?

—Sí, hay otra cosa más —dijo el Armero mientras se dirigía al cuadro de mandos y presionaba un botón del mismo.

Inmediatamente, la pared comenzó a deslizarse, dejando ver un túnel. Al fondo de éste se hallaban unas figuras que representaban las dianas de tiro al blanco. El Armero le puso una extraña pistola en la mano y le ordenó que disparara contra aquellas figuras.

—¿Qué le pasó a mi «Wembley»? —preguntó Kris.

—Era un arma muy pesada, no muy segura. En cambio, esta pistola que ahora tiene en la mano es una «Lassiter-Krupp», capaz de disparar rayos láser. ¡Algo sensacional!

Kris cogió la pistola, la apoyó en su brazo izquierdo, apuntó contra aquellas figuras y apretó el gatillo. Un rayo de luz y un agudo silbido brotaron del cañón de la pistola. Instantáneamente, todas las figuras existentes en el fondo de aquel túnel secreto desaparecieron como si se hubieran derretido. Al mismo tiempo, trozos de roca de las paredes salieron disparados en todos los sentidos mientras se oía un ruido estremecedor.

—¡Santo Dios! —exclamó Kris, volviéndose hacia el Armero—. ¿Cómo no me previno de antemano? Por otro lado, considero que se trata de un arma sin valor, pues su utilización haría correr mucho riesgo al que la usara. En todas mis operaciones necesito pasar inadvertido, y ¿cómo voy a conseguirlo con un arma como ésta? Este artefacto sería apropiado para hacer volar el peñón de Gibraltar, pero sería ridículo pensar que podría utilizarse para un combate cuerpo a cuerpo. Tenga, aquí tiene su arma —añadió Kris, tendiéndosela al Armero.

—Es usted un ingrato.

—Vamos, devuélvame mi «Wembley» —respondió Kris—. Es usted un lunático.

—Ahí la tiene, está junto a la pared. Ya veo que no sabe comprender ni valorar el progreso. Es usted un esclavo del inmovilismo técnico.

—Envíeme el traje a la ciudad de Montgomery, en Alabama —respondió Kris, cogiendo la «Wembley» y dirigiéndose hacia la puerta.

—Puede que lo haga y puede que no.

—Escuche, genio —dijo Kris, deteniéndose en el umbral de la puerta—, no puedo perder el tiempo quedándome aquí y discutiendo con usted sobre armas de fuego. ¡Tengo que salvar el mundo!

—¡Melodrama! ¡Es usted un ignorante y un reaccionario!

—Y usted un chiflado. Odio todas las armas estruendosas, y por eso... odio esa pistola que es capaz de despertar con su tremendo ruido a medio mundo.

Kris se dirigió hacia la pared, la cual volvió a deslizarse, dejándole paso, al acercarse a ella. Antes de que el muro volviera a su posición primitiva, el Armero tiró su pipa al suelo, la pisoteó y exclamó: «Y yo odio esa chaqueta tan ridícula que lleva puesta.»

Desde Shore Drive, Chicago daba la impresión de una inmensa hoguera hecha con basuras. En South Side había de nuevo una huelga. En dirección a Evanston y Skokie podía observarse unas gigantescas espirales de humo negro que se elevaban hacia el cielo. En Evanston, los miembros del DAR se dedicaban a incendiar y exterminar todo lo que tenían a mano, y en Skokie, los activistas del DAR se habían unido a las mujeres del WCTU y habían incendiado las oficinas de una empresa que editaba una revista pornográfica. Parecía que todo el mundo se había vuelto loco.

Kris condujo el «Maserati» que acababa de alquilar por la calle Ohio, deteniéndose finalmente ante la puerta de un motel. Se bajó del automóvil y penetró en el motel por la puerta de servicio. Subió por las escaleras hasta llegar al primer piso, se detuvo ante una blanca pared existente al fondo del

pasillo y, utilizando su señalizador sónico, hizo que la pared girase dejando al descubierto una entrada secreta. Rápidamente entró en una habitación, tiró encima de la cama la caja que llevaba y acto seguido se instaló ante un aparato de televisión de circuito cerrado. Puso en funcionamiento el sistema y segundos después se vio gratamente sorprendido al ver en la pantalla que su «contacto» en Chicago, Frieda, llevaba de nuevo sus largos cabellos sueltos.

—Hola, Diez-Diecinueve —dijo Kris.

—Hola, Kris. Bien venido a Windy City.

—Ya veo que habéis tenido muchos problemas.

—Sí, así es. ¿Cuándo quieres comenzar a entrar en acción? Conseguí ponerme en contacto con Daley.

—Magnífico. ¿Cuándo podré verlo?

—Esta noche.

—Demasiado pronto. ¿Qué estás haciendo en este momento?

—Nada de importancia.

—¿Dónde te encuentras?

—Abajo, en el salón.

—Sube.

—¿Por la *tarde*?

—Una mente sana en un cuerpo sano.

—De acuerdo, te veré dentro de diez minutos.

—No te olvides de llevar el *Réplique*.

Vestido completamente de negro, con la «Wembley» oculta en la sobaquera, Kris atravesó el espacio existente entre la zona electrificada y la oscuridad, arrastrándose por el suelo como un cangrejo, hasta llegar á la central.

Dentro de aquel edificio, según le había comunicado el equipo de Diez-Diecinueve, estaba Daley. Se hallaba allí desde hacía casi dos días; incluso durante las huelgas.

Kris le había preguntado a Frieda qué hacía Daley allí en la central. Pero Frieda no había sabido responderle. Aquel misterioso edificio era

impenetrable. Pero, fuera lo que fuese, la realidad era que se trataba de algo relacionado con SPIDER.

Kris se acercó cautelosamente a la base de la central. Levantó la vista y observó por un momento sus negras ventanas. Estas se encontraban a unos centímetros por encima de su cabeza. Kris respiró profundamente, sacó su automática de la sobaquera y se acercó a una de aquellas ventanas. De nuevo volvió a respirar profundamente y, haciendo un esfuerzo supremo, dio un salto y penetró en el edificio, lanzándose contra los cristales de la ventana. Una vez dentro, se agachó y sostuvo firmemente la «Wembley» en la mano.

De repente, se encendieron todas las luces de la central. En un instante, Kris se dio cuenta de todo lo que allí había.

Daley se hallaba subido sobre un intrincado mecanismo de relojería, al fondo de la habitación, como si estuviera sentado en un podio. Junto a Daley, tres hombres, envueltos en una vestimenta de color verde pálido, le observaban a través de unos extraños anteojos. Un cuarto hombre tenía todavía apoyada la mano sobre el conmutador que había hecho encender todas las luces interiores. Pero también había muchos más.

Kris observó que de aquel extraño aparato de relojería partían unas conexiones que se extendían por el suelo hasta llegar a unos ganchos en las paredes. Asimismo observó un inmenso sistema de ventilación en una de las paredes.

—¡Deténganlo! —gritó Daley.

Kris vio como los tres hombres vestidos de verde se dirigían hacia él. No podía perder tiempo, pero durante una milésima de segundo aún pudo echarle una ojeada a Daley. Se trataba de un viejo de aspecto diabólico. Aquellos rasgos faciales que en cualquier otro anciano habrían tenido un aspecto afable, en el rostro de Daley se habían convertido en una indescriptible fealdad. Aquel hombre era el diablo encarnado. Totalmente poseído, sin duda alguna, por SPIDER.

Los tres hombres vestidos de verde se dirigieron hacia Kris. Eran unos individuos de elevada estatura, musculosos y con una expresión malvada en sus rostros. Kris no lo pensó un momento y disparó. Al primero lo alcanzó en el vientre, e inmediatamente cayó hacia atrás, tropezando con uno de sus

compañeros al que hizo rodar por el suelo antes de morir. Kris siguió disparando hasta alcanzar el rostro del tercer hombre. Este se contorsionó como una muñeca rota, cayendo de rodillas para acabar tendido en el suelo, muerto.

Al cuarto hombre vestido de verde no pareció afectarle en nada la muerte de sus compañeros y se dirigió hacia Kris con las manos extendidas hacia delante, como si tratara de causarle la muerte con alguna llave de karate. Kris no lo pensó un segundo y disparó contra él, matándolo. Luego se volvió hacia Daley. En ese momento, éste empuñaba un arma parecida a una lanza, que envió con todas sus fuerzas en dirección a Kris. Este se echó a un lado y pudo esquivarla. Acto seguido se echó a rodar por el suelo hasta llegar al lugar donde se encontraba el sistema de ventilación. Luego se puso de pie y, empuñando su automática, le gritó a Daley:

—¡No me obligue a matarle!

Pero Daley, en lugar de obedecerle, intentó de nuevo lanzarle aquel arma mortífera. Rápidamente, Kris disparó, logrando desviar el arma y haciendo caer a Daley del podio.

Se abalanzó sobre éste y, antes de que Daley pudiera recuperarse del golpe de la caída, Kris ya estaba encima de él aplicándole dos dedos en un punto de la zona clavicular. Aquello habría paralizado todo el cuerpo de Daley si éste no se hubiera quedado inmóvil. Entonces, Kris lo levantó del suelo y lo arrojó al pie del mecanismo de relojería.

Este consistía en una maquinaria muy compleja, llena de cronógrafos y aparatos medidores y a cuyo pie había una especie de tanque de donde emergía un humo negro. Kris estaba absorto tratando de adivinar en qué consistía aquel artefacto y para qué serviría, cuando oyó una especie de murmullo a sus pies. Miró rápidamente y entonces observó algo verdaderamente repugnante: del oído derecho de Daley salía *algo* que se deslizaba por el suelo, explotando finalmente y convirtiéndose en un polvillo negro de inmundicia. Kris apartó la vista, y cuando volvió a mirar de nuevo, sólo pudo observar un montón de polvo humeante, igual que si alguien hubiera encendido una mezcla de magnesio pulverizado y nitrato de potasa.

Daley estaba tendido en el suelo. Su espalda estaba apoyada contra el frío

pavimento. Luego hizo un esfuerzo y trató de incorporarse. Kris se arrodilló junto a él y trató de ayudarlo para que se sentara.

—Oh, Dios mío, Dios mío —murmuró Daley, mientras movía la cabeza como si tratara de despejar las ideas de su mente. El aspecto diabólico había desaparecido de su rostro. Ahora sólo parecía un pobre y bondadoso anciano que hubiera estado enfermo durante mucho tiempo.

—Gracias, sea usted quien sea. Gracias.

Kris ayudó a Daley a ponerse de pie y lo apoyó contra el mecanismo de relojería.

—Se apoderaron de mí hace... muchos años —dijo Daley.

—Se refiere a SPIDER, ¿no es así?

—Sí. Se metió dentro de mi cabeza, dentro de mi mente. El demonio. El verdadero demonio. Oh, Dios mío, era espantoso. Me convirtió en un malvado. He hecho cosas realmente horribles. Me siento tan avergonzado de ellas... Oh, Dios mío, tengo tantos pecados que expiar.

—Usted, no, su señoría —le dijo Kris—, sino SPIDER. *Ellos* serán los que expíen todo lo que han hecho.

—¡No, no, no... yo! Yo hice todas esas cosas tan horribles y ahora debo expiarlas. Sí, tengo que reparar todo el daño que he hecho. Pienso destruir todas esas chabolas en que vive tanta pobre gente en South Side. Contrataré a los mejores arquitectos para que construyan casas decentes para esos desgraciados negros a los que utilicé vergonzosamente para mis fines políticos. Pienso barrer todos esos lugares donde la gente vive ignominiosamente, llegando a perder la dignidad y convertirlo todo en una comunidad de seres felices, alegres y honestos. ¡Y libertaré a los Polacks! Y haré que no se vuelvan a utilizar todos esos chanchullos políticos que yo empleé, otorgando contratos de construcción a urbanistas indeseables y sin escrúpulos... Derribaré todos esos horribles edificios y haré construir otros dignos de ser habitados por seres humanos, no por animales. Desarticularé esa *gestapo* que he estado utilizando durante todos estos últimos años y contrataré solamente a aquellos ciudadanos que puedan ser un día unos probos y humanitarios policías. Limpiaré toda la ciudad de inmundicia hasta que se convierta en un auténtico jardín. Y cuando haya hecho todo esto, me

entregaré a la justicia. Espero que no me condenen a más de cincuenta años de prisión, pues ya no soy joven.

—No se torture la mente, su señoría —le dijo Kris.

Luego, indicando en dirección a la maquinaria de relojería le preguntó:

—¿Para qué sirve este artefacto?

—Tendremos que destruirlo —dijo Daley, contemplando la extraña maquinaria—. Este era el trabajo que tenía que hacer yo para llevar a cabo el programa de seis puntos de SPIDER. Este programa fue elaborado hace veinticuatro años para... para...

Daley se interrumpió de repente, confuso, perplejo, y se mordió el labio inferior.

—Prosiga —insistió Kris—. ¿Para hacer qué? ¿Cuál era el plan de SPIDER? ¿Qué se proponían?

—No lo sé —dijo Daley, retorciéndose las manos.

—Entonces dígame..., ¿quiénes son ellos? Hemos estado luchando durante años contra ellos, pero en este momento no tenemos la menor idea de quiénes son, igual que cuando comenzamos a combatirles. Siempre se autodestruyen igual que ése —añadió Kris, indicando en dirección a la mancha repugnante en el podio—, y nunca hemos sido capaces de capturar uno solo de ellos. En realidad, usted es el único prisionero de ellos que hemos conseguido vivo.

Daley asintió con la cabeza y dijo:

—Todo lo que recuerdo es que son de otro planeta.

—¡Extraterrestres! —exclamó Kris—. Un programa de seis puntos. Es decir, los otros cinco nombres que estaban en el *dossier* y el suyo. Y cada uno de ustedes tenía que desempeñar una labor que aún ignoramos, que no comprendemos.

—Tiene usted una forma muy simple de ver las cosas.

—Me gusta sintetizar los hechos.

—Amalgamarlos.

—¿Cómo ha dicho?

—Nada. Olvídelo, y prosiga con lo que decía.

—No, no seguiré hablando: es usted el que tiene que hablar y explicarme

todo lo que sepa. Dígame para qué servía todo este mecanismo.

—¿Servía? Todavía sigue funcionando. Todavía no hemos hecho nada para detenerlo —dijo Daley.

—¿Y cómo se detiene? —dijo Kris, alarmado.

—Apriete ese botón.

Kris empujó el botón e inmediatamente el artefacto dejó de funcionar. El mecanismo de relojería comenzó a detenerse lentamente hasta que al final quedó totalmente parado. El cucú se volvió azul y murió; las calzas se aplanaron, y toda la habitación quedó en silencio.

—¿Para qué servía este artefacto? —preguntó Kris.

—Creaba y difundía niebla en la atmósfera.

—¿Está usted bromeando?

—No, desgraciadamente no estoy bromeando. ¿Cree usted sinceramente que el humo de contaminación procede de las fábricas, los coches y los cigarrillos? Pues bien, la verdad es que SPIDER se gastó una inmensa fortuna en publicidad para que la gente creyera que el humo de la contaminación era debido a los coches, fábricas y otras cosas por el estilo. Con todo remordimiento he de confesar que durante veinticuatro años he estado diseminando humo de contaminación en la atmósfera.

—Sonofagun —dijo Kris, horrorizado. Luego hizo una pausa, miró fijamente a Daley y le preguntó—: Entonces, puesto que ahora sabemos que los miembros de SPIDER son extraterrestres, ¿qué significan las iniciales de la palabra SPIDER? Yo creo que significan lo siguiente:

Siniestros y
Perversos
Invasores
Decididos a
Eliminar el
Raciocinio.

—No me pregunte nada —dijo Daley—. Nadie me explicó nunca nada. Acto seguido, se apartó del podio y se encaminó a la puerta de la central.

Por un instante, Kris lo observó. Luego cogió una barra de hierro y se puso a destruir la máquina productora de humo de contaminación. Cuando hubo terminado, sudoroso y rodeado de trozos de metal a diestro y siniestro, Kris vio que Daley estaba junto a la puerta abierta que conducía al exterior.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No, nada —le respondió Daley, sonriendo—. Lo único que puede hacer es observar. Ahora que he vuelto a ser un hombre honesto, quiero ver mi último ejemplo de impensada y brutal violencia. Chicago volverá a ser una ciudad pacífica.

—Esperemos que así sea —dijo Kris.

El programa de seis puntos parecía tener su centro en Alabama. Wallace. Pero Wallace estaba llevando a cabo una campaña política, y al parecer el programa de SPIDER necesitaba infiltrar sus ideas en el cerebro de este político. Por esta razón, Kris decidió salvar a Wallace fuera como fuese. El tiempo era un factor importante, pero ahora contaban a su favor con la recuperación de Daley y con la destrucción de la máquina. Todo parecía indicar que el fin de aquellos extraterrestres estaba próximo. Por este motivo, Kris informó a Hilltop que pensaba neutralizar el programa de seis puntos de SPIDER. Ello le costaría bastante trabajo, pero contaba con la ayuda de PoPo en la fábrica. Además era algo que debía hacerse.

Kris recordó con añoranza su casa en el Ártico, su fábrica de juguetes, aquel día en que Blitzen descubrió LSD en unos terrones de azúcar y cómo todos le despidieron con lágrimas en los ojos el día que se marchó.

Kris apartó de su mente todos estos gratos recuerdos y se puso trazar un plan para desbaratar a SPIDER. Cogió la lista y se fijó en el número cuatro...

REAGAN: CAMARILLO,
CALIFORNIA

Reagan había cerrado todas las instituciones psiquiátricas del estado de

California por considerar que nadie necesitaba realmente tratamiento psiquiátrico («Son ideas que se les han metido en la cabeza», había dicho Reagan, seis meses antes, durante una cena homenaje a la American Legion y a la que cada asistente tuvo que pagar una entrada de quinientos dólares), y había pensado en otro plan nada ortodoxo.

Aquel día, Kris se encontró con Reagan en el lavabo del primer piso de una hacienda abandonada en Camarillo. Reagan, al ver a Kris por el espejo, se puso a gritar y a pedir auxilio. Uno de sus ayudantes, un hombre vestido de verde, acudió inmediatamente. En su hacienda de Camarillo, Reagan había recogido a todos aquellos individuos a quienes sus hijos, una vez casados, se negaban a cobijar bajo su mismo techo. Estos inquilinos tan extraños tenían que pagar todos los gastos de alojamiento y manutención, desempeñando ciertas labores que Reagan les había encomendado. Reagan siempre había pensado que un sistema adecuado para gobernar un estado era el de *pague-como-pueda*.

Cuando Kris vio que el hombre vestido de verde se acercaba a él con intención de atacarle, le propinó un terrible puntapié en el bazo, haciendo que éste cayera al suelo sin conocimiento. Luego, Kris se dirigió hacia Reagan con la intención de capturarlo y procurar desarraigar de su mente aquellas ideas diabólicas que SPIDER había introducido en ella, y que acabarían por destruirlo. Pero el diabólico y bien parecido Reagan se apartó rápidamente de él, y entonces Kris, horrorizado, vio cómo Reagan comenzaba a cambiar de forma.

Segundos después, no era Reagan el que se encontraba frente a él, sino una hidra de siete cabezas que vomitaba por sus siete bocas: *a)* fuego, *b)* nubes de amoníaco, *c)* polvo, *d)* cristales rotos, *e)* gas de cloro, *f)* gas de mostaza y *g)* una combinación de halitosis y música rock.

Tres de sus cabezas (la *c*, *e* y *f*) se dirigieron hacia Kris. Este se acercó a una de las paredes, metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó una extraña pluma estilográfica. Inmediatamente manipuló en la misma, convirtiendo aquel misterioso instrumento en una espada. Acto seguido, Kris arremetió contra la hidra y en pocos minutos le cortó las siete cabezas.

Para estar seguro de la muerte de la hidra, Kris le clavó el sable en el

corazón y echó a correr. El inmenso cuerpo de la bestia cayó inerte al suelo. Después, lentamente, se convirtió en Reagan. Del oído de éste comenzó a salir una especie de sustancia negra que se esparció por el suelo.

Momentos después, una vez que se hubo peinado los cabellos y aplicado una crema a las manchas que tenía en la nariz y en las mejillas, Reagan le pidió perdón a Kris por todos los actos tan horrendos que había llevado a cabo bajo la directriz diabólica de SPIDER. Luego le dijo que ignoraba el significado de las iniciales de esta palabra. Aquello pareció desmoralizar a Kris, pues esperaba que Reagan le revelara el secreto.

Luego, Reagan le explicó a Kris que su labor en aquel programa de seis puntos consistía en utilizar unas enormes máquinas instaladas en el segundo y tercer piso de su hacienda para extender la locura por la atmósfera. Acto seguido, ambos se dedicaron a destrozarse aquellas máquinas, lo cual les costó mucho trabajo, ya que estaban construidas con un tipo de plástico muy duro.

Reagan le prometió a Kris que a partir de entonces trabajaría para Hilltop, colaborando en la destrucción de aquel diabólico programa de seis puntos, y que (aquí Reagan levantó la mano como si estuviera jurando ante un tribunal) sería una persona buena y honrada. Asimismo le aseguró a Kris que, para reparar todo el daño que había hecho, disminuiría los impuestos sobre la propiedad, impediría las huelgas de estudiantes en UCLA, y se suscribiría a *La Free Press*, *The Avatar*, *The East Village Other*, *The Berkeley Barb*, *Horseshit*, *Open City* y a otras publicaciones para enterarse de lo que *realmente* ocurría, y que dentro de una semana instituiría clases diarias de danzas folklóricas y procuraría que reinara la armonía entre todos los miembros de los diferentes departamentos de policía del estado.

Reagan, mientras hablaba, sonreía como un hombre que hubiera recuperado la inocencia de la infancia o aquel temperamento suyo que en cierto modo había perdido.

JOHNSON:
JOHNSON CITY, TEXAS

Ocurrió una semana después de las elecciones. Uno de ellos había sido elegido presidente. Esto no tenía ninguna importancia. El otro pertenecía a la oposición, y entre ambos habían conseguido dividir a la nación. Nixon estaba tratando de hacerse un buen afeitado, y Humphrey procuraba aprender a usar lentes de contacto para que sus ojos pareciesen más grandes.

—¿Sabes una cosa, Dick? Mi problema se reduce básicamente a que tengo unos ojos muy pequeños, como los de un pajarillo.

—Deberías dejar de molestarme y hacerme perder el tiempo —dijo Nixon, volviéndose de espaldas al espejo—. Tengo una reunión muy importante a las cinco y en este momento son las tres y media. Oye, ¿quién es éste?

Humphrey hizo girar su sillón y vio a Kris.

—Adiós, SPIDER —dijo Kris, mientras les disparaba a ambos unos dardos que provocaban el sueño.

Antes de que los dardos llegaran a su blanco, de nuevo aquella maldita sustancia negra brotó de los oídos de ambos políticos, esparciendo un repugnante olor por la estancia.

—¡Maldito sea! —dijo Kris, abandonando la oficina y sin esperar a que Nixon y Humphrey recuperaran el conocimiento. De todos modos, tendría que pasar una semana o dos antes de que ello sucediera. El Armero ya le había explicado la duración de los efectos soporíferos de los dardos. Kris ya sabía que el cometido de ambos políticos, en el programa de seis puntos, consistía en confundir y provocar disensión entre las masas. Ahora todo volvería a la normalidad, se convertirían en buenas personas y el presidente se comportaría como si estuviera delante del cucú de un reloj, observándole y diciéndole no-no, no-no.

La fecha de las Navidades se acercaba rápidamente, y Kris sentía nostalgia de su hogar.

Aunque SPIDER trató de matar a Kris en Memphis, Detroit, Cleveland, Great Falls y en Los Ángeles, no lo consiguió.

WALLACE:

MONTGOMERY, ALABAMA

Santa Claus, vestido con un traje rojo, atravesó la plaza donde se encontraba el edificio del Gobierno Civil del estado, mientras hacía sonar su campanita de bronce. Santa Claus era gordo, jovial, barbudo y, posiblemente, el hombre más destructivo de todo el mundo.

Las oficinas auxiliares del Gobierno Civil se hallaban alrededor de la plaza. Santa Claus sintió como un sudor frío descendía por su columna vertebral. Seguramente, pensó, ello era debido a la cantidad de instrumentos pesados ocultos bajo su traje rojo, lo que le hacía sudar a pesar de aquel frío 24 de diciembre. Las botas se le habían humedecido debido al sudor y pesaban como si fueran de plomo. Por este motivo, se acercó lenta y pesadamente al edificio social y empezó a subir con dificultad las escaleras... mientras observaba.

Todas las tiendas estaban cerradas debido a la festividad de la Navidad. Todo el estado de Alabama le ofrecía facilidades para el cometido que iba a emprender. Sin embargo, se notaba cierto bullicio en la ciudad... y no eran precisamente los niños los causantes del mismo, corriendo de un lado para otro con sus juguetes en las manos, riendo, gritando y locos de alegría. Kris siempre sonreía cuando veía a los niños: eran la única esperanza que le quedaba; tenían que ser protegidos. Por otra parte, el creciente cinismo de los jóvenes comenzaba a irritarle, a pesar de que aquellos muchachos activistas daban la impresión de luchar por destruir todo lo que SPIDER pensaba llevar a cabo. Inconscientemente, aquellos jóvenes estaban cumpliendo una misión mucho mejor que la de sus padres y mayores.

Un hombre, corriendo, con las solapas de su pesado abrigo cubriéndole el rostro hasta las orejas, pasó junto a Santa Claus sin detenerse a depositar una moneda en la copa que éste le tendía. Kris continuó subiendo por las escaleras.

Dentro del sombrero, Kris llevaba un aparato electrónico detector que le indicó que se estaba acercando a Wallace. De no ser por la cantidad de artefactos que Santa Claus llevaba dentro de su traje rojo, habría parecido un hombre esbelto y delgado.

Kris comenzó a llevar a cabo su plan. Dando muestras de una gran habilidad, lanzó unos tubos con ganchos en dirección a una ventana protegida con barrotes. Acto seguido, apretó un botón y por dichos tubos se deslizaron ácidos corrosivos y napalm. Los ácidos disolvieron tanto los barrotes como los cristales de la ventana. El napalm comenzó a arder y, minutos después, la fachada del Gobierno Civil era una gigantesca hoguera.

A continuación, Kris puso en funcionamiento un aparato que llevaba escondido en el traje rojo y que le permitió ascender, como si fuera en un cohete, hasta el techo del edificio oficial. Nadie se había fijado en él: todo el mundo estaba pendiente del violento incendio. Sin embargo, estaba seguro de que, según el programa de seis puntos, lo estarían esperando, aunque no se podrían imaginar que utilizaría este medio.

La segunda fase del plan era muy arriesgada. Kris colocó cargas de plástico a lo largo de los aleros del tejado, depositándolas de forma que cuando hicieran explosión ésta fuera dirigida hacia abajo. A continuación, hizo un orificio circular en el tejado del edificio y oprimió el dispositivo que hacía explotar las cargas de plástico. Después de la explosión, Kris sacó una granada del bolsillo, le quitó el dispositivo de seguridad y la lanzó por el orificio. Después de oír la breve y aguda explosión, saltó por el agujero, cayendo en el centro de una estancia del Gobierno Civil, donde se hallaban reunidos un grupo de extraterrestres. Sin dudarle un segundo, sacó la automática y comenzó a disparar contra ellos. Segundos después, las paredes de la habitación se hallaban acribilladas de balazos mientras el suelo de la misma yacían sin vida los cuerpos los extraterrestres que componían la guardia personal de Wallace.

Kris se dirigió inmediatamente hacia la estancia de Wallace, pero las puertas estaban defendidas con barricadas. Sin pensarlo un momento, Kris se quitó su nariz de goma roja y lanzó una granada contra una de las puertas. A través del humo penetró en la habitación en el preciso momento en que Wallace se disponía a huir.

Un grupo de extraterrestres acudió en ayuda de Wallace, interponiéndose entre él y Kris. Este no lo dudó un instante y, empuñando su *puñal bolo*, se abrió paso a través de aquellos extraños seres vestidos de verde. Wallace se

encontraba en aquel instante en el umbral de la puerta que comunicaba con otra habitación. Entonces Kris, cogiendo el puñal por la hoja, lo lanzó contra Wallace en el preciso momento en que éste cerraba las hojas de la puerta. El puñal penetró a través de las mismas cuando ya se hallaban casi cerradas, clavándose en la garganta de Wallace.

Kris observó que al final del corredor había una extraña pared. Oprimió un resorte y la pared se abrió, dejando ver al fondo una escalera de piedra que descendía hasta un lugar donde reinaba la más absoluta oscuridad. Allí, un grupo de treinta extraterrestres le estaban esperando. Kris descendió por aquella escalera y, sacando su automática, comenzó a disparar contra ellos. Los extraterrestres optaron por desaparecer en la oscuridad.

En el fondo, Kris encontró un río subterráneo, y vio las negras aletas triangulares del dorso de unos tiburones. Acto seguido se sumergió en las negras aguas y ya no pudo ver nada más, excepto las aletas de los tiburones.

Cerca de una hora más tarde, todo el edificio del Gobierno Civil de Alabama y muchos de los edificios de la plaza volaron por el aire, después de una tremenda explosión que destrozó incluso los cristales de las ventanas del pueblo vecino de Selma.

Tendida en la cama, se limaba sus largas y pintadas uñas, mientras, de vez en cuando, se detenía para coger un vaso de whisky situado en la mesita de noche y tomar unos sorbos. Las lívidas cicatrices que el hombre tenía en la espalda parecía que atraían su atención. La muchacha de cabellos rubios se humedeció los labios y se incorporó en la cama.

—Luchó hasta el final —dijo Kris—. Ese hijo de perra era el único de los seis a quien realmente le agradaba aquella idea negra que le habían metido en la cabeza. Era un demonio; el peor de todos ellos. No en vano lo escogió SPIDER para llevar a cabo su plan de Seis puntos.

Kris hundió la cabeza en la almohada como si tratase de olvidar todo lo que había pasado.

—He estado esperando tu regreso durante tres meses y medio —dijo la muchacha de cabellos rubios—. ¡Lo menos que podías haber hecho era

decirme *dónde* estabas!

Kris se volvió hacia ella y la cogió entre sus brazos, apretándola contra su cuerpo y deslizando su mano sobre su piel sedosa. La carne de la joven ardía.

—Escucha, nena, es una cosa demasiado espantosa para hablar de ella en este momento. Lo único que puedo decirte es que si hubiera habido una posibilidad de salvar la vida de la madre de Wallace, lo habría hecho.

—¿Murió?

—Todos murieron cuando las cavernas subterráneas volaron por el aire a causa de la explosión. Creo que se hundió la mitad del estado de Alabama. Todos los pueblos restantes permanecieron en pie, pero a oscuras. El nuevo gobernador, Shabbaz X. Turner, ha decretado zona de desastre todo el estado. Asimismo ha organizado la Cruz Negra para que ayuden a los pobres muchachos blancos que se refugiaron donde pudieron después de la explosión. Era evidente que ese miserable Wallace tenía dominado a todo el estado.

—Es horroroso.

—¿Horroroso? ¿Sabes qué papel tenía que desempeñar ese miserable en el plan establecido por SPIDER?

La muchacha le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Yo te lo diré. La función consistía, utilizando unas máquinas muy complicadas, en endurecer el proceso de razonamiento de los jóvenes, con el fin de envejecerlos. Hacer que sus ideas quedaran anquilosadas, duras como el cemento. Cuando destruimos aquella máquina diabólica, todo el mundo comenzó a pensar libremente, sus mentes quedaron sanas y nadie fue ajeno a la idea de que el mundo se encontraba en un lamentable estado. En una palabra, Wallace estaba convirtiendo a los jóvenes en viejos. Había provocado en ellos un proceso de envejecimiento.

—¿Quieres decir que nosotros no envejecemos a medida que pasa el tiempo?

—Claro que no. Era SPIDER quien nos hacía envejecer cada vez más. Ahora todos permanecemos en el estado en que nos encontramos, llegamos hasta la edad de treinta y cinco o treinta y seis años, y luego volvemos a prolongar la vida durante doscientos o trescientos años. Y nada de cáncer.

—¿Eso también?

Kris asintió.

La joven se tumbó en la cama y Kris acarició su vientre con sus grandes manos llenas de cicatrices.

—¿Puedes decirme una cosa?

—Sí, ¿de qué se trata? —le preguntó Kris.

—¿En qué consistía el programa de seis puntos de SPIDER? Quiero decir, dejando a un lado los elementos individuales que hacían que todos se odiaran unos a otros, ¿qué es lo que intentaban?

Kris se encogió de hombros y le respondió:

—Eso, y lo que las siglas SPIDER significan, es algo que probablemente nunca sabremos. Sobre todo ahora que su organización ha sido destruida. Y lo lamento, pues me habría gustado saberlo.

—*Y lo sabrás* —dijo una voz dentro de la cabeza de Kris.

La muchacha rubia se incorporó en la cama y sacó una pistola que tenía escondida debajo de la almohada.

—*Nuestros agentes están en todas partes* —dijo ella telepáticamente.

—¡Tú! —exclamó Kris asombrado, aterrorizado, incapaz de comprender lo que estaban viendo sus ojos.

—*Sí, desde el momento que regresaste después de Navidad. Yo te traje desde Alabama (por eso nunca encontraste evidencia alguna de que el simbiote de Wallace se había, autodestruido) y mientras tú te recobrabas de tus heridas yo me deslicé e invadí esta pobre cáscara. ¿Qué es lo que te hace pensar que nos has vencido, imbécil? Nosotros estamos en todas partes. Llegamos a este planeta hace sesenta años; si consultas tu historia comprobaras la fecha exacta. Aquí estamos y aquí nos quedaremos. Por el momento para emprender una guerra terrorista, pero después, muy pronto, para quedarnos con todo. El programa de seis puntos es el más ambicioso que hemos tenido hasta la fecha.*

—¿Ambicioso? —dijo Kris burlescamente—. ¿Te parece normal el odio, la locura, el cáncer, los prejuicios, la confusión, la esclavitud, los humos de contaminación, la corrupción, el hacer envejecer prematuramente a la gente y tantas otras cosas? ¿Pero qué clase de inmundicia sois?

—Somos *SPIDER* —dijo la voz mientras la rubia apoyaba una aguja en el pecho de Kris—. *Y una vez os enteréis de qué es lo que pretende SPIDER, comprenderéis cuál es nuestra intención para con vosotros, pobres y débiles hombres terráqueos. ¡Observa!* —dijo la voz.

En ese instante el simbiote de *SPIDER* salió del oído de la muchacha y se dirigió como un dardo en dirección a la garganta de Kris. Este reaccionó inmediatamente, dando un salto y abandonando la cama. El simbiote no alcanzó la garganta de Kris por cuestión de milésimas de milímetro, pero éste al saltar se hizo daño en el pie al chocar contra la pared. Desesperado, volvió a la cama, cogió a la muchacha y sujetando su mano, que aún sostenía la aguja mortífera, la dirigió en dirección al simbiote. El arma se disparó y, atravesando las sábanas, dio en el blanco.

Instantáneamente, toda la fábrica subterránea de juguetes quedó a oscuras.

Kris sujetó a la rubia con sus manos, y entonces comprendió que el simbiote de *SPIDER* había retornado al único lugar donde podía estar seguro: dentro de la muchacha. No tenía otra alternativa que matarla. Pero ella tiró lejos la aguja mortífera, y Kris se encontró en la más completa oscuridad, en la cama, sujetando a la muchacha. Tenía que matarla para defender su vida. Entonces, utilizó la única arma que Dios le había dado cuando vino al mundo.

Era un arma especial, y tardó casi una semana en matarla.

Pero cuando todo hubo terminado y la oscuridad desapareció, Kris se sentó en la cama, reflexionando, exhausto y débil como un gatito.

Ahora sabía lo que *SPIDER* significaba.

El parásito era pequeño, negro, peludo y dotado de numerosas patas. El programa de seis puntos tenía por finalidad hacer que la gente se sintiera mala. Así de simple era aquel programa. Tendía a que las gentes se sintieran furiosas. Y las personas furiosas se matan unas a otras. Y las personas que se matan unas a otras dejan un mundo lo suficientemente apto para que en él pudiera dominar *SPIDER*.

Todo lo que tenía que hacer era quitar los puntos entre las siglas^[5].

Los resultados sobre el tiempo/movimiento llegaron a la semana siguiente. Indicaban que las entregas durante las pasadas fiestas habían sido las más flojas desde hacía mucho tiempo. Kris y PoPo rompieron los informes y sonrieron. Bueno, el año próximo sería mejor. No era de extrañar que aquel año hubiese sido flojo... ¿Cómo podía ser eficaz un Santa Claus que era realmente un impostor? ¿Cómo podía ser eficaz Santa Claus siendo un PoPo y un CorLo vistiendo un traje rojo de una talla tres veces más grande de la que les correspondía? Pero como la misión de Kris era la de salvar el mundo, no habían podido escoger.

De todas partes llegaron quejas.

Incluso desde Hilltop.

—PoPo —dijo Kris, al ver que el teléfono no cesaba de sonar—, no estoy para nadie. Si me necesitan, que vayan a buscarme a Antibes. Pienso estar durmiendo durante tres meses. Pueden ponerse en contacto conmigo en abril, algunas veces.

Cuando Kris se disponía a abandonar la oficina, CorLo entró corriendo con una extraña expresión en su rostro.

—Gibel gip frisi jim-jim —dijo CorLo.

Kris volvió a sentarse en su sillón, y apoyó su cabeza en sus manos.

Todas las cosas salían mal.

Dasher había dejado preñada a Vixen^[6].

—Los muy cabritos no me van a dejar vivir —murmuró Kris, y luego se puso a llorar.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<

[2] «Tempest» significa «tempestad» en inglés: de ahí el juego de palabras. <<

[3] Funny, en inglés, significa divertida, graciosa, y, fonéticamente, se pronuncia igual que Fun-Nee. (N. del T.) <<

[4] Deformación de «gook», término despectivo con que se designaba en EE. UU. a la gente de raza amarilla. (N. del A.) <<

[5] «Spider» significa araña. (N. del A.) <<

[6] Dos de los legendarios renos voladores del trineo de Santa Claus. (Nota del antologista). <<